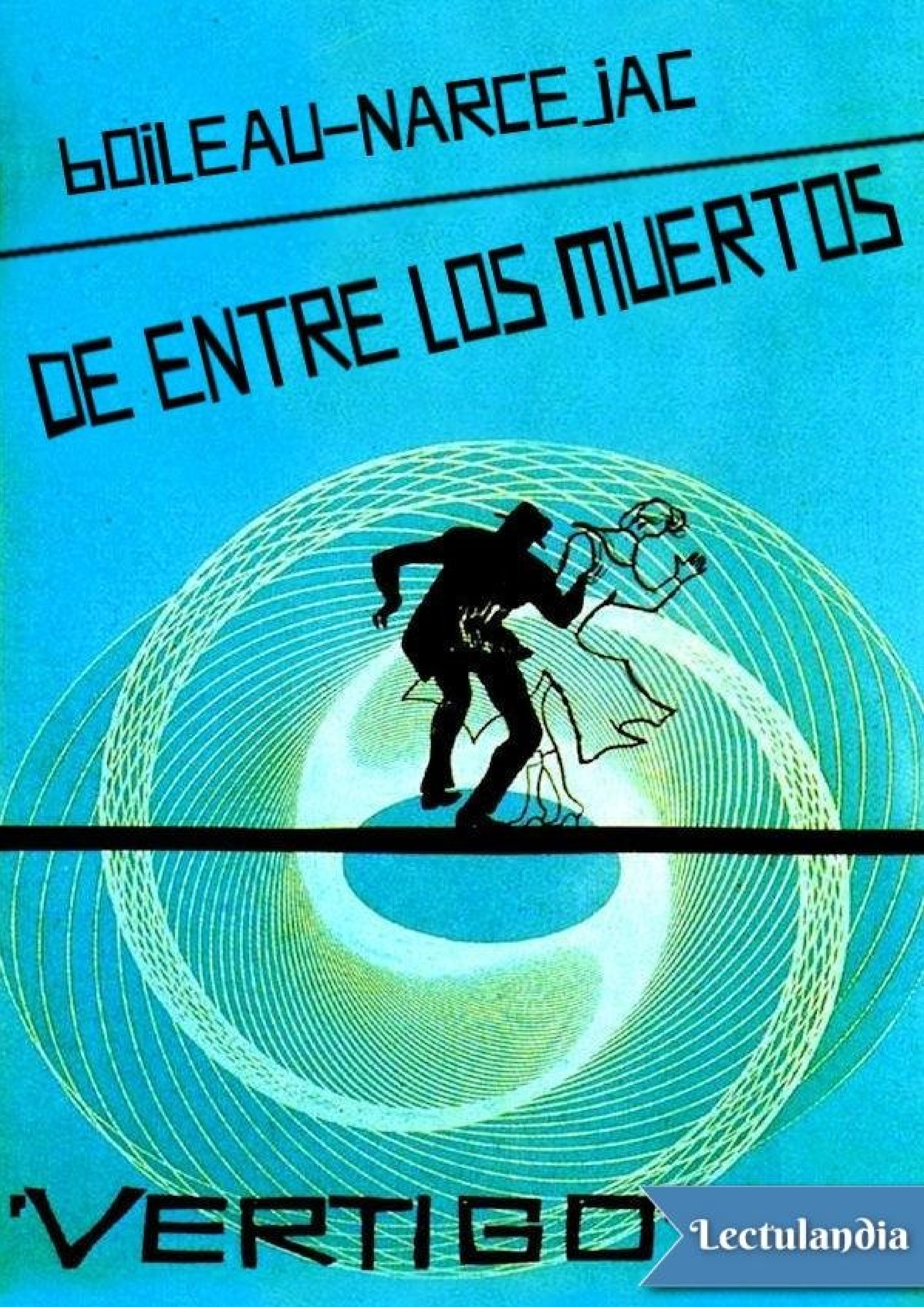

BOILEAU-NARCEJAC
DE ENTRE LOS MUERTOS
'VERTIGO'
Lectulandia

Un día, llama a la puerta de Roger Flavières un antiguo compañero de la universidad que quiere contratarlo para que investigue a su mujer. El marido no sospecha que su esposa le sea infiel, sino que teme por su vida. El motivo de su temor no puede ser más sorprendente: cree que su mujer se halla poseída por el espíritu de una antepasada que murió trágicamente ahogada. Solo ello parece poder explicar por qué su esposa pasa por momentos en los que parece estar ausente, desaparece durante horas sin decir nada y se hunde a menudo en una profunda melancolía. Es así como Flavières empieza a seguir a Madeleine, una mujer de una inusual belleza de la que no tardará en enamorarse profundamente.

De entre los muertos, nombre con el que generalmente se conoce a la novela *Sueurs Froides* (Sudores fríos), es un relato sobrecogedor, magistralmente ambientado, que desemboca en un final sorprendente pese a la lógica aplastante del desenlace. Se adaptó al cine con el título de *Vértigo (De entre los muertos)* dirigida por Alfred Hitchcock.

Una novela breve, interesante y con el aroma clásico aportado por el tiempo.

Lectulandia

Boileau-Narcejac

De entre los muertos

(Vértigo)

ePUB r1.0
minicaja 20.05.13

Título original: *D'entre les morts*
Pierre Boileau y Thomas Narcejac, 1958
Traducción: Alfredo Crespo
Cartel de "Vértigo": Saul Bass
Diseño de portada: minicaja

Editor digital: minicaja (r1.0)
Digitalizado: srp
ePub base r1.0

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

—Pues bien —dijo Gevigne—, quisiera que vigilaras a mi esposa.

—¡Diablo!… ¿Te engaña?

—No.

—Pues, ¿por qué?

—No es fácil de explicar. Esta extraña… Me inquieta.

—¿Qué temes, exactamente?

Gevigne vacilaba. Miraba a Flavieres, y éste se daba cuenta del motivo que lo detenía. Gevigne no tenía confianza en él. No había cambiado desde que Flavieres le conoció, quince años antes, en la Facultad de Derecho: cordial, dispuesto a franquearse, pero, en el fondo, retraído, tímido y desdichado. Hacía un rato pese a su exclamación: «¡Querido Roger…! ¡Estoy encantado de volverte a ver!». Flavieres notó en seguida la ligera torpeza del ademán que acompañaba la frase, lo que tenía de forzado, de rígido. Gevigne se movía demasiado, reía demasiado. No conseguía borrar los quince años que acababan de transcurrir y que habían cambiado físicamente a ambos. Gevigne estaba casi calvo. Tenía papada. Las cejas se le habían vuelto rojizas, y junto a la nariz aparecían algunas pecas. Flavieres tampoco era el mismo. Sabía que había adelgazado, que se había encorvado desde que le ocurrió aquello, y las manos se le humedecían ante el pensamiento de que Gevigne tal vez le preguntara por qué ejercía la profesión de abogado, puesto que había estudiado Derecho para entrar en la policía.

—A decir verdad, no temo nada —contestó Gevigne.

Alargó a Flavieres un costoso estuche lleno de cigarros. También su corbata era de precio, y llevaba un traje de corte magnífico. Varios anillos brillaron en sus dedos cuando encendió una cerilla rosada en un estuche que exhibía el nombre de un famoso restaurante. Sus mejillas se hundieron antes de expirar un poco de humo azulado.

—Es algo que flota en el ambiente —dijo.

Sí, había cambiado mucho. Había gustado del poder. Detrás de él se adivinaban comités, sociedades, una tupida red de relaciones y de influencias. Y sin embargo, sus ojos eran tan huidizos como antes, tan propensos a atemorizarse y a ocultarse durante un segundo detrás de los espesos párpados.

—¿En el ambiente? —dijo Flavieres con ligerísima ironía.

—Creo que esa es la palabra —insistió Gevigne. Mi esposa es perfectamente feliz. Llevamos cuatro años de casados… Casi; dentro de dos meses se cumplirán… Nos sobran medios económicos. Mi fábrica de El Havre trabaja a pleno rendimiento

desde la movilización. Por esta causa no me han llamado a filas. En resumen, dadas las circunstancias, somos unos privilegiados, hay que reconocerlo.

—¿No tenéis hijos? —inquirió Flavieres.

—No.

—Prosigue.

—Decía que Madeleine lo tiene todo para ser feliz. Pues bien, existe algo que no va bien. Siempre ha tenido un carácter bastante raro, con cambios de humor y períodos de depresión, pero desde hace algunos meses su estado se ha agravado bruscamente.

—¿La ha visitado algún médico?

—Desde luego. Incluso se han celebrado consultas. No tiene nada, absolutamente nada.

—Nada orgánico —admitió Flavieres—. Pero ¿y desde el punto de vista psíquico?

—Nada… Nada… ¡Ni tanto así!

Chasqueó los dedos y se sacudió un poco de ceniza que le había caído en el chaleco.

—¡Ah! Te juro que es todo un caso. Al principio, incluso yo creí que se trataba de alguna obsesión, de algún temor irrazonable provocado por la guerra. Caía en silencios repentinos. Se le hablaba, y apenas escuchaba. O bien se quedaba mirando fijamente… Te aseguro que era impresionante. Hubieses jurado que veía,… yo que sé… cosas invisibles. Y cuando reemprendía su vida normal, conservaba una especie de expresión extraviada, como si hubiese tenido quehacer un esfuerzo para reconocer su casa… para reconocerme a mí…

Gevigne había dejado apagar su cigarro, y él también miraba al vacío con aquel aire de fracasado que ya tenía quince años atrás.

—Si no está enferma, es que finge —dijo Flavieres, impaciente.

Gevigne levantó su mano rolliza, como para rechazar esta idea.

—Ya lo he pensado. La he vigilado discretamente. Un día, la seguí. Fue al Bois… se sentó junto al lago y permaneció allí, inmóvil durante más de dos horas… Contemplaba el agua.

—Eso no es muy grave.

—Sí… Contemplaba el agua, no sé como explicártelo, con atención, con gravedad. Como si tuviera una extraordinaria importancia… Por la noche me aseguró que no había salido de casa. No quise decirle que la había seguido, compréndelo.

Flavieres encontraba y perdía sucesivamente la antigua imagen de su condiscípulo, y el juego se hacía ya irritante.

—Escucha —dijo—. Seamos lógicos. O bien tu esposa te engaña, o bien está enferma, o bien, por una razón desconocida, está fingiendo. Tiene que tratarse de una

de esas cosas.

Gevigne alargó el brazo hacia el cenicero que había sobre la mesa y con un golpecito del meñique hizo caer la blanquecina ceniza de su cigarro. Sonrió tristemente.

—Razonas exactamente como yo lo he hecho. Solo que estoy seguro por completo de que Madeleine no me engaña… y el profesor Lavarenne me ha asegurado que su estado mental es bueno… ¿Y por qué tendría que fingir?… ¿Qué obtendría con ello?… Porque no se finge como diversión. Uno no se pasa dos horas en el Bois por nada… y te cito sólo este detalle. Hay muchos otros.

—¿Has hablado con ella?

—Sí… desde luego… Le he preguntado que siente cuando se pone bruscamente a soñar.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que hago mal en inquietarme. Que no sueña; pero que la situación le preocupa, como a todo el mundo.

—¿Pero no se ha sentido molesta?

—Sí… Molesta y sobre todo embarazada, violenta.

—¿Has tenido la impresión de que mentía?

—En absoluto. Por el contrario, he tenido la impresión de que estaba asustada… Voy a confesarte algo que tal vez te haga sonreír: ¿Recuerdas aquella película alemana que vimos en el año 23 ó 24, en el «Ursulinas»… *Jacob Boehme,…?*

—Sí.

—¿Recuerdas la expresión del protagonista cuando lo sorprendían durante una crisis de misticismo y trataba de negar, de disimular, de ocultar sus visiones? Pues bien, Madeleine tiene la misma expresión que aquel actor alemán… un rostro algo desencajado, algo ebrio; ojos desenfocados…

—¡Vamos! No pretenderás que tu esposa sufre crisis de misticismo…

—Sabía que reaccionarias de esta manera… ¡Exactamente como yo, mi pobre amigo! Yo también me he rebelado… Yo también me he negado a aceptar la evidencia.

—¿Es devota?

—Como todo el mundo… Va a misa los domingos… Es más bien una costumbre.

—¿No es como esas mujeres que predicen el futuro? ¿No se tratará de eso?

—No. Sencillamente, en su interior se produce un cambio repentino, y uno se da cuenta de que está muy lejos.

—¿Le sucede eso a su pesar?

—Sin duda. Con el tiempo que hace que la observo, imagínate si la habré estudiado. Siente que viene la crisis, se esfuerza por moverse, por hablar… Se levanta; a veces va a abrir la ventana como si le faltara aire, o bien pone la radio a la

máxima potencia. Si en ese momento yo intervengo, bromeo, charlo de mil asuntos diversos, entonces su espíritu consigue fijarse, retenerse. Disculpa mis expresiones, pero no es fácil explicarlo coherentemente… Sí, por el contrario, yo hago como que estoy a mi vez preocupado, distraído, concentrado, no falla: Se queda inmóvil, sus ojos siguen por el espacio un punto misterioso que se desplaza… en fin; que supongo que se desplaza… y luego lanza un suspiro, se pasa por la frente el dorso de la mano, y durante cinco o diez, minutos, raramente más tiempo, parece una sonámbula.

—¿Se mueve a sacudidas?

—No. Por otra parte, a decir verdad, nunca ha visto a un sonámbulo. Pero no se tiene en absoluto la impresión de que duerme. Está distraída, como alguien que está ausente. Parece otra. ¡Sé bien que es una estupidez! Sin embargo, no sé describirlo de otra manera. Parece otra.

Había verdadera angustia en los ojos de Gevigne.

—Otra —murmuró Flavieres—. Eso no significa nada.

—¿No crees tú que pueden existir ciertas influencias?

Gevigne dejó en el borde del cenicero su cigarro mordido y se estrechó con fuerza las manos.

—Puesto que he empezado —prosiguió—, tanto da seguir hasta el final. En la familia de Madeleine ha habido una mujer extraña… Se llamaba Pauline Lagerlac… De hecho, se trataba de la bisabuela de Madeleine… Como ves, es una relación muy directa… Esa mujer, hacia los trece o catorce años —no sé bien como explicarte esto — cayó enferma; sufría extrañas convulsiones y las personas que la cuidaban oían en su habitación ruidos incomprensibles…

—¿Golpes en las paredes?

—Sí.

—¿Roces en el suelo, como si se desplazaran los muebles?

—Sí.

—Ya entiendo —dijo Flavieres—. Son fenómenos que ocurren bastante a menudo en las proximidades de muchachitas de tal edad. Por otra parte, no se les ha sabido encontrar explicación… En general, duran poco tiempo.

—No estoy muy enterado de estos asuntos —prosiguió Gevigne—. Lo cierto es que Pauline Lagerlac quedó un poco trastocada. Quiso entrar en un convento y luego renunció a tomar el hábito. Finalmente, se casó, y algunos años más tarde, sin ningún motivo, se mató.

—¿A qué edad?

Gevigne sacó un pañuelo y se secó los labios.

—A los veinticinco años —murmuró—… La edad de Madeleine.

—¡Diablo!

Los dos hombres guardaron silencio. Flavieres reflexionaba.

—Desde luego, tu mujer estará enterada de eso, ¿no? —preguntó.

—Yo me he enterado de todos estos detalles por mi suegra. Poco después de mi matrimonio me habló de Pauline Lagerlac… De momento, sólo presté a sus palabras una atención cortés. ¡Si hubiese sabido…! Pero mi suegra ha muerto, y nadie puede darme más detalles.

—Estas confidencias… ¿Tuviste la impresión de que te las hacía con un propósito determinado?

—No… En fin, no lo creo. La conversación surgió por casualidad. Pero recuerdo muy bien que me prohibió que hablara de ello con Madeleine. No estaba muy satisfecha de tener por antecesora una especie de loca. Prefería que su hija no lo supiera…

—De todos modos, esta Pauline Lagerlac debió suicidarse por un motivo concreto, ¿no?

—No. Según parece, no. Era feliz; tenía un hijito desde hacía unos meses y todos pensaban que la maternidad acabaría de restituirle la cordura. Y luego, bruscamente, un día…

—Sigo sin ver que relación tiene con tu esposa —observó Flavieres.

—¿Qué relación? —dijo Gevigne abrumado—. Vas a comprenderla. A la muerte de sus padres, Madeleine heredó cierto número de muñecos y de joyas que pertenecieron a su bisabuela. En especial, un collar de ámbar… Pues bien, no cesa de mirarlos, de tocarlos… con una especie de, ¿cómo decirlo?… de nostalgia, si te parece. Por ejemplo, en la casa hay un autorretrato de Pauline Lagerlac, porque ella también pintaba. Madeleine permanece horas enteras contemplando ese cuadro, como si estuviera fascinada. Pero aún hay más: hace algún tiempo la sorprendí cuando había colocado este cuadro sobre la mesa del salón, al lado de un espejo. Se había puesto el collar, y trataba de peinarse al estilo del retrato… Incluso ha conservado ese peinado —terminó Gevigne, visiblemente molesto—; Un grueso moño en la nuca.

—¿Es que se parece a Pauline?

—Tal vez… muy vagamente.

—Te repito la pregunta: ¿Qué temes, en realidad?

Gevigne suspiró y volvió a coger su cigarro, quizá examinó distraídamente.

—Ni siquiera me atrevo a confesarte todo lo que se me ocurre… Lo cierto es que Madeleine ha cambiado por completo. ¡Y aún más! He llegado hasta a pensar que la mujer que vive a mi lado no es Madeleine.

Flavieres se puso en pie y se echó a reír forzadamente.

—¡Vamos! ¿Y quién quieres que sea?… ¿Pauline Lagerlac?… Estás descarrilando, mí pobre Paul… ¿Qué prefieres? ¿Oporto, cinzano, coñac?

—Oporto.

Y mientras Flavieres se dirigía al comedor para preparar una bandeja y unos

vasos, Gevigne preguntó en voz alta:

—¿Y tú? Ni siquiera te he preguntado si te habías casado.

—No —contestó la voz apagada de Flavieres—. Y no siento ningún deseo de hacerlo.

—Me enteré por casualidad de que habías abandonado la policía —continuó Gevigne.

Se produjo un instante de silencio.

—¿Quieres que te eche una mano?

Gevigne se levantó de la butaca y avanzó hacia la puerta abierta. Flavieres estaba descorchando una botella. Gevigne se apoyó contra el quicio de la puerta.

—Tienes la casa bien montada… Te ruego que me disculpes por molestarte con mis problemas. Estoy sinceramente contento de haber vuelto a verte. Hubiese debido telefonear anunciándote mi visita, pero estoy de tal modo ocupado con mis negocios…

Flavieres se incorporó y acabó de sacar calmosamente el tapón. El momento difícil había pasado.

—¿Me has hablado de construcciones navales? —inquirió mientras llenaba los vasos.

—Si. Actualmente fabricamos cascos de lanchas. Un pedido muy importante. A lo que parece, en el Ministerio, temen que haya jaleo.

—¡Caramba! Un día u otro tendrá que terminar esa extraña guerra. Ya casi llegamos a mayo. A tu salud, Paul.

—A la tuya, Roger.

Bebieron, mirándose fijamente. Gevigne era bajo y cuadrado. Estaba frente a la ventana, y la luz siluetaba su rostro romano, con las orejas carnosas y la frente llena de nobleza. Sin embargo, Gevigne no era un águila. Había bastado un poco de sangre provenzal para esculpir aquel engañoso perfil de procónsul. Después de la guerra, aquel tipo sería multimillonario… ¿Por ventura el mismo no se aprovechaba de la ausencia de los otros? Claro que él estaba exento del servicio de armas; pero tal vez eso no fuera una excusa. Dejó su vaso en la bandeja.

—Me doy cuenta de que este asunto va a quitarme la tranquilidad… ¿Tu esposa tiene algún familiar en el frente?

—Algunos primos lejanos, a los que no vemos nunca.

—¿Cómo la conociste?

—De una manera bastante curiosa.

Gevigne contemplaba su vaso mientras buscaba las palabras. Siempre aquel temor al ridículo que lo paralizaba, tiempo ha, y que le pegaba la lengua al paladar. Sin embargo, acabó por decidirse.

—La conocí en Roma, durante un viaje de negocios. Nos alojábamos en el mismo

hotel.

—¿Qué hotel?

—El *Continental*.

—¿Qué hacia ella en Roma?

—Estudiaba pintura. Pinta notablemente, según parece. A mí, como sabes, la pintura…

—¿Trabajaba para enseñar para dar clases…?

—¡Ni hablar! Por gusto. Nunca ha tenido necesidad de ganarse la vida. Piensa que a los dieciocho años ya tenía su propio automóvil. Su padre era un gran industrial…

Gevigne dio media vuelta y regresó al despacho. Flavieres observó su pasó ágil y seguro. En otros tiempos tenía un andar irregular, una especie de tartamudeo de todo el cuerpo. La fortuna de su esposa lo había transformado.

—¿Sigue pintando?

—No. Poco a poco ha ido renunciando… Le falta tiempo. ¡Una parisina está siempre tan ocupada!

—Pero… los conflictos de que me hablas… han debido de tener una causa. ¿No hubo al principio un incidente concreto?… ¿Tal vez una disputa?… ¿Una mala noticia? Supongo que a ti ya se te habrá ocurrido.

—Si…, pero no he podido encontrar nada… Me paso en El Havre gran parte de la semana, no hay que olvidar eso.

—¿Es que estas distracciones, estas ausencias, han empezado mientras tú estabas en El Havre?

—No. Estaba aquí. Acababa de regresar. Era un sábado. Madeleine estaba alegre, como de costumbre. Fue por la tarde cuando la encontré extraña por primera vez. Pero de momento no le concedí ninguna importancia. Yo mismo estaba bastante cansado.

—¿Y antes?

—¿Antes?… A veces sufría ataques de mal humor; pero nada comparable a lo que ahora sucede.

—¿Y estás seguro de que aquel sábado no ocurrió nada anormal?

—Completamente. Por una razón muy sencilla: Pasamos todo el día juntos. Llegué por la mañana, hacia las diez. Madeleine acababa de levantarse. Charlamos No me preguntes acerca de qué… He olvidado los detalles, desde luego… ¿Por qué tendría que haberme fijado? Recuerdo que almorzamos en casa.

—¿Dónde vives?

—¿Cómo?… ¡Ah, es verdad! ¡Hace tanto tiempo que no nos veíamos…! Compré una casa en la Avenue Kléber, muy cerca de L'Etoile… Aquí tienes mi tarjeta.

—Gracias.

—Después de almorzar, salimos… Recuerdo que tenía que ver a alguien en el Ministerio… Luego anduvimos sin rumbo por el barrio de la Opera… Y después… Bueno, eso es todo. Una tarde como cualquier otra.

—¿Y la crisis?

—Tuvo lugar al final de la cena.

—¿Puedes precisarme la fecha?

—¡Diablo! ¿La fecha?

Gevigne cogió la agenda del abogado y se puso a hojearla.

—Recuerdo que era a fines de febrero —dijo—. A causa de mi cita… Veo que el veintiséis de febrero era un sábado. Sin duda se trata de ese día.

Flavieres se sentó en el brazo de un sillón, junto a Gevigne.

Gevigne se oprimió de nuevo las manos. Se había librado de todos sus tics, pero había conservado ésta. Cuando se sentía embarazado, se aferraba a si mismo.

—Siempre fuiste un buen amigo —murmuró—. Y recuerdo la curiosidad que en otro tiempo sentías por la psicología, el esoterismo… No querrás que me dirija a la policía.

Notó la fugaz contracción de los labios de Flavieres y agregó:

—He acudido a ti precisamente porque has dejado la policía.

—Sí; he dejado la policía —dijo Flavieres mientras acariciaba el cuero de la butaca. Levantó bruscamente la cabeza—: ¿Sabes por qué?

—No, pero…

—Acabarás por enterarte. Esas cosas… es imposible ocultarlas por mucho tiempo.

Hubiese querido sonreír, permanecer dueño de su confidencia; pero el rencor endurecía el tono de su voz.

—He pasado un mal trago… ¿Más Oporto?

—No, gracias.

Flavieres se sirvió y conservó el vaso en la mano.

—Me ocurrió una cosa estúpida… Era inspector… Ahora puedo decirlo; no me gustaba mi profesión. ¡Si mi padre no me hubiera forzado a adoptarla!… Pero era comisario de división, y para él no existía otra carrera. Hubiese debido negarme. No hay derecho a obligar a un muchacho a… En resumen, un día tuve que detener a un individuo. ¡Oh! No era muy peligroso, no. Había tenido la idea de refugiarse en un tejado… Me acompañaba un colega muy simpático, llamado Leriche…

Vació su vaso y las lágrimas le quemaron los ojos; tosió, se encogió de hombros para burlarse de su torpeza.

—Ya es —bromeó—, en cuanto el incidente sale a relucir, pierdo la brújula… El tejado hacía pendiente. Allá abajo se oía el ruido de los autos. El individuo estaba detrás de una chimenea, desarmado. No había más que cogerlo… No me fue posible

bajar hasta alcanzarlo.

—¡Vértigo! —dijo Gevigne—. Sí, lo recuerdo… Antes ya te ocurría.

—Leriche bajó en mi lugar… y se cayó.

—¡Ah! —dijo Gevigne.

Bajó los ojos y Flavieres permaneció inclinado hacia él, sin saber lo que pensaba. Prosiguió en voz baja:

—De todos modos, es mejor que estés al corriente.

—Los nervios pueden gastamos malas bromas —dijo Gevigne.

—Desde luego —contestó Flavieres ásperamente.

Permanecieron silenciosos un momento. Finalmente, Gevigne levantó los brazos con un ademán vago.

—Es lamentable, pero al fin y al cabo tampoco fue culpa tuya.

Flavieres abrió el cofrecito de los cigarrillos.

—Sírvete.

Seguía experimentando el mismo sentimiento de estupor incrédulo siempre que contaba su historia. Nadie lo tomaba en serio. ¿Cómo hacerles oír el grito de Leriche, un grito que duraba, duraba… y que pasaba de agudo a grave a causa de la espantosa velocidad de la caída? La esposa de Gevigne tenía tal vez un secreto tormento: pero ¿qué tormento podía compararse con aquel recuerdo? ¿Es que ella oía también gritar durante el sueño? ¿Había dejado morir a alguien en su lugar?

—¿Puedo contar contigo? —interrogó Gevigne.

—¿Qué quieres que haga?

—Pues que la vigiles. Sobre todo, me interesa que me des tu opinión. Poder hablar de ella con alguien ya constituye un gran alivio para mí. Aceptas, ¿verdad?

—Si te tranquiliza…

—Querido Roger, no puedes imaginarte hasta que punto. ¿Estás libre esta tarde?

—No.

—¡Lástima! Te hubiese invitado a cenar en casa. ¿Otro día?

—No. Vale más que ella no me conozca; eso facilitará mi tarea.

—Es lógico —admitió Gevigne—. Sin embargo, será preciso que te encuentres con ella.

—Id los dos al teatro. Podré observarla sin parecer indiscreto.

—Mañana por la noche vamos al «Marigny». Tengo un antepalco.

—Allí estaré.

—Gracias… ¿Ves cómo tenía razón? Eres un hombre de recursos. A mi no se me hubiera ocurrido lo del teatro.

Hurgó en el bolsillo interior de su americana, vaciló.

—No te enfades, viejo Pero queda aún un asunto a arreglar, ya me comprendes. Eres muy amable al ocuparte de Madeleine…

Flavieres le dio un golpecito en el hombro.

—Es el caso lo que me interesa. No el dinero. Tengo la impresión de que ella se me parece y de que. Sí que tengo una pequeña probabilidad de adivinar lo que oculta.

—Te aseguro que no oculta nada.

—Ya veremos.

Gevigne cogió su sombrero gris, sus guantes.

—¿Te va bien el bufete?

—Desde luego —dijo Flavieres—. No tengo motivos para quejarme.

—Si puedo serte útil, ya sabes… Lo haré de todo corazón. Estoy bien situado.

«Emboscado», pensó Flavieres. La palabra acudió tan rápidamente a su cerebro, que volvió la cabeza para evitar la mirada de Gevigne.

—Por aquí —dijo—. El ascensor esta en reparación.

Salieron al estrecho descansillo. Gevigne se acerco a Flavieres.

—Actúa como te parezca —le cuchicheó—. Así que tengas algo que comunicarme, telefonéame a mi oficina, o mejor, ve a verme. Mis oficinas están en la casa contigua a la del *Fígaro*… Lo único que te pido, es que Madeleine no sospeche nada. ¡Si se enterara de que la vigilan…! ¡Dios sabe lo que ocurriría!

—Confía en mí.

—Gracias.

Por dos veces se volvió Gevigne desde la escalera para saludar con la mano. Flavieres se metió en su piso y se asomó a la ventana. Vio un inmenso auto negro que se apartaba de la acera y se deslizaba hacia el cruce… ¡Madeleine!… Le gustaba aquel hombre un poco doliente. ¿Cómo había podido casarse con aquel hombre obeso? Sin duda lo engañaba. Estaba representando una comedia. Gevigne merecía ser burlado. A causa de sus modales de ricacho, de sus cigarros, de sus barcos, de sus consejos de administración, ¡de todo! Flavieres detestaba a las personas demasiado seguras de sí mismas. Y sin embargo, hubiese dado cualquier cosa por poseer un poco de aquella seguridad.

Cerró la ventana con un ademán brusco. Luego se puso a merodear por la cocina, tratando de persuadirse de que tenía apetito. Pasó revista a las latas de conservas que tenía guardadas en un armario. Él también había acumulado provisiones, pese a juzgar que era una estupidez, pues forzosamente la guerra sería corta. De repente, tantos víveres, le produjeron náuseas. Cogió algunos bizcochos, una botella de vino blanco ya empezada, se dispuso a tomar asiento, encontró fea la cocina y regresó al despacho mordisqueando una galleta. Conectó la radio. Sabía anticipadamente lo que diría el comunicado: Actividad de patrullas. Duelos de artillería a través del Rhin. Pero la voz del locutor sería algo vivo. Flavieres se sentó, bebió un poco de vino blanco. Había fracasado como policía. Era inútil para el ejército… ¿Para qué servía? … Abrió un cajón, escogió una carpeta verde y escribió en el ángulo superior

derecho: *Expediente Gevigne*. Luego deslizó en su interior varias hojas blancas y permaneció inmóvil, con los ojos perdidos en el vacío.

CAPÍTULO II

«Debo de parecer un estúpido», pensaba Flavieres. Hacía como que jugaba distraídamente con sus gemelos de nácar y trataba de parecer importante y hastiado, pero no se podía decidir a llevarse los gemelos a los ojos para mirar a Madeleine. Había muchos uniformes a su alrededor. Las mujeres que acompañaban a los oficiales tenían gesto de satisfacción orgullosa y Flavieres las odiaba; detestaba el ejercito, la guerra y aquel teatro demasiado lujoso lleno de rumores marciales y frívolos. Cuando volvía la cabeza, veía a Gevigne con las manos cruzadas sobre la barandilla del palco. Madeleine estaba un poco más atrás, con la cabeza graciosamente inclinada; parecía morena, esbelta, pero Flavieres solo distinguía confusamente sus facciones. Tenía la impresión de que era bonita, con un algo ligeramente travieso, tal vez a causa de su cabellera demasiado abundante. ¿Cómo habría podido el grueso de Gevigne hacerse amar por una mujer tan elegante? El telón se había alzado para un espectáculo que no interesaba a Flavieres. Había cerrado los ojos; pensaba en la época en que Gevigne y él compartían la misma habitación, por economía. Los dos eran igualmente tímidos y los estudiantes se burlaban de ellos, y a propósito, se hacían provocativas. Por el contrario, había jóvenes que conquistaban todas las mujeres que querían. Sobre todo uno, a quien llamaban Marco. No era muy inteligente ni muy guapo. Un día, Flavieres le interrogó. Marco le contestó sonriendo:

—Háblales como si ya te hubieras acostado con ellas. ¡Es el único medio!

Flavieres no se habla atrevido nunca a hacerlo. No sabía ser insolente. Ni siquiera sabía tutear. Sus colegas, cuando era un joven inspector, se burlaban de él, lo consideraban como un tipo extraño. Se le temía un poco. ¿En qué momento se había atrevido Gevigne? ¿Con qué mujer? Tal vez con Madeleine. Flavieres la llamaba Madeleine, como si se tratara de una aliada, como si Gevigne fuera su enemigo común. Trataba de imaginar el comedor del *Continental*. Se veía cenando con Madeleine por primera vez, haciendo una señal al *maitre,* escogiendo los vinos. ¡No, imposible! El maitre le habría mirado con desdén. Y luego habría que atravesar el inmenso comedor… y, más tarde, la habitación… Madeleine desvistiéndose… ¡Al fin y al cabo, era su mujer!… Flavieres volvió a abrir los ojos, se removió, sintió deseos de abandonar la partida. Pero estaba aprisionado en el centro de una fila y hacía falta mucho aplomo para molestar a tantos espectadores. A su alrededor resonaron risas, unos cuantos aplausos que se contagiaron rápidamente, invadieron la sala, se mantuvieron durante un minuto y se extinguieron. Los actores hablaban del amor, evidentemente. ¡Ser actor! Flavieres se estremeció de asco. Vergonzosamente, por el rabillo del ojo, buscó a Madeleine. En la penumbra dorada destacaba como un retrato.

Las joyas relucían en su cuello, en sus orejas. También sus ojos parecían luminosos. Escuchaba, con el rostro inclinado, inmóvil como esas desconocidas que se admiran en los museos, *La Gioconda, La Bella Ferronniere*… Llevaba en la nuca un pulcro bucle con reflejos de caoba. La señora Gevigne…

Flavieres estuvo apunto de enfocar sus gemelos, pero su vecino se movió impaciente; bajó la cabeza, deslizó los gemelos en su bolsillo con ademanes tímidos. En el entreacto se iría. Ahora estaba seguro de que podría reconocerla en cualquier sitio. Se sentía turbado ante el pensamiento de que iba a seguirla. Gevigne le había pedido una cosa equivoca. Si Madeleine se enteraba de que… Después de todo, tenía derecho a tener un amante. Pero ahora ya se daba cuenta de lo mucho que sufriría si se enteraba de que ella era infiel. Volvieron a sonar aplausos; la sala murmuró confusamente su aprobación. Lanzó una mirada fugaz. Madeleine conservaba la misma actitud. Los brillantes de sus orejas relucían con el mismo fuego. En un rinconcito de los ojos había un débil destello de luz viviente; su mano larga y lechosa descansaba sobre el oscuro terciopelo. El palco diseñaba a su alrededor un marco de oro pálido. Sólo faltaba una firma en la esquina del cuadro, y Flavieres, durante segundo creyó verla con pequeñas letras rojas: R. F., Roger Flavieres… ¡Era una estupidez! No iba a dar crédito a las palabras de Gevigne… A dejarse llevar por su imaginación… Soñó un instante. Hubiese tenido que ser novelista, a causa de aquel mundo de imágenes que surgido en él, de improviso, con el relieve, la intensidad dramática de la vida. Por ejemplo, el tejado… Su inclinación, el rojo descolorido, de las chimeneas, las humaredas inclinadas todas hacia el mismo lado y el rumor de la calle, como el eco de un torrente en lo más hondo de un cañón. Se apretó las manos, como lo había hecho Gevigne. Si había escogido la profesión de abogado, era para conocer los secretos que impiden vivir… Incluso Gevigne, con sus fábricas, sus amigos, su fortuna, no podía ya vivir. Todas aquellas personas que fingían, como Marco, ignorar los obstáculos, no hacían más que mentir. ¿Quién sabe si Marco, ahora, no estaría buscando también un confidente? Un hombre, en el escenario, besaba a una mujer. ¡Mentira! También Gevigne besaba a Madeleine y, sin embargo, Madeleine le era extraña. La verdad era que todos se parecían a él, Flavieres, tambaleándose en una pendiente, al final de la cual se abría el vacío. Reían, amaban, pero tenían miedo. ¡Qué sería de ellos sin los sacerdotes, los médicos y los abogados!

El telón cayó, volvió a alzarse. La gran araña dejó escapar una luz dura que convirtió en grisáceos todos los rostros. La gente se ponía en pie para aplaudir más a gusto. Madeleine se abanicaba lentamente con un programa, en tanto que su marido le hablaba al oído. También era una imagen conocida: la mujer del abanico, o tal vez la imagen de Pauline Lagerlac. Decididamente, era mejor irse. Flavieres siguió a la multitud que invadía los corredores y los salones. Por un instante fue detenido por unos grupos estacionados ante el guardarropía. Cuando consiguió sobrepasarlos, casi

tropezó con Gevigne y su esposa. Rozó a Madeleine, la vio a unos pocos centímetros de distancia y no la reconoció hasta después de haber pasado. Quiso volverse, pero unos oficiales jóvenes que se precipitaban hacia el bar, lo empujaron hacia adelante. Descendió algunos escalones y, bruscamente, renunció. Tanto peor. Tenía necesidad de estar solo…

Le gustaban aquellas noches de guerra, aquella larga avenida desierta por la que se deslizaba un viento muy dulce que había atravesado el césped y olía a magnolia. Andaba sin ruido, como un fugitivo. Le fue fácil reproducir mentalmente el rostro de Madeleine; sus cabellos negros con reflejos rojizos, sus ojos muy azules, tan claros que no parecían vivir. Sin duda eran incapaces de expresar pasión. Las mejillas que se hundían bajo los pómulos salientes, albergaban una cavidad sombría que no carecía de languidez. La boca era delgada, con muy poco maquillaje: una boca de niña soñadora. Madeleine, sí, era un nombre adecuado para ella. Pero Gevigne, no. ¡Cuánto mejor le hubiera sentado un apellido noble y ligero! Era desdichada. Gevigne había imaginado unas sospechas fantásticas sin darse cuenta de que su mujer se moría de aburrimiento a su lado. Era demasiado distinguida, demasiado delicada para resignarse a una existencia de lujo chillón. ¿No había ya perdido el gusto por la pintura? No se trataba, pues, de vigilarla, sino de protegerla, tal vez de ayudarla.

«Estoy descarrilando», pensó Flavieres. «Unas pocas horas más y me habré enamorado. La señora. Gevigne necesita un tónico, eso es todo».

Aceleró el paso, descontento, vagamente humillado. Cuando llegó a su casa había decidido comunicar a Gevigne de que un asunto imprevisto lo obligaba a salir de París. ¿Por qué había de sacrificar su tranquilidad por un hombre que, en el fondo, no le importaba? Porqué Gevigne hubiese tenido que dar señales de vida mucho antes. ¡Al diablo, con los Gevigne!

Se preparó un poco de té. ¿Qué pensaría de mí si me viera? Que soy un pobre diablo embargado por su manías y su soledad. Durmió mal. Cuando se despertó recordó que debía seguir a Madeleine y tuvo vergüenza de su alegría. Conectó la radio. ¡Más duelos de artillería y actividad de patrullas! Bueno. Aquello no le impedía ser feliz. Solventó algunos asuntos, silbando por lo bajo, almorzó en un pequeño restaurante. Ni siquiera le molestaba ya pasearse en traje de paisano, sentir sobre si las miradas sospechosas u hostiles. Después de todo, no era culpa suya si lo habían dado por inútil.

No esperó a que dieran las dos para dirigirse a la Avenue Kléber. Después de una semana desapacible, el tiempo era bueno. No había casi nadie en la avenida, Flavieres observó en seguida el gran auto negro, un *Talbot,* detenido delante de un edificio suntuoso y lo sobrepasó andando lentamente. Era allí. Madeleine vivía allí. Se sacó un diario del bolsillo, anduvo pausadamente a lo Largo de las fachadas tibias. De vez en cuando leía un titular…, un avión de reconocimiento derribado en Alsacia…,

refuerzos para Narvik… Nada que hacer estaba de vacaciones, tenía una cita con Madeleine: aquella hora le pertenecía por completo. Retrocedió. Diviso un pequeño café con tres mesas instaladas sobre la acera, entre dos arbustos.

—Un café.

Distinguía todo el edificio, las altas ventanas decoradas a la moda de mil novecientos, un balcón en el que se alineaban unas macetas. Más arriba, el tejado y el cielo de un azul un poco húmedo. Su mirada volvió a descender: el *Talbot* arrancaba en dirección de L'Etoile: Gevigne. Madeleine no tardaría ya.

Se bebió de un trago el café ardiente, sonrió para sus adentros. No había ninguna razón para que saliera… ¡Si! ¡Saldría! A causa de aquel sol, de aquella fiesta silenciosa de la arboleda, de aquellas semillas aterciopeladas que flotaban en el espacio… Saldría porque él la esperaba…

Y de repente apareció en la acera. Flavieres abandonó su diario, atravesó la ventana. Madeleine llevaba un traje sastre gris, muy ceñido a la cintura, y sujetaba bajo el brazo un bolso negro. Miró alrededor de ella mientras acababa de calzarse un guante. Una espuma de encajes temblaba sobre su pecho. Su frente y sus ojos, se disimulaban bajo un pequeño velo que la ocultaba graciosamente. Y él pensó: «la mujer del antifaz». Le hubiese gustado pintar aquella esbelta silueta que el sol enmarcaba con trazos brillantes sobre un fondo muy pálido de casas rococó. Él también había manejado el pincel en otros tiempos. Sin gran éxito. Asimismo, sabía tocar el piano lo suficiente para envidiar a los virtuosos. Era de esas personas que odian la mediocridad sin poderse elevar hasta el talento. Muchas pequeñas cualidades… ¡Muchos pesares! ¡Bah! ¿Qué importaba, puesto que Madeleine estaba allí…?

Anduvo por la avenida hasta la plaza del Trocadero, avanzó por la explanada cuya blancura deslumbrante hacía entornar los ojos. Nunca París se habla parecido tanto a un parque. La torre Eiffel, azul y rojiza, se elevaba por encima del césped como un ídolo familiar. Los jardines se inclinaban hacia el Sena, rodeando las escalinatas que parecían cascadas inmóviles flanqueadas de flores. Un remolcador lanzó un silbido ronco que quedó ahogado bajo los arcos. Uno se sentía suspendido entre la paz y la guerra, atenazado por una emoción fácil y sin embargo punzante. ¿Era éste el motivo de que Madeleine anduviera ahora con tanta languidez? Parecía vacilar, interrogarse; se detuvo ante la entrada del museo, luego siguió adelante, como arrastrada por una corriente invisible. Cruzó la calle, se quedó un momento indecisa entre los transeúntes al comienzo de la Avenue Henri Martin. Finalmente, se decidió y entró en el cementerio de Passy.

Andaba suavemente entre las tumbas, y Flavieres hubiese jurado que proseguía su paseo entre las hileras de solemnes cruces, mármoles y bronces. Seguía los caminos más apartados y miraba distraídamente a derecha e izquierda las lápidas con

inscripciones negruzcas, las verjas roídas por el óxido y, aquí y allá, el brillo de un ramillete. Los gorriones revoloteaban delante de ella. Los ruidos de la ciudad parecían proceder de muy lejos, y una podía creerse en algún país extraño, al margen de la vida, como si bruscamente se hubiera cambiado de existencia. Ya no se veía a nadie. Pero cada cruz era una presencia; cada epitafio sugería un rostro. Madeleine andaba lentamente en medio de aquella muchedumbre petrificada, y sin sombra se alargaba por entre las de las tumbas, pasaba dislocándose sobre los escalones de las capillas en cuyo fondo velaban unos ángeles mutilados. De vez en cuando se inmovilizaba el tiempo suficiente para leer un nombre casi borrado; *Familia Mercier… Alphonse Mercader*. Fue un buen padre y un buen esposo. Había lápidas que se hundían inclinadas en el suelo, como cascos de navíos naufragados. Sobre ellas se acurrucaban los lagartos, con su garganta palpitante y su cabeza de serpiente levantada hacia el sol. Madeleine parecía hallarse a gusto en aquel sector secreto al que las familias ya no iban nunca. Prosiguió su camino, que la condujo poco a poco hacia el centro del cementerio. Se agachó, recogió un tulipán rojo caído de algún ramo y, siempre sin prisa, se acercó a una tumba frente a la que se detuvo. Flavieres, oculto detrás de una capilla, podía observarla cómodamente. El rostro de Madeleine no expresaba ni exaltación ni extravío. Tenía, por el contrario, un aspecto tranquilo, apacible, feliz. ¿En qué pensaba? Sus dedos seguían reteniendo el tulipán. De nuevo parecía un retrato, una de esas mujeres que el genio del artista ha inmortalizado. Estaba concentrada en si misma, inmovilizada en una contemplación interior. La palabra éxtasis acudió a la mente de Flavieres. ¿Era la especie de crisis de que le había hablado Gevigne? ¿Estaría poseída Madeleine por el delirio místico? Pero el delirio místico ofrece síntomas muy particulares que no suelen engañar. Probablemente Madeleine estaba orando por algún difunto, algún pariente desaparecido hacía poco tiempo. Sin embargo, la tumba parecía antigua, abandonada…

Flavieres miró su reloj. Madeleine había permanecido doce minutos ante la tumba. Ahora volvía a salir al paseo central, examinando los sepulcros con el mismo interés un poco distante, exactamente como si en cuestiones de arquitectura funeraria no tuviese nada nuevo que aprender. Flavieres, de paso, leyó la inscripción que Madeleine acababa de contemplar:

PAULINE LAGERLAC 1840 — 1865

Esperaba encontrar aquel nombre sobre la piedra, pero no por eso quedó menos impresionado. Prosiguió su vigilancia. Gevigne tenía razón: había algo incomprensible en el comportamiento de Madeleine. Ante la tumba, ni siquiera había juntado las manos o inclinado la cabeza. Había permanecido inmóvil, como uno puede estarlo en un lugar lleno de recuerdos; ante su casa natal, por ejemplo. Apartó

aquella idea absurda que lo llenaba de un temor vago, y se acercó a Madeleine. Esta no había soltado su tulipán. Ahora descendía hacia el Sena con los hombros un poco inclinados, el andar fatigado. Habían llegado a los muelles. Madeleine deambuló por allí, miró el agua acribillada por puntitos luminosos. Pasaban hombres con el sombrero en la mano, enjugándose la frente. Hacía calor. El agua era muy azul a lo largo de las piedras. Varios vagabundos dormitaban en el suelo y los gorriones merodeaban alrededor de los puentes. Con su severo traje gris, con sus zapatos de alto tacón, parecía algo extraña en aquel ambiente, como una viajera que aguarda el tren. Y, de vez en cuando, daba vueltas entre sus dedos al tallo del tulipán. Atravesó el Sena, se apoyó en el pretil del puente golpeándose la mejilla con la flor. ¿Estaría citada con alguien? ¿O bien descansaba? Tal vez se limitaba a entretener su aburrimiento siguiendo con la mirada los remolinos de la corriente alrededor de las barcazas y la ondulación fascinante de los reflejos… Madeleine se inclinó un poco. Debía de contemplarse reflejada en el agua, muy lejos, con todo el cielo a su alrededor y la larga línea curva del puente. Flavieres se acercó. No hubiese sabido explicar el motivo. Ella estaba inmóvil. Había dejado caer el tulipán. La minúscula mancha roja se alejaba lentamente, girando sobre sí misma, mecida por las ondulaciones. Pasó a lo largo de una barcaza, se alejó corriente abajo. Ahora no era más que un punto escarlata, y Flavieres no podía apartar la vista de la mujer. Se alejaba más aprisa, perdida en el inmenso río; desapareció. Sin duda había naufragado. Madeleine, con las manos colgantes, observaba aún la superficie brillante del agua. Flavieres tuvo la impresión de que sonreía. Luego se enderezó. Pasó a la orilla derecha por otro puente. Regresaba a su casa, siempre con la misma languidez, la misma indiferencia ante el espectáculo que ofrecía la calle. A las cuatro y media traspuso la puerta de su hogar y Flavieres se sintió desamparado, inútil y lleno de asco. ¿Qué hacía durante el resto de la tarde? Aquella vigilancia le dejaba lleno de malestar, le hacía más insoportable su soledad. Entró en un cafetucho, telefoneó a Gevigne.

—¿Eres tú Paul? Aquí, Roger… ¿Puedo ir a verte un momento?… No, no ha ocurrido nada. Quiero hacerte algunas preguntas. Bueno, ahora voy.

Gevigne había hablado de su despacho con una indiferencia de gran señor. En realidad, las oficinas ocupaban toda una planta.

—Si me hace el favor de aguardar. El señor director tiene una conferencia.

La mecanógrafa hizo entrar a Flavieres en un salón amueblado con enormes butacas. «¿Trata de impresionarme?», pensó. Pero no era así. Vio a Gevigne que acompañaba a los visitantes.

—Me alegro de volverte a ver —dijo Gevigne—. Discúlpame. Hoy hemos tenido un día muy atareado.

El despacho era enorme, claro, amueblado a la americana: mesa y, archivadores

metálicos, butacas de tubo de acero, ceniceros con pies niquelados. En la pared, un gigantesco mapa de Europa con un hilo rojo sujeto por alfileres que señalaba la línea del frente.

—¿Qué?… ¿La has visto?

Flavieres se sentó, encendió un cigarrillo.

—Sí.

—¿Qué ha hecho?

—Ha ido al cementerio de Passy.

—¿Eh?… ¿A la tumba de…?

—Sí.

—Ya lo ves —dijo Gevigne—. ¿Te das cuenta?

En un ángulo de la mesa, cerca del teléfono, había una fotografía de Madeleine. Flavieres no podía apartar los ojos de ella.

—En la tumba sólo hay una inscripción —prosiguió—. Pero sin duda los padres de tu esposa estarán también…

—¡En absoluto! Están enterrados en Las Ardenas… Y la tumba de mi familia está en Saint-Ouen. En Passy sólo descansa Pauline Lagerlac. ¡Y eso es lo que me parece horrible! En fin, ¿puedes explicarme a qué viene esta peregrinación? Y puedo asegurarte que no es la primera vez que va a ese sitio.

—Efectivamente, no ha hecho ninguna pregunta a los guardianes. Sabía dónde estaba la tumba.

—¡Ya lo creo! Ya te he dicho que está como fascinada por esa Pauline.

Gevigne se paseaba por detrás de su mesa, con las manasen los bolsillos. Su cuello rebosaba por encima del de la camisa. Sonó el teléfono. Descolgó el aparato con un ademán brusco y tapando el auricular con la palma de la mano, murmuró:

—Imagina que es Pauline. ¡Ya puedes figurarte lo tranquilo que debo de estar!

Una voz ahogada ronroneaba junto a su diestra. Se llevó el teléfono a la oreja y dijo secamente:

—¿Quién es?… ¡Ah! Es usted, querido amigo.

Flavieres miraba la fotografía de Madeleine, su rostro de estatua apenas animado por los ojos. Gevigne dictaba órdenes con el ceño fruncido; colgó violentamente el teléfono. Flavieres se arrepintió de haber ido a verle. De repente se daba cuenta de que el misterio formaba parte del propio ser de Madeleine, y que Gevigne lo saquearía. La misma idea extravagante volvió a atormentarle: ¿Y si el alma de Pauline…?

—Son unos pesados —dijo Gevigne—. No puedes hacerte idea del desconcierto que reina. Vale más que la gente no lo note. ¡Sería descorazonador!

—¿Es Lagerlac el apellido de soltera de tu esposa? —preguntó Flavieres.

—No. Se llama Givors… Madeleine Givors. Hace tres años que perdió a sus

padres. Su padre poseía una fábrica de papel junto a Mézieres. ¡Una gran empresa! La había fundado el abuelo… Era natural de allí.

—Pero… Pauline Lagerlac debía de vivir en París, ¿no?

—¡Espera!

Gevigne tamborileaba sobre la mesa con sus dedos rollizos.

—Todo esto es tan vago… Veamos, si mi suegra me enseñó un día la casa de la abuela Pauline, una vieja mansión en la Rue des Saints-Peres, si no recuerdo mal… Me parece que en la planta baja había una tienda, creo que un almacén de antigüedades… ¿Qué piensas de Madeleine, ahora que la has visto?

Flavieres se encogió de hombros.

—De momento, nada.

—¿Pero sospechas como yo que ocurre algo?

—Me parece… sí… ¿Sabes si ha renunciado completamente a la pintura?

—¡Oh! Completamente… Ha transformado en salón el estudio que le había hecho preparar.

—¿Por qué ha renunciado?

—¡Ah! Es bastante, antojadiza. Y además, los gustos cambian.

Flavieres se puso en pie y alargó la mano a Gevigne.

—No quiero molestarte más. Ya veo que estás muy ocupado.

—Olvídalo —interrumpió Gevigne—. Todo esto no cuenta… Es Madeleine quien me interesa. Contéstame francamente. Según tu opinión, ¿está loca?

—¿Loca? Creo que no —dijo Flavieres—. ¿Lee mucho? ¿Tiene manías?

—En absoluto. Lee un poco, como todo el mundo: libros de moda, revistas… No le conozco ninguna manía.

—Voy a seguir observándola —dijo Flavieres.

—No pareces muy entusiasmado.

—Es que tengo la impresión de que perdemos el tiempo.

No podía confesar a Gevigne que estaba decidido a seguir a Madeleine durante semanas y meses, que no encontraría la paz hasta que hubiera descubierto el misterio.

—Te lo ruego —dijo Gevigne—. Ya ves cómo vivo; el despacho, los viajes, ni un minuto de libertad… Ocúpate tú de ella. Estaré mucho más tranquilo.

Acompañó a Flavieres hasta el ascensor.

—Si te enteras de algo nuevo, telefonéame.

—Te lo prometo.

Flavieres salió y se encontró inmerso en la multitud de las seis de la tarde. Compró un diario vespertino. Dos aviones habían sido derribados en la frontera de Luxemburgo. El editorial demostraba que los alemanes estaban perdiendo la guerra. Estaban bloqueados, condenados a la inmovilidad y a la asfixia. El alto Estado Mayor lo había previsto todo, y sólo aguardaba, para terminar, una salida desesperada del

enemigo.

Flavieres bostezó, se metió el diario en el bolsillo. Aquella guerra había dejado de interesarle. Lo que le importaba era Madeleine. Se sentó en la terraza de un café y pidió un refresco. Madeleine soñando ante la tumba de Pauline, la nostalgia del sepulcro… No. ¡No era posible!… Pero ¿se puede saber lo que es o no posible?

Flavieres regresó a su casa con dolor de cabeza. Bajo la enciclopedia, por la letra L. Desde luego, no encontró nada. Sabía de antemano que el nombre de Lagerlac no podía ser mencionado en un diccionario, pero no hubiese podido dormir sin haberlo comprobado, por si acaso… Adivinaba que haría aún muchas cosas absurdas «por si acaso». Pensando en ella, perdía toda su sangre fría. «¡La mujer del tulipán!». Trató de dibujar la silueta inclinada sobre el rió. Luego quemó el papel y se trago dos aspirinas.

CAPÍTULO III

Madeleine anduvo a lo largo del Parlamento, ante el que un centinela con la bayoneta calada montaba la guardia. Como la víspera, había salido de casa inmediatamente después de Gevigne. Pero esta vez andaba aprisa y Flavieres la seguía de cerca, temiendo un accidente, pues atravesaba las calles sin prestar atención a los vehículos. ¿Adónde se dirigía tan apresuradamente? Había sustituido su traje sastre gris por un vestido oscuro, muy sencillo, e iba tocada con una boina. Sus zapatos sin tacón, transformaban su manera de andar. Parecía aún más joven, un poco varonil con su bolso bajo el brazo. Tomó por el Boulevard Saint-Germain, buscando la sombra de las altas fachadas. ¿Se dirigiría al Luxembourg?

¿A la sala de Geografía…? ¿Alguna sesión de ocultismo? Repentinamente, Flavieres comprendió. Para mayor seguridad, se acercó un poco más. Olía su perfume, algo bastante complicado que recordaba sobre todo un ramillete mustio, la tierra grasienta… ¿Dónde había aspirado ya aquel olor? Había sido la víspera, en los paseos desiertos del cementerio de Passy. Le gustaba aquel perfume; evocaba la casa de su abuela, cerca de Saumur, en una colina. Por los alrededores, la gente vivía en cuevas practicadas en las rocas. Subían a sus casas mediante una escalera, como Robinson. De trecho en trecho surgían del acantilado las chimeneas de las estufas. Encima de cada tubo, un rastro negro manchaba la Piedra blanca. Él iba a merodear por allí durante las vacaciones. Una vez penetró en una de las cuevas, abandonada por su propietario. La tenue claridad diurna iluminaba las partes más profundas. Las paredes eran frías y rugosas como los costados de una fosa, y el silencio era espantoso. Durante la noche debía de oírse el rumor de los topos excavando la tierra, y tal vez, de cuando en cuando, caerían gusanos del techo y se retorcerían en el suelo. Una puerta medio deshecha se abría al fondo sobre un subterráneo de atmósfera enmohecida. Más allá, sin duda, se abría el mundo prohibido de las galerías, de los pasadizos, de los corredores multiplicados hasta el infinito en el corazón de la roca. El auténtico miedo empezaba allí, en aquel umbral donde las setas grises nacían. Por todos lados se olía la tierra, se olía… el perfume de Madeleine.

Y ahora en el bulevar iluminado por el sol, Flavieres experimentaba de nuevo la atracción de las tinieblas y descubría el motivo de que Madeleine lo hubiera conmovido desde el principio. Otras imágenes surgían en su interior; sobre todo, una. A los doce años, a la sombra de aquella muralla desde la que se divisaba las vastas ondulaciones de las praderas, de los Viñedos y de las nubes, había leído un libro de Kipling, inolvidable: *En tinieblas*… En la cubierta había un grabado que representaba a un niño y una niña. Estaban inclinados sobre un revolver. Y una frase absurda, que

tenía siempre la virtud de conmoverlo hasta hacerle derramar lágrimas, renacía en su pensamiento: Era el «Barralong» con rumbo hacia el África Austral. La niña vestida de negro —ahora estaba seguro— se parecía a Madeleine; aquella niña en quien pensaba por la noche, antes de dormirse y de la que llegaba a escuchar los pasos durante el sueño. Sí, todo aquello era ridículo, por lo menos para un hombre como Gevigne. Pero era al mismo, tiempo cierto, de otra manera, en otro plano, cierto al modo de un sueño perdido, reencontrado y denso con su misteriosa evidencia. Madeleine andaba delante de él, esbelta, negra, presa de sus sombras y oliendo a crisantemos. Se metió por la Rúe des Saints-Peres y Flavieres experimentó una especie de amarga satisfacción. Tampoco aquello significaba nada, y sin embargo…

La casa de que había hablado Gevigne estaba allí. Era ciertamente aquella, puesto que Madeleine entraba en ella y puesto que había en los bajos la tienda de un anticuario. Sólo que Gevigne se había equivocado en un punto: aquella casa era un hotel. *Family-Hotel*. Una de esas pequeñas hosterías frecuentadas por provincianos maniáticos, profesores y magistrados. En la puerta colgaba un letrero: Completo. Flavieres la empujó y una vieja que hacía calceta tras el pupitre de recepción, bajo una lámpara de despacho, le miró por encima de sus gafas.

—No —murmuró Flavieres—, no vengo a buscar habitación… Quisiera tan sólo que me dijera el nombre de la señora que acaba de entrar.

—¿Quién es usted?

Flavieres colocó bajo la lámpara su antiguo carnet de inspector, que había guardado como lo guardaba todo, las pipas viejas, las estilográficas estropeadas, las facturas liquidadas… Su cartera estaba llena de cartas amarillentas, de recibos de correos y de billetes de autobús. Se felicitó de haber, siquiera una vez, tenido razón. La vieja seguía observándole de reojo.

—Madeleine Gevigne —dijo.

—¿No es la primera vez que la ve usted?

—¡Oh, no! —dijo la vieja—. Viene a menudo.

—¿Recibe a alguien… en su habitación?

—Es una joven como Dios manda.

Con los ojos fijos en su labor, sonreía con aire astuto.

—Contésteme —insistió Flavieres—. ¿Recibe a alguien?…

Podría recibir a una amiga, por ejemplo.

—No. Nunca la ha visitado nadie.

—Entonces, ¿qué hace?

—No sé… No vigilo a mis huéspedes.

—¿Qué habitación ocupa?

—La 19, en el tercer piso.

—¿Es una pieza hermosa?

—Es una habitación corriente. Tenemos otras mejores, pero esta es suficiente para ella… Le había ofrecido la 12…, pero ella insistió en tener la 19. Quería con obstinación la habitación del tercero que da al patio.

—¿Por qué?

—No me lo dijo. Tal vez a causa del sol.

—Si lo he entendido bien, la ha alquilado.

—Sí, por meses. O mejor dicho, la ha alquilado por un mes.

—¿Cuándo?

La vieja dejó de mover sus agujas y consultó una agenda.

—Pues ya hace más de tres semanas. A principios de abril…

—¿Suele quedarse mucho rato en la habitación?

—Depende. A veces una hora, y otras bastante menos.

—¿Nunca trae equipajes?

—No… nunca.

—¿No viene todos los días?

—No. Dos o tres veces por semana.

—¿No le ha encontrado usted nunca un aspecto… extraño?

La vieja se subió las gafas sobre la frente y se frotó lentamente los párpados arrugados.

—Todo el mundo es extraño —dijo—. Si se hubiera pasado usted la vida en la recepción de un hotel, no haría esta pregunta.

—¿Ha telefoneado alguna vez?

—No.

—¿Hace mucho tiempo que existe este hotel?

Los ojos enrojecidos se abrieron y observaron a Flavieres con expresión rencorosa.

—Unos cincuenta años.

—Y antes… ¿qué había aquí?

—Supongo que una casa como las otras.

—¿Ha oído usted hablar de una cierta Pauline Lagerlac?

—No. Pero si esta mujer se ha alojado aquí, puedo buscar en los libros…

—Es inútil.

Se miraron de nuevo.

—Muchas gracias —dijo Flavieres.

—De nada —contestó la vieja.

Sus agujas volvieron a cruzar sus reflejos. Él permaneció acodado al mostrador, jugueteando maquinalmente con el encendedor que guardaba en el bolsillo. «He perdido habilidad», pensó. «Ya no sé efectuar un interrogatorio». Sentía ganas de subir, de pegar el ojo a la cerradura de la habitación, pero sabía por anticipado que no

vería nada. Saludó y se fue.

¿Por qué la habitación del tercero que daba al patio? ¡Aquella pieza era sin duda la de Pauline! Pero Madeleine ignoraba ese detalle. De la misma forma que ignoraba el suicidio. ¿Entonces? ¿Qué misteriosa atracción la llevaba a aquel hotel? A Flavieres se le ocurrían algunas explicaciones: sugestión, clarividencia, desdoblamiento de la personalidad, pero ninguna le satisfacía. Madeleine había sido siempre normal, equilibrada. Además había sido escrupulosamente estudiada por especialistas. No Había alguna cosa más.

Retrocedió casi corriendo, Madeleine había salido del hotel y se dirigía hacia el muelle. Apenas había permanecido media hora en la habitación. Siempre apresurada, anduvo a lo largo de la estación de Orsay, detuvo un taxi. Flavieres tuvo apenas tiempo de subir a su vez a un vehículo.

—¡Siga a aquel Renault!

Hubiese debido tomar su *Simca*. Madeleine había estado a punto de escapársele… Si volvía la cabeza… Pero el tránsito era intenso en el Puente de la Concordia y los Campos Elíseos estaban tan concurridos como en las horas más febriles de la preguerra. El taxi de Madeleine ascendía hacia L'Etoile. «Regresa a su casa, sencillamente». Por todos lados se veían uniformes, automóviles con banderolas, como en el catorce de julio. Aquello acababa por provocar como una especie de fiebre. Flavieres no detestaba aquella sensación de vida excitante y vagamente amenazada El *Renault,* rodeó el Arco de Triunfo y se dirigió hacia la puerta Maillot. En la Avenida de Neuilly los vehículos eran menos numerosos y rodaban sin prisa, con las ventanillas abiertas y las capotas descorridas.

—Según parece, van a racionar la gasolina; incluso para los taxis —comentó el chofer.

Flavieres se dijo que gracias a Gevigne, tendría tantos cupones como quisiera. Se recriminó por aquel pensamiento, pero, qué caramba, diez litros de más o de menos en pleno derroche…

—Deténgase —ordenó.

Madeleine se había apeada en la extremidad del Puente de Neuilly. Flavieres había ya preparado el dinero temeroso de perder tiempo. Quedó sorprendido al ver a Madeleine alejarse pausadamente, con el mismo paso que la víspera. Bordeaba el Sena, sin objetivo, por el mero placer de andar. No había ninguna relación aparente entre el Hotel de la Rue des Saints-Peres y aquel muelle de Courbevoie… Entonces, ¿a qué venía este paseo? ¡Los muelles eran mucho más hermosos en el interior de París! ¿Huía de la multitud? ¿Tenía necesidad, para reflexionar o para soñar, de seguir la lenta marcha del agua? Recordaba las islitas del Loire, las lenguas de arena que quemaban los pies, los pedregales donde las ranas lanzaban a sacudidas sus gemidos de alegría. La sentía parecida a si mismo, y, le entraban ganas de alargar el paso y

abordarla. No tendrían necesidad de hablarse. Andarían juntos, contemplando cómo se deslizaban las barcazas. Empezaba otra vez a divagar. Se detuvo y la dejó alejarse. Incluso pensó en regresar. Pero en aquella persecución había algo ligeramente embriagador, extraño, que lo obsesionaba. Prosiguió…

Montones de arena, montones de piedras, montones de arena. De vez en cuando, unos andamio rústicos, una grúa, vagonetas en una vía estrecha y oxidada. La isla de la Grande-Jatte, allí enfrente, en el centro de la corriente. ¿Qué venía ella a hacer en aquel barrio sin gracia? ¿Hasta dónde pensaba llegar? Estaban solos. Ella andaba sin volverse, siempre mirando hacía el río. Y, a medida que transcurría el tiempo, un miedo vago se apoderaba de Flavieres. No, aquello no era un paseo… ¿Una fuga, tal vez? ¿O bien una crisis de amnesia? En otros tiempos había visto a personas amnésicas halladas en las calles, sorprendidas y abrumadas, que hablaban con voz de sonámbulo. Se aproximó. Madeleine en aquel momento, atravesó la calzada y se sentó en la terraza de un tabernucho para marineros: tres mesas de hierro bajo un toldo deslucido. Flavieres, disimulado tras de unos toneles, no perdía ninguno de sus ademanes. Madeleine sacó de su bolso una hoja de papel y una estilográfica; con el dorso de la mano limpió la mesa. El dueño del tabernucho no comparecía. Ella escribió con atención, con el rostro un poco contraído. Ama a alguien que está movilizado, pensó Flavieres. Pero esa hipótesis no era mejor que las demás. ¿Por qué habría venido hasta allí, puesto que le era fácil escribir en su casa, donde nadie la vigilaba? Escribía aprisa, a vuelapluma, sin una vacilación; indudablemente, había meditado la carta durante el paseo. O bien en la media hora que pasó en el hotel. Todo aquello era un poco loco. ¿Y si se trataba de una carta de ruptura? ¿No quedarían mucho mejor explicadas todas aquellas idas y venidas? Pero, en tal caso, Madeleine no hubiera ido a visitar la tumba de Pauline Lagerlac…

Nadie pensaba en servir a Madeleine. El dueño debía de estar en el frente, como los otros. Madeleine dobló la carta, cerró cuidadosamente el sobre. Miro a su alrededor, dió unas palmadas. Nada se movió en el interior de la casa. Entonces se levantó, con la carta en la mano. Vacilaba, y Flavieres hubiese dado cualquier cosa por leer por encima de su hombro la dirección del sobre. Siempre indecisa, regresó junto al ribazo, pasó muy cerca de los toneles. Él olió una vez más su perfume. Se había alzado una brisa tibia que hacía ondear su falda. Su rostro, de perfil, estaba inmóvil, sin expresión, a no ser de aburrimiento. Agachó la cabeza, dio vuelta entre las manos al sobre y, de repente, lo rompió en dos, luego en cuatro, en una multitud de pedazos que dejaba caer a puñaditos.

Los trozos revoloteaban, caían sobre las piedras, sobre la superficie de agua antes de hundirse entre los remolinos. Ella contemplaba los minúsculos náufragos. Se frotaba los dedos como si hubiese querido despegar de ellos un polvo impalpable, purificarlos de un contacto indeseable. Con la punta del pie, sacó de entre la hierba

algunos pedacitos de papel, y los empujó hasta el borde del muelle. Desaparecieron. Apaciblemente, ella adelantó un paso más, y el agua salpicó el muelle y lanzó unas gotas casi a las manos de Flavieres.

—¡Madeleine!

En pie detrás de los toneles, Flavieres miraba sin comprender. No quedaba más que un pedazo de sobre, muy blanco, que se deslizaba con movimientos irregulares por encima de las piedras, como un ratón.

¡Madeleine!

Se quitó la americana, el chaleco. El agua había formado tres gruesas ondulaciones que se alejaban rápidamente. Se zambulló. El frío contacto del agua le cortó el aliento. Sin embargo, en su interior, como en una especie de delirio, no cesaba de gritar: «Madeleine… Madeleine…». Con los brazos extendidos, palpaba el agua oscura, viscosa. Dándose impulso de los pies, se remontó, salió ruidosamente a la superficie, emergiendo hasta la cintura. La distinguió a algunos metros, flotando de espaldas, ya fláccida, y pesada como una ahogada. Flavieres se hundió entre dos aguas para cogerla por la cintura, sólo encontró las delgadas corrientes que se retorcían como hierbas alrededor de sus dedos, palpó, luchando con las piernas, con los muslos, contra el empuje del río. Con los pulmones a punto de estallar, expelió aire, giró sobre sí mismo, con los ojos llenos de lágrimas y de agua. Adivinó una masa oscura que se hundía lentamente. Con un solo impulso, se zambulló oblicuamente, tropezó con una tela, deslizó rápidamente los dedos, por intuición… aprisa… el cuello, ¿dónde estaba el cuello…? Sujetó la cabeza bajo el brazo, levantó la otra mano hacia la superficie como para izarse más aprisa. El cuerpo pesaba terriblemente, era preciso arrancarlo como de un agujero, arrancar todas sus raíces de agua. Flavieres vio el ribazo que derivaba rápidamente, no muy lejos, pero ya sus fuerzas se agotaban. Respiraba mal, carecía de entreno. Tragó una enorme bocanada de aire, cortó en diagonal la corriente hacia una escalera a la que había amarrada una barca. Su hombro tropezó con la cadena, se suspendió de ella, dejó que la corriente lo acercara a la pared. Sus pies tocaron los escalones sumergidos. Soltó la cadena, se aferró a la piedra, ascendió un peldaño, luego otro, con el cuerpo de Madeleine pegado al suyo. Depositó a Madeleine sobre un peldaño, la cogió mejor y, con un brusco impulso, la levantó, la llevó basta arriba. Allí, cayó de rodillas, se tendió de costado, sin aliento. El viento le helaba el rostro. Fue Madeleine quien se movió primero. Entonces, él se sentó y la miró.

Tenía un aspecto lamentable, con el cabello pegado a las mejillas y la piel lívida. Sus ojos estaban abiertos. Miraban pensativamente el cielo. Trataban de reconocer alguna cosa.

—No está usted muerta —dijo Flavieres.

Los ojos se volvieron hacia él. Su mirada venía de muy lejos.

—No lo sé —murmuró ella—. No es desagradable morir.

—¡Imbécil! —gritó Flavieres—. ¡Vamos! ¡Muévase!

La cogió por las axilas, la enderezó y luego, cuando ella se le cayó encima, la colocó sobre su hombro. No pesaba demasiado, y el tabernucho no quedaba lejos. Sin embargo, temblaba de cansancio cuando llegó a la puerta.

—¡Eh!… ¿No hay nadie?

Dejó a Madeleine ante el mostrador. Ella vacilaba y sus dientes empezaron a castañetear.

—¡Eh!

—¡Va, va! —contestó una voz, y una mujer salió de la trastienda con un niño entre los brazos.

—Un accidente —explicó Flavieres—. …¿podría prestarnos ropas secas? No importa lo que sea. Estamos completamente empapados.

—Reía nerviosamente, para tranquilizar a la mujer.

El pequeño se puso a llorar, y la madre lo meció cadenciosamente.

—Está echando los dientes —dijo.

—Algo para cambiarnos —insistió Flavieres—. Luego llamaré un taxi… Voy a buscar mi americana…, en ella llevo la cartera. Prepare un vaso de coñac para la señora… ¡Algo fuerte!

Trataba de crear algo de calor, de cordialidad, para obligar a Madeleine a recobrar la confianza y para interesar a la mujer en su percance. Él mismo se sentía lleno de alegría, de energía, de voluntad.

—¡Siéntese! —le gritó a Madeleine.

Atravesó el muelle desierto, corrió hasta el montón de barriles, recogió la americana y el chaleco. Un baño en aquella época no era cosa grave, pero le había faltado un pelo… Lo que más lo trastornaba, más que el esfuerzo y el miedo, era la visión de Madeleine trasponiendo serenamente el borde del muelle. Y luego, en lugar de debatirse, se había abandonado, inmediatamente, con una resignación monstruosa. Ni siquiera había prestado atención a la muerte. Se juró que no la perdería nuevamente de vista, que la defendería contra sí misma, pues ahora estaba bien seguro de que no era completamente normal. Regresó corriendo para entrar en calor. La mujer, con el niño al cuello, llenaba de licor dos vasos.

—¿Dónde se ha metido?

—Se está cambiando…

—¿Puedo telefonear? Necesito un taxi.

La mujer señaló el teléfono con un movimiento de cabeza.

—Sólo he encontrado un mono. ¿Le irá bien?

Repitió su pregunta cuando Flavieres colgó el aparato.

—Muy bien —dijo éste.

En aquel momento, Madeleine salió de la cocina y él experimentó una nueva impresión. Vestida con un miserable traje estampado, sin medias, calzada con alpargatas era Otra Madeleine que no tenía nada de imponente.

—Vaya aprisa a secarse —le dijo ella—. Sinceramente, lo lamento mucho… Otra vez tendré más cuidado.

—Espero que no haya otra vez —gruñó Flavieres.

Había aguardado cierto agradecimiento, algo vagamente patético, y he aquí que ella trataba de bromear. Rabiosamente, se puso el mono, demasiado grande para él. Por si fuera poco iba a estar grotesco. En la sala del tabernucho, las dos mujeres cuchicheaban, convertidas ya en cómplices, y él con su alegría deshecha, trataba inútilmente de encontrar los extremos de las mangas, descubrió con consternación que el mono estaba manchado de grasa. Su ira se concentró en Gevigne. ¡Él pagaría la factura! Y haría vigilar a su mujer por otro, si le venía en gana. Flavieres oyó de pronto el claxon del taxi. Torpe y ruborizado, abrió la puerta.

—¿Está dispuesta?

Madeleine estaba meciendo al pequeño.

—No tan alto —murmuró—. Va usted a despertarlo.

Lo entregó suavemente a su madre, y aquella solicitud exasperó a Flavieres. Estuvo a punto de estallar, recogió las ropas mojadas, deslizó un billete bajo el vaso lleno de coñac y salió. Madeleine lo siguió presurosa.

—¿Dónde quiere que la deje? —preguntó él fríamente.

Ella subió al vehículo.

—Vamos a su casa —propuso—. Supongo que tendrá usted prisa en vestirse convenientemente… Para mi eso carece de importancia.

—Dígame de todos modos donde vive usted.

—En la Avenue Kléber… Soy la señora Gevigne… Mi esposo se dedica a las construcciones navales.

—Yo me llamo Flavieres. Soy abogado.

Corrió el cristal.

—A la rue de Mauberge, esquina rue Lamartine.

—Debe de estar resentido conmigo —prosiguió Madeleine—. Verdaderamente, no sé lo que ha ocurrido.

—Yo sí lo sé —dijo Flavieres—. Ha querido usted matarse.

Aguardó un poco, esperando una respuesta, una negativa.

—Puede usted tener confianza en mi —prosiguió—. Estoy dispuesto a comprender cualquier cosa… Una pena… Una decepción…

—No —dijo ella en voz baja—, no no es lo que usted cree.

Nuevamente era la desconocida del teatro, la mujer del abanico, la otra. Madeleine, la que se inclinaba el día antes sobre una tumba olvidada…

—He querido tirarme al agua —continuo—, pero le juro que ignoro el motivo.

—Sin embargo…, la carta…

Madeleine enrojeció.

—La carta era para mi marido. Pero lo que trataba de hacerle comprender era tan extraordinario, que he preferido.

Volvió la cabeza hacia Flavieres y apoyó la mano sobre su brazo:

—¿Cree usted, señor, que es posible la resurrección? Quiero decir, que una pueda morirse y luego… renacer en alguna otra persona… ¿Ve usted? No se atreve a contestarme… Me toma por una loca.

—Pero…

—Sin embargo, no estoy loca, no… Pero me parece que mi pasado se prolonga hasta muy lejos… Más allá dé mis recuerdos de la niñez hay algo, como otra vida que acude vagamente a mi memoria… No sé por qué le explico a usted todo esto.

—Prosiga, —balbuceó Flavieres—. ¡Prosiga!

—Veo de nuevo cosas que sin embargo jamás he visto… Caras, otras caras… que sólo existen en mi recuerdo. Y a veces tengo la impresión de ser una mujer muy vieja.

Tenía una profunda voz de contralto, y Flavieres la escuchaba inmóvil.

—Debo de estar enferma —prosiguió—. …Y sin embargo, si estuviera enferma, mis recuerdos no tendrían tanta nitidez. Serían desordenados, incoherentes.

—Pero, hace un rato, ¿ha cedido usted a un impulso repentino, o bien obedecido a una decisión largamente reflexionada?

—Más bien a una decisión… Pero no estoy muy segura. Siento que cada vez me convierto más en una extraña, que mi verdadera vida queda detrás de mí… Entonces… ¿por qué continuar? Para usted, para todo el mundo, la muerte es lo contrario de la vida…, mas para mí…

—No hable usted así —dijo Flavieres—. Se lo ruego…, piense en su esposo.

—¡Pobre Paul! ¡Si lo supiera!

—Precisamente; no debe saberlo. Sera un secreto entre nosotros dos.

Flavieres no había podido impedir el pronunciar aquella frase con una entonación tierna, y ella sonrió de repente con una vivacidad desconcertante.

—El secreto profesional —dijo—. Ahora ya estoy tranquila… He tenido mucha suerte de que pasara usted por allí.

—Desde luego. Tenía que ver a un industrial cuyo almacén, se encuentra un poco mas lejos y, si no hubiera hecho una tarde tan preciosa, sin duda hubiera tomado mi coche.

—Y yo estaría muerta —murmuró ella.

—Hemos llegado —dijo Flavieres—. Disculpe el desorden de mi piso. Soy soltero, y siempre estoy atareado.

No había nadie en el vestíbulo del edificio. Nadie en la escalera. Flavieres se

hubiera sentido incómodo si algún inquilino lo hubiese visto ataviado de aquella manera. Oyó sonar el teléfono mientras abría la puerta y hacía pasar a Madeleine.

—Sin duda es un cliente. Siéntese. En un minuto estaré listo.

Corrió a su despacho.

—¡Diga!

Era Gevigne.

—Es la tercera vez que te llamo —dijo éste—. De repente he recordado algo en relación con el suicidio de Pauline… Se lanzó al agua. No se me ocurre el provecho que podrás sacar de este detalle, pero de todos modos prefiero comunicártelo… ¿Qué te parece?

—Ya hablaremos luego —dijo Flavieres—. Ahora tengo una visita en mi despacho.

CAPÍTULO IV

Flavieres miró el calendario con aire desconfiado *Seis de Mayo*. Tres citas, dos casos de herencia y un divorcio Estaba harto de aquella profesión estúpida. Y no había medio de bajar la cortina metálica y pegarle encima un papel: Cerrado por movilización, o por defunción…, o por cualquier cosa. El teléfono sonaría de nuevo durante todo el día. Su cliente de Orleáns le pediría una vez más que pasara a verlo. Estaría obligado a ser amable, a tomar notas. A última hora de la tarde, Gevigne llamaría o acudiría en persona. Era exigente, ese Gevigne. Era preciso contárselo todo detalladamente… Flavieres se sentó en su despacho, abrió el expediente Gevigne. *27 de abril, paseo por el Bois. 28 de abril, toda la tarde en el Paramount. 29 de abril, Ramboullet y el valle del Chevreuse. 30 de abril, Marignan. Té en la terraza de las Galerías Lafayette. Vértigo provocado por la altura. Forzado a descender. Ella se ha reído mucho. 1 de mayo paseo por Versalles. Ella conduce bien. Sin embargo, el «Símca» es bastante caprichoso. 2 de mayo, corta salida por el jardín del Luxembourg. 5 de mayo, largo paseo por Beauce. Hemos distinguido, a lo lejos, la Catedral de Chartres*…

En la fecha del 6 de mayo, debería haber escrito: La amo. No puedo vivir sin ella. Porque, desde luego, estaba enamorado. Con un amor melancólico que ardía sordamente como el fuego en una mina abandonada Madeleine parecía no sospechar nada. Él era un amigo, y nada más; un compañero agradable con el que se podía charlar libremente ¡Ni hablar, desde luego, de presentarle a Paul! Flavieres se esforzaba en interpretar el papel de abogado rico que trabaja para ocupar sus ratos libres, pero que está encantado de ayudar a una mujer hermosa a distraer su aburrimiento. El accidente de Courbevoie estaba olvidado. Únicamente había dado a Flavieres un derecho sobre Madeleine. Ella sabía recordarle, con su acogida, que él la había salvado; le concedía la atención amable, la deferencia que hubiese podido reservar a un tío, a un padrino o a un tutor. Una palabra amorosa hubiese sido de una indelicadeza inconcebible. Y luego estaba Gevigne. Por esta razón, cada noche, Flavieres hacía una cuestión de honor el confeccionar un informe (completo, minucioso. Gevigne lo escuchaba en silencio, con el ceño fruncido. Luego hablaba de la extraña enfermedad de Madeleine…

Flavieres cerró la carpeta, estiró las piernas y unió los extremos de los dedos… ¡La enfermedad de Madeleine!… Se planteaba aquel problema veinte veces por día. Veinte veces por día examinaba, una por una, las actitudes y las palabras de Madeleine, las hacía desfilar como fichas de la policía, las escrutaba, las comparaba con una atención enfermiza. Madeleine no estaba enferma y sin embargo tampoco

estaba completamente normal. Amaba la vida, el movimiento, la multitud, era alegre, a veces incluso alocada; tenía mucho ingenio… En apariencia, era la mas bromista de las mujeres. Ese era su lado luminoso Pero existía el lado opuesto, sombrío, misterioso. Era fría, no egoísta ni calculadora… Fría en profundidad, indiferente, incapaz de querer y de apasionarse. Gevigne tenía razón: así que se cesaba de distraerla, de retenerla al borde de la vida, se hundía en una especie de embotamiento que no era ni somnolencia ni tristeza, sino un sutil cambio de estado, como si una parte de su alma se hubiera evaporado. En diversas ocasiones, Flavieres la había visto así, a su lado, escapársele silenciosamente, escabulléndose en un sueño, como una medium que cede a alguna fuerza invisible y poderosa.

—¿Hay algo que no va bien? —le había preguntado.

Madeleine, lentamente, había vuelto a la normalidad. Su rostro se había animado. Su sonrisa vacilaba. Había parpadeado varias veces y vuelto la cabeza.

—No. Estoy muy bien.

Tal vez algún día le haría otras confidencias. Entretanto, Flavieres evitaba confiarle el auto. Ella conducía con mucha habilidad, pero también con una especie de fatalismo. Por otra parte, no era la palabra exacta. Flavieres trataba inútilmente de precisar su impresión… Ella no se defendía; aceptaba. Él recordaba la época en que sufrió de hipotensión. Pues bien, era algo parecido. El más pequeño movimiento le costaba horrores. Aunque hubiese visto en el suelo un billete de mil francos, no se hubiese decidido a recogerlo. De la misma forma, había en Madeleine un resorte roto… Flavieres estaba seguro de que en presencia de un obstáculo no habría tratado de reaccionar, de frenar, de accionar el volante. Otro detalle curioso: jamás proponía un paseo determinado.

—¿Le gustaría ir a Versalles o a Fontainebleau? ¿Prefiere quedarse en París?

—Me es igual…

O bien:

—Como quiera.

Siempre la misma contestación. Y, sin embargo; cinco minutos más tarde, ella reía; visiblemente se divertía; sus mejillas se encendían; apretaba el brazo de Flavieres; éste sentía junto al suyo el cuerpo lleno de vida de la mujer. Algunas veces, no podía contenerse y le cuchicheaba al oído:

—¡Es usted encantadora!

—¿De veras? —decía ella, alzando la mirada.

Y él experimentaba siempre la misma opresión rápida en el corazón cuando contemplaba sus pupilas azules, tan claras que la luz diurna parecía cegarla un poco. Se cansaba pronto. Siempre tenía apetito. A las cuatro le era preciso merendar: pastelillos, té, mermelada. A Flavieres no le gustaba mucho acompañarla a las pastelerías o a los salones de té: por esa razón la llevaba lo más a menudo posible al

campo. Cuando comía bizcochos se sentía culpable hasta el fondo del alma, a causa de la guerra, a causa de las vendedoras cuyos maridos o amantes se hallaban sin duda en algún lugar del Mar del Norte y los Vosgos. Pero comprendía que Madeleine necesitaba de aquel alimento, a fin de tener a raya aquel vacío en el que siempre estaba a punto de hundirse.

—Me hace usted pensar en Virgilio —le había confesado él.

—¿Por que?

—Ya recordará usted: cuando Eneas desciende a los dominios de Plutón. Esparce sangre a su alrededor y las sombras de los muertos acuden a olfatear la sangre; se alimentan de sus efluvios; recuperan durante un tiempo un poco de densidad y hablan, hablan; ¡añoran de tal modo la luz de los vivientes!

—Sí, pero no veo.

Él había empujado hacía ella la bandeja llena de *croissants*.

—Coma… Termínelo… Me parece qué usted también carece de consistencia, de realidad. ¡Coma! ¡Pequeña Eurídice!

Ella había sonreído con una miguita en la comisura de los labios.

—¡Me confunde usted, con toda su Mitología!

Y, al cabo de un buen rato, depositando su taza, había añadido:

—¡Eurídice!… Qué nombre más bonito… Es cierto que me ha arrancado usted del infierno…

Desde aquel día la llamaba Eurídice, en broma. No se hubiera atrevido a llamarla Madeleine. A causa de Gevigne. Y además, Madeleine era la mujer casada, la esposa del otro. Eurídice, por el contrario, le pertenecía por completo; la había tenido entre sus brazos, chorreantes, con los ojos cerrados, la sombra de la muerte en el hueco de sus mejillas. ¡Hacía tanto tiempo que la esperaba! Desde que tenía trece años. Desde la época en que se inclinaba hacia el corazón de la tierra, hacia el país negro de los fantasmas y las hadas…

El teléfono sonó. Lo descolgó con un ademán rápido. Sabía quién llamaba.

—Diga… ¿Es usted?… ¿Libre?… Es muy posible… Si; tengo trabajo, pero nada muy urgente… ¿Le gustaría?… ¿Seguro?… De acuerdo. Con tal de que esté de regreso a las cinco… Vamos, con franqueza… Decida usted misma… Es usted muy amable… Me pone en una situación violenta… Tal vez un Museo… No es muy original, pero en fin… Un pequeño paseo sentimental por el Louvre… No, no se lo han llevado todo, quedan aún bastantes cosas… Razón de más para apresurarse… Entendido, gracias… Hasta luego.

Colocó suavemente el aparato en su horquilla, como si el último eco de la voz amada estuviera aún en él.

¿Qué traería aquel encuentro? Nada distinto de los precedentes, sin duda. La situación no tenía salida. Madeleine no curaría jamás. ¿De qué servía cerrar los ojos a

la verdad? Ella pensaba tal vez algo menos en el suicidio desde que él la conocía, pero continuaba obsesionada en lo más profundo de su ser. ¿Qué decir a Gevigne? ¿Debía ser sincero con él?… Flavieres se sentía encerrado en un círculo. A fuerza de barajar las mismas ideas, terminaba por sentirse incapaz del más pequeño esfuerzo intelectual.

Cogió su sombrero y salió. Los clientes llegarían más tarde: o no llegarían. ¿Qué importaba? Tal vez la ciudad sería bombardeada. Tal vez, sí la guerra se prolongaba un poco, él se creería obligado a alistarse. De todos modos el porvenir era horriblemente incierto. Nada tenía sentido, excepto el amor, la vida presente, el sol sobre las hojas. Buscó instintivamente los boulevares, el ruido, el contacto con el rebaño. Le producía bienestar el olvidar un poco a Madeleine. Mientras deambulaba en torno de la Opera, comprendió que la joven ejercía sobre él una influencia curiosa; absorbía literalmente todas sus fuerzas; él desempeñaba a su lado, no el papel de un donador de sangre, sino el de un donador de alma, en cierto modo; y la prueba estaba en que tenía necesidad, apenas se quedaba solo, de sumergirse en el río humano para recuperar las energías perdidas.

En ocasión dejaba volar su fantasía… Gevigne moría. Madeleine estaba libre… Se complacía en imaginar lo imposible, en explicarse con todos sus detalles historias inverosímiles. Muy pronto alcanzaba una libertad maravillosa, como un fumador de opio.

La multitud lo desplazaba lentamente. Él se dejó llevar.

Se detuvo ante los escaparates de *Lancel*. No sentía ningún deseo de comprar. Le gustaba contemplar las joyas, el brillo del oro sobre los terciopelos sombríos. Y de repente recordó que Madeleine había roto su encendedor. Sobre una bandeja de cristal distinguía unos encendedores; divisaba también pitilleras de materiales preciosos. Ella no podría ofenderse. Entró, escogió un diminuto encendedor de oro pálido, y una pitillera de cuero de Rusia. Por una vez, el gasto le resultó agradable. Escribió en una tarjeta: A Eurídice, resucitada, la introdujo en la pitillera. Le daría el paquetito en el Louvre, o bien algo más tarde, cuando tomasen la merienda antes de separarse. La mañana fue embellecida por aquella compra. Cuando sentía el contacto del paquete envuelto en una cinta azul, sonreía. ¡Querida, querida Madeleine!

A las dos la esperaba en la plaza de L'Etoile. Ella siempre llegaba puntual a sus citas.

—Caramba —le dijo—, hoy viene usted vestida de negro.

—Me gusta mucho el negro —le confesó—. Si siguiera mis impulsos, no llevaría más que trajes negros.

—¿Por qué? El negro es lúgubre.

—De ningún modo. Por el contrario, confiere importancia a todas las cosas. Obliga a comportarse seriamente.

—¿Y si fuese de azul, o de verde?

—No lo sé. Tendría la impresión de ser un riachuelo o un árbol. Cuando era pequeña creía que los collares poseían un poder mágico. Esa es la razón de que haya querido pintar.

La cogió por el brazo con aquel ademán lleno de abandono que lo llenaba de ternura.

—Yo también he tratado de pintar —dijo él—. Pero dibujo mal.

—¿Qué importa eso? Es el color lo que interesa.

—Me gustaría ver sus cuadros.

—¡Oh! No valen gran cosa. No se parecen en nada. Eran sueños… ¿Sueña usted en color?

—No. Sólo veo grises, como en el cine.

—Entonces no puede usted comprender. ¡Es usted ciego!

Río y le apretó el brazo para demostrarle que bromeaba.

—Es mucho más hermoso que lo que se llama la realidad —prosiguió—. Imagine, si le es posible, colores que se tocan, que se comen, que se beben, que se penetran totalmente. Uno se siente parecido a esos insectos que se confunden con la hoja que lo sostiene, a esos peces que se asemejan a los corales. Cada noche sueño en «otro país».

—Usted también… murmuró él.

—Y juntos los dos, dieron la vuelta a la plaza de la Concordia sin mirar a nadie. Flavieres apenas tenía conciencia de la dirección que tomaban. Se entregaba por entero a la dulzura de aquellas confidencias, y al mismo tiempo una parte de su espíritu permanecía alerta, no perdía de vista el problema.

—Cuando era un chicuelo, estaba obsesionado por ese «país» desconocido. Incluso podría enseñarle en el mapa dónde empieza.

—No es lo mismo.

—Oh, sí. El rojo está lleno de tinieblas; el suyo es luminoso, pero estoy seguro de que se unen.

—Y ahora, ¿ya no cree en él?

Flavieres vaciló. ¡Pero ella lo miraba con tanta confianza! ¡Parecía conceder tanta importancia a su respuesta!

—Sí, aún creo en él. Sobre todo desde que la conozco.

Prosiguieron silenciosamente su paseo. El ritmo de sus pasos prolongaba en ellos pensamientos comunes. Atravesaron el inmenso patio, ascendieron una escalera estrecha y sombría. Muy pronto avanzaron en medio de una frescura de catedral, entre los dioses egipcios.

—Yo, no sólo creo en el —prosiguió Madeleine—. Se que existe. Es tan real como el muestro. Sólo que no debe decirse.

Las estatuas de grandes ojos vacíos, de los pies colocados uno detrás de otro, los miraban pasar. De vez en cuando aparecían sarcófagos, bloques de piedras ceñidos por signos indescifrables, y, en las profundidades solemnes de las salas vacías, cabezas gesticulantes, hocicos descortezados por el tiempo, bestias agazapadas; toda una fauna monstruosa e inmóvil.

—Yo he pasado por aquí del brazo de un hombre —murmuró ella—. Hace tiempo, mucho tiempo… Se parecía a usted, pero llevaba patillas.

—Es sin duda una ilusión. La ilusión de lo ya visto. Es muy frecuente.

—Oh, no… Podría contarle detalles de una precisión que asusta… Fíjese, veo a menudo un pueblecito del que ignoro el nombre… No sé ni siquiera si se encuentra en Francia, y sin embargo me paseo por él, en sueños, como si siempre hubiese vivido allí… Lo atraviesa un río… A la derecha, en el ribazo, percibo un arco de triunfo galo-romano… Subiendo por una avenida bordeada de grandes plátanos, se encuentra a la izquierda un circo romano… algunas bóvedas, escaleras en ruina. Más allá del circo distingo tres álamos y un rebaño de ovejas.

—Pero… ¡si yo conozco ese pueblo! —exclamó Flavieres—. Se trata de Saintes, y el río es el Charente.

—¡Tal vez!

—Pero el circo ha sido desenterrado… Los álamos ya no están.

—Pues en mi tiempo sí estaban… Y la fuentecita, ¿existe todavía? Las jóvenes iban a tirar alfileres al agua para encontrar marido antes de un año.

—¡La fuente Sainte-Estelle!

—Y la iglesia, detrás del circo… Una iglesia muy alta con un campanario antiquísimo… Siempre me han gustado esas viejas iglesias.

—¡Saint-Eutrope!

—¿Lo ve usted?

Pasaban lentamente ante las ruinas enigmáticas en torno a las cuales flotaba un olor de cera. A veces se cruzaban con un visitante atento, docto, ensimismado. No se ocupaban más que de sí mismos, en tanto veían desfilar los leones, las esfinges y los toros alados.

—¿Cómo dice que se llama ese pueblo? —preguntó Madeleine.

—Saintes… Se encuentra cerca de Royan.

—He debido vivir allí… en otra época.

—¿En otra época…? ¿Cuando era muy pequeña?

—No —contestó pausadamente Madeleine—; en otra existencia.

Flavieres no protestó. Las palabras de Madeleine desvelaban en él demasiados ecos.

—¿Dónde ha nacido usted? —le preguntó.

—En Las Árdenas, muy cerca de la frontera. La guerra nunca ha dejado de pasar

por nuestra casa. ¿Y usted?

—Crecí en casa de mi abuela, junto a Saumul.

—Yo soy hija única —explicó Madeleine—. Mi madre estaba a menudo enferma. Mi padre se pasó la vida en fábrica. No he tenido una infancia muy alegre.

Entraron en una sala de paredes decoradas con cuadros cuyos marcos brillaban como multiplicados por los juegos de espejos. Los ojos de los retratos se fijaban en ellos, los seguían largo rato. A veces eran señores de rostro macilento; otras, oficiales ricamente vestidos, con la mano en la espada y un caballo encabritado en segundo término.

—Cuando era usted niña —cuchicheó Flavieres—, ¿no tenía ya sueños, presentimientos?

—No. Era solamente una niña solitaria y taciturna.

—Entonces… ¿Cómo le ha ocurrido?

—De repente, no hace mucho tiempo… He tenido la sensación de que no estaba en mi casa… Que vida en la de un extraño. Ya sabe… la impresión que se experimenta cuando una se despierta y no reconoce la habitación.

—Sí… Si estuviese seguro de que no se enfadaría, me gustaría hacerle una pregunta…

—No tengo ningún secreto —dijo Madeleine pensativamente.

—¿Puedo?

—Se lo ruego.

—¿Piensa usted aún en desaparecer?

Madeleine se detuvo y levantó los ojos hacia Flavieres, aquellos ojos que siempre tenían el aspecto de suplicar a alguien.

—No ha comprendido usted —murmuró.

—Contésteme.

Un grupito de visitantes estaban reunidos ante un cuadro. Flavieres entrevió una cruz; un cuerpo exánime, la cabeza caída sobre el hombro, un hilillo de sangre bajo la tetilla izquierda. Un poco más lejos, un rostro de mujer se alzaba hacia el cielo. Madeleine no pesaba más que si fuera una sombra cogida a su brazo.

—No… No insista.

—Sí. Insisto… Tanto en su interés como en el mío.

—Roger ¡Se lo suplico!

Apenas había alzado la voz y sin embargo Flavieres, quedó trastornado. Pasó su brazo en torno de los hombros de Madeleine y la atrajo hacia sí.

—¿Es que no comprende que la amo? ¡Que no quiero perderla!

Andaban como dos autómatas entre Madonas y Dolorosas, en medio de Gólgotas lívidos. Ella le estrechó durante un rato la mano.

—Me da usted miedo —le dijo él—. Pero la necesito… Tal vez tenga necesidad

de tener miedo para despreciar esta vida que llevo… ¡Si por lo menos estuviera seguro de que no se engaña usted!

—Vámonos.

Atravesaron salas vacías, en busca de una salida.

Ella no había soltado su brazo. Se aferraba cada vez con más fuerza. Descendieron unos peldaños, se encontraron junto a un césped sobre el que un surtidor giratorio paseaba el arco iris. Flavieres se detuvo.

—Me pregunto si no seremos un poco locos. ¿Recuerda usted mis palabras de hace un rato?

—Sí —dijo Madeleine.

—Le he confesado que la amaba… ¿Lo ha oído bien?

—Sí.

—Sí se 10 repitiera, ¿se enfadaría?

—No.

—¡Es extraordinario!… ¿Quiere que paseemos un poco más…? Nos quedan muchas cosas por decir.

—No… Estoy cansada. Debo regresar.

Estaba lívida y parecía asustada.

—Voy a llamar a un taxi —propuso Flavieres—. Pero antes, ¿querrá aceptar este insignificante regalo?

—¿De qué se trata?

—¡Ábralo, ábralo!

Ella deshizo el nudo, desplegó el papel, depositó sobre su mano extendida la pitillera y el encendedor y meneo la cabeza. Luego abrió el estuche y leyó las tres palabras escritas en la tarjeta.

—Mi pobre amigo —murmuró.

—¡Venga!

La arrastró hacia la Rue de Rivoli.

—No me dé las gracias —prosiguió—. Me consta que tenía usted necesidad de un encendedor… ¿Nos veremos mañana?

Ella asintió con la cabeza.

—Bueno. Iremos al campo… No, no. No hable usted Déjeme con el recuerdo de esta tarde… Mire, allí hay un taxi… Eurídice querida, no sabe usted la felicidad que me ha dado.

Cogió su mano y apoyó los labios sobre los dedos enguantados.

—No mire hacia atrás —dijo Flavieres al cerrar la portezuela.

Estaba agotado y tranquilo como en otro tiempo, cuando había corrido durante todo el día por las márgenes del Loira.

CAPÍTULO V

Durante toda la mañana, Flavieres esperó inútilmente la llamada telefónica de Madeleine. A las dos, corrió a su lugar de cita acostumbrado, en la plaza de L'Etoile. Ella no acudió. Telefoneó a Gevigne. Este había salido hacia El Havre y no regresaría hasta el día siguiente, alrededor de las diez.

Flavieres pasó un día detestable. No durmió. Mucho antes del alba, ya estaba en pie, dando vueltas por su despacho. No, nada le había ocurrido a Madeleine. ¡Era imposible! Y sin embargo… Apretaba los puños, luchaba contra el miedo. ¡Nunca hubiera debido hacerle aquella confesión! Entre los dos habían engañado a Gevigne. ¡Quién sabe adónde podían conducirle los remordimientos! ¡Tenía un carácter tan nervioso e inestable! Él, por su parte, se detestaba. Porque al fin y al cabo no tenía nada que reprochar a Gevigne. Gevigne había tenido confianza en él. Gevigne le había entregado a Madeleine en custodia. Había que poner punto final a aquella historia estúpida… ¡Y pronto!… Pero cuando Flavieres trataba de imaginarse la vida sin Madeleine, algo se rebelaba en su interior; abría la boca; debía apoyarse en una esquina de la mesa, en el respaldo del sillón. Sentía tentaciones de insultar al destino, a la fatalidad: al poder oculto —no importaba su nombre— que había dispuesto las circunstancias de una manera tan feroz. ¿Siempre habría de ser un exiliado? Ni siquiera la guerra le había aceptado. Se sentó en la butaca donde se había instalado Gevigne cuando la primera visita. ¿No exageraría tal vez su desdicha? Una pasión, una verdadera pasión no se desarrolla en dos semanas. Con la barbilla entre las manos, lúcidamente, se miraba a sí mismo. ¿Qué sabía él del amor? Jamás había amado a nadie. Ciertamente, había deseado todas las apariencias de la dicha como un pobre delante de un escaparate. Pero siempre había hallado ante él algún obstáculo, frío y duro. Y cuando finalmente había sido nombrado inspector, tuvo la impresión de que se le encomendaba la defensa de ese mundo risueño, dichoso, prohibido. Era su propio escaparate. ¡Circulen!… Madeleine, no… No tenía derecho. No podía colocarse al lado de los ladrones. ¡Tanto peor! ¡Renunciaría! ¡Cobarde! ¡Desdichado! Así pues, ante el primer obstáculo ya flaqueaba. Cuando tal vez Madeleine estaba a punto de amarle…

—¡Basta! —dijo en voz alta—. ¡Basta! ¡Que me dejen en paz de una vez!

Se hizo un café muy fuerte para serenarse, erró durante un momento de la cocina al despacho, del despacho al recibidor. Ese dolor desconocido que se había instalado en su cuerpo, y en su pensamiento y le impedía respirar a fondo. Reflexionar con calma tal como tenía por costumbre, sin duda era el amor. Se sentía dispuesto a cometer todos los errores, todas las tonterías; casi estaba orgulloso de desvariar.

¿Cómo había podido, durante tanto tiempo, ver desfilar por su despacho a tantas personas, estudiar tantos casos, escuchar tantas confesiones y no comprender nada, permanecer obstinadamente cerrado a la verdad? Encogía los hombros cuando un cliente exclamaba con lágrimas en los ojos: «¡Pero si la quiero!». Sentía ganas de decirle: «¡Vamos, vamos! Me hace usted reír con su amor. El amor no es más que un sueño de niños. Algo muy bonito, muy puro, pero inaccesible. Las fantasías no me interesan». ¡Imbécil!

A las ocho estaba aún en batín y zapatillas, despeinado, los ojos demasiado brillantes. No había decidido nada. Era imposible telefonear a Madeleine. Ella se lo había prohibido.

Por otra parte, tal vez no quisiera verle de nuevo. Quizá ella también tuviera miedo…

Distraídamente, se afeitó y se vistió. Y luego decidió, sin que su voluntad participase en la decisión, que debía ver a Gevigne con toda urgencia. Tenía necesidad, de repente, de ser sincero; y, al mismo tiempo, con una astucia secreta, pensaba que su dilema era falso y que podía muy bien tranquilizar a Gevigne y proseguir la frecuentación de Madeleine. Entonces un poco de alegría atravesó la niebla en la que se debatía. Notó que el sol se filtraba a través de las cortinas que había olvidado descorrer. Apagó la electricidad y dejó que la luz diurna entrara a raudales en su despacho. Recobraba confianza, sin razón, sencillamente porque hacía un día hermoso y la guerra no se había aún desencadenado. Salió, dejó la llave bajo el felpudo para la mujer de la limpieza, saludó amablemente a la portera. Ahora todo le parecía sencillo. De buena gana se hubiera reído de sus temores. Decididamente, no había cambiado. Siempre sería el juguete de aquel péndulo misterioso que oscilaba sin tregua en su interior, del temor a la esperanza, de la alegría a la melancolía, de la duda a la audacia. Ni un momento de reposo. Ni un día de verdadera tranquilidad, de equilibrio moral. Sin embargo, junto a Madeleine… Apartó a Madeleine de su pensamiento para no volver a caer en la confusión.

Paris se ofrecía como un espejismo. Nunca había sido más tierna la luz, más sensualmente palpable. Daban ganas de tocar los árboles y el cielo, de apretar contra el corazón la gran ciudad que se desperezaba y aseaba a la luz del sol. Flavieres recorrió a pie el caminó, con lentitud. A las diez entraba en las oficinas de Gevigne.

En aquel momento acababa de llegar su amigo.

—Acomódate, viejo… Dentro de un momento estaré por ti. Debo decirle algo a mi subdirector.

Gevigne parecía cansado. Dentro de pocos años tendría bolsas bajo los ojos y las mejillas fláccidas, cubiertas de arrugas. Flavieres se alegró fugazmente, mientras acercaba una silla a la mesa. Gevigne regresaba ya; al pasar palmoteó el hombro de Flavieres.

—Te aseguro que te envidio —bromeó—. Yo también emplearía gustoso las tardes en escoltar a una mujer bonita, sobre todo cuando es la mía… Llevo una vida que me deshace.

Se sentó pesadamente, hizo girar su sillón basta encararse con Flavieres.

—¿Qué hay?

—Pues nada. Anteayer fuimos al Louvre. Ayer no la vi. Esperaba una llamada telefónica. Te confieso que este silencio.

—No tiene importancia —dijo Gevigne—. Madeleine ha estado algo indispuesta. Hace un rato, al regresar, la he encontrado en la cama. Mañana ya se levantará. ¡Yo ya estoy acostumbrado!

—¿Te ha hablado de su paseo?

—Dos palabras. Me ha enseñado unas chulerías que ha comprado… Creo que un encendedor… En fin, tenía buen aspecto.

Tanto mejor. Me encanta oírtelo decir.

Flavieres cruzó las piernas, pasó perezosamente un brazo por encima del respaldo de su sillón. Saboreaba hasta que le hacía daño, la impresión de la seguridad encontrada de nuevo.

—Me pregunto si es de alguna utilidad proseguir esta vigilancia.

—¿Cómo? ¿Querrías…? De ninguna manera. Ya has visto tú mismo lo que es capaz de hacer.

—Sí, sí —dijo Flavieres torpemente—. Pero… es que… Me aburre acompañar a tu esposa… Ya me entiendes… Tengo el aire de ser… Lo que en realidad no soy. En fin, la situación es equívoca.

Gevigne había cogido un cortapapeles y se distraía doblando su hoja. Meneaba la cabeza con pequeñas sacudidas rápidas.

—Y a mi —murmuró—, ¿crees que me complace esta situación? Aprecio tus escrúpulos. Pero no podemos escoger. Si yo dispusiera de más tiempo que dedicar a Madeleine, desde luego trataría de arreglármelas yo solo. Desdichadamente, estoy cada vez más prisionero de mi trabajo.

Dejó el cortapapeles, cruzó los brazos y con la cabeza hundida entre los hombros miró fijamente a Flavieres.

—Concédeme quince días más, viejo. Tres semanas como máximo, con el apoyo del Ministerio, sin duda podré ampliar mis astilleros y entonces deberé instalarme en El Havre. Si tengo éxito, como espero, tal vez me sea posible llevarme a Madeleine. ¡Hasta entonces, vela por ella! Es lo único que te pido… Comprendo perfectamente lo que experimentas. Sé que te he encargado un trabajo muy peliagudo. Pero necesito tener el espíritu libre durante una quincena.

Flavieres hizo como que vacilaba.

—Si piensas que solamente se trata sólo de dos semanas…

—Te doy mi palabra.

—Sea. De todos modos, prefiero que conozcas mi posición. No apruebo estos paseos. Yo soy un hombre frágil; tengo la imaginación muy viva… Como ves, no te oculto nada…

Gevigne mostraba un rostro duro, sin duda el de los consejos de administración. Sin embargo, sonrió.

—Gracias —dijo—. Eres un amigo como pocos. Pero la seguridad de Madeleine está antes que todo.

—¿Tienes alguna razón para temer algo?

—No.

—¿Has pensado que si tu esposa volvía a las andadas como el otro día, tal vez no me sería posible intervenir a tiempo?

—Sí… He pensado en todo.

Bajó los ojos y unió las manos con violencia.

—No ocurrirá nada —murmuró—. Pero si debe suceder algo, pues bien, por lo menos tú estarás allí y podrás decirme lo qué has visto. Lo que no me es posible tolerar, es la incertidumbre… Preferiría cien veces que Madeleine estuviera verdaderamente enferma. Preferiría saber que está en una mesa de operaciones, en manos de un cirujano. En tal caso, válgame Dios, por lo menos se sabe adónde se va. Se pueden contar las probabilidades favorables, las contrarias. ¡Pero esta niebla!… Me parece que no acabas de entenderlo…

—¡Oh, sí!

—¿Entonces?

—Velaré por ella… ¡No temas!'… A propósito, ¿Sabes si ella ha vivido en Saintes?

—¿En Saintes? —dijo Gevigne, sorprendido. No. Seguro que no… ¿Qué te hace creer eso?…

—Me ha hablado de Saintes exactamente como si hubiera vivido allí. ¿No ha tenido ocasión de ver fotografías de ese pueblo?

—No. Te lo repito; nunca hemos estado en el oeste. Ni siquiera poseemos una guía de la región.

—¿Y Pauline Lagerlac?… ¿Había vivido en Saintes?

—Aquí, amigo, preguntas demasiado. ¡Cómo quieres que lo sepa!

—Lagerlac… Es un nombre propio de la región… Cognac, Chermignac, Gemocaz, podría citar una veintena más.

—Sí… tal vez… Pero no veo la relación.

—¡Pero si salta a la vista!… Tu mujer ha podido describirme lugares que nunca ha visto; pero que Pauline Lagerlac ha conocido probablemente muy bien… ¡Aguarda!… Aún hay más… Me ha descrito el circo, en particular, no como está en

la actualidad, sino como era hace cien años.

Gevigne frunce las cejas, trataba de comprender…

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Nada —contestó Flavieres—, todavía nada. Sería tan extraordinario… Pauline y Madeleine…

—¡Vamos! —interrumpió Gevigne—. Vivimos en el siglo XX. No querrás pretender que Pauline y Madeleine… Admito que Madeleine esté atormentada por el recuerdo de su abuela… Pero eso debe tener una explicación. Precisamente por eso he pedido tu ayuda. Si hubiese previsto que ibas a…

—Ya te he ofrecido retirarme.

Flavieres sintió la brusca tensión que nacía entre ellos. Esperó un poco, luego se puso en pie.

—No quiero hacerte perder el tiempo…

Gevigne meneó la cabeza.

—Lo importante es salvar a Madeleine. No me importa que esté enferma, loca, iluminada, posesa. ¡Lo que me interesa es que viva!

—¿Va a salir hoy?

—No.

—Entonces, ¿cuándo?

—Mañana, sin duda… Hoy seguiré tu consejo. Pasaré el día con ella.

Flavieres ni siquiera pestañeó, pero en su interior se produjo como un surtidor de odio. «¡Cuánto lo detesto!» pensó. «¡Qué asco me da!».

—Mañana. No sé si mañana estaré libre.

Gevigne se levantó a su vez, dio la vuelta a la mesa y deslizó su brazo alrededor del de Flavieres.

—Perdóname —suspiró—. Estoy descentrado, nervioso… No es culpa mía. Acabarías por hacerme perder la cabeza. Escúchame. Hoy quiero intentar esta experiencia. Es preciso que empiece a hablarle del Havre e ignoro en absoluto cómo lo va a tomar… Así pues, nada de vacilaciones: mañana debes estar libre para vigilarla. Insisto. Y por la noche me telefonearás o pasarás por aquí. Me explicarás cuanto hayas observado… Tengo plena confianza en tu juicio. ¿Entendido?

¿Dónde habría aprendido Gevigne a hablar con aquella voz grave, emocionada, convincente?

—Sí —dijo Flavieres.

Se reprochó inmediatamente aquel sí impulsivo que lo colocaba en poder de Gavigne, pero la más pequeña muestra de amabilidad le privaba de toda resistencia.

—Gracias… No olvidaré lo que haces por mí.

—Me voy —murmuró Flavieres—. No te molestes. Conozco el camino.

Y las horas volvieron a transcurrir para él vacías, mortalmente monótonas. Ya no

podía pensar en Madeleine sin imaginar a Gevigne junto a ella, y experimentaba, siempre en el mismo sitio, idéntico dolor lacerante. ¿Qué clase de hombre era? Traicionaba a Madeleine. Traicionaba a Gevigne. Estallaba de celos, de rabia, de envidia. Y sin embargo, se sentía puro y sincero. ¡Jamás habla dejado de actuar de buena fe! El día transcurrió penosamente para él; tan pronto se consideraba un traidor, como cedía a un abatimiento tal que debía sentarse en un banco o en la terraza de un café. ¿Qué sería de él cuando Madeleine se hubiese ido de París?

Se metió en un cine céntrico, contempló distraídamente el noticiario. Siempre los soldados, los desfiles, las maniobras La gente, a su alrededor, chupaba plácidamente caramelos. Tales espectáculos ya no interesaban a nadie. ¡Todos sabían que los «boches» estaban listos! Flavieres cayó en una somnolencia inquieta, como un viajero perdido en una sala de espera. Se fue antes del final porque temía dormirse del todo. Le dolía la nuca y los ojos le ardían. Regresó lentamente, bajo un cielo tachonado de estrellas. De vez en cuando cruzaba ante un hombre provisto de un casco con el silbato en la mano, que fumaba discretamente dentro de un portal. Pero una alarma parecía muy improbable. Hubiera sido preciso que los alemanes dispusiesen de una aviación potente. ¡Y no había tal!

Se tendió en su lecho, encendió un cigarrillo y el sueño acudió tan bruscamente, que ni siquiera le quedó ánimo para desvestirse. Cayó en un sopor que le impedía moverse, que lo petrificaba poco a poco, como las estatuas del Louvre… Madeleine…

Se despertó con la mente muy clara, reconoció instantáneamente el ruido. ¡Las sirenas! Aunaban todas a la vez por encima de los tejados y la ciudad oscura semejaba un trasatlántico que debía ser evacuado apresuradamente. Las puertas golpeaban en el interior de la casa. Se oían pasos presurosos. Flavieres encendió su lámpara de cabecera: las tres. Se volvió del otro lado y se durmió de nuevo. Cuando a las ocho se enteró, mientras bostezaba buscando las noticias, de que la ofensiva alemana acababa de desencadenarse, experimentó un alivio curioso. ¡Por fin, la guerra! Ahora podría descartar sus propios tormentos, participar en la angustia de los otros, unírseles en una preocupación exaltada y legítima. Iban a surgir acontecimientos que, de una u otra manera, cercenarían el problema que él no se atrevía a resolver por sí solo. La guerra venía en su ayuda. No tenía más que dejarse llevar por ella. Un flujo de vida le invadió. Sentía hambre. Ya no experimentaba ningún cansancio Madeleine telefoneó. Se citaron a las dos.

Durante toda la mañana trabajó, recibió a clientes, contestó a las llamadas telefónicas. En la voz de sus interlocutores sentía una excitación parecida a la suya. Pero las noticias eran escasas. La prensa y la radio mencionaba éxitos iniciales, sin dar ninguna precisión. Por otra parte, era perfectamente normal. Almorzó cerca del Palais con un colega, charló durante mucho rato; gentes desconocidas se interpelaban,

discutían, examinaban mapas de Francia. Flavieres saboreaba aquella relajación, absorbía el tumulto por todos sus poros. Apenas le quedó tiempo para saltar a su Simca y conducirlo hacia L'Etoile Estaba ebrio de palabras, de ruidos, de sol.

Madeleine le esperaba. ¿Por qué había escogido precisamente el vestido oscuro que llevaba el día en que…? Flavieres retuvo en la suya la mano enguantada de Madeleine.

—Me ha hecho usted morir de inquietud.

—He estado algo indispuesta. Discúlpeme… ¿Me deja conducir?

—¡Con mucho gusto! Desde esta mañana, vivo con los nervios en tensión. Han iniciado el ataque ¿Lo sabía?

—Si.

Enfiló la Avenue Victor Hugo y, en seguida, Flavieres comprendió que aún no se había recuperado del todo. Hacía chirriar el cambio de marchas, frenaba brutalmente, aceleraba demasiado. Una palidez malsana cubría sus rasgos.

—Tengo ganas de correr —explicó—. Tal vez sea nuestra última salida.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién sabe el curso que van a tomar los acontecimientos? Ni siquiera estoy segura de que permaneceré en París.

Así pues, Gevigne había hablado. Tal vez hubiesen discutido. Flavieres se calló para no distraerla, pese a que la avenida estaba poco transitada. Salieron de París por la puerta de la Mutte y se internaron en el Bois de Boulogne.

—¿Por qué tendría que irse? —preguntó Flavieres—. El riesgo de que nos bombardeen es pequeño, y, esta vez los alemanes no llegarán hasta el Marne.

Como ella no contestaba, insistió:

—¿Es… por mi causa que piensa irse?… No quiero perturbar su vida, Madeleine. Permítame que ahora la llame Madeleine. Sólo querría estar seguro de que no escribirá nunca más una carta como la que rompió… ¿Me comprende?

Ella apretaba los labios, aparentemente concentrada por entero en adelantar a un camión militar. El hipódromo de Longchamp parecía una inmensa pradera y la mirada buscaba instintivamente los rebaños. En el puente de Suresnes había un embotellamiento; tuvieron que avanzar lentamente.

—No hablemos más de eso —murmuró ella—. ¿No sería posible olvidar un poco la guerra, la vida?

—Pero está usted triste, Madeleine, me doy cuenta.

—¿Yo?

Ella sonrió con un aire desdichado y valiente que apenó a Flavieres.

—Estoy como siempre. Se lo aseguro. Nunca he aprovechado tan bien la existencia como hoy… ¿No encuentra usted agradable conducir a la aventura, seguir

la primera carretera que se encuentra, sin pensar en nada? Me gustaría no pensar nunca en nada. ¿Por qué no seremos como los animales?

—¡Vamos! ¡Está usted desvariando!

—¡Oh, no!… Las bestias son dignas de envidia. Pacen, duermen, son inocentes. No tienen pasado ni futuro.

—¡Vaya filósofo!

—No sé si se trata de una filosofía, pero las envidio.

Durante más de una hora, solo cambiaron algunas palabras. Habían salido al Sena por Bougival y lo habían bordeado durante un momento; algo más tarde, Flavieres reconoció el castillo de Saint Germain. Madeleine conducía de prisa; disminuyó apenas la velocidad a la entrada en Poissy, y prosiguió adelante, con la mirada fija. Poco después de salir de Meulan encontraron una carreta con leña, conducida por una mujer, que ocupaba el centro de la pista, y Madeleine metió el *Simca* por un camino transversal. Rodearon una serrería que parecía abandonada, y el perfume azucarado de las largas tablas desnudas les persiguió durante mucho rato. Se encontraron en el centro de una encrucijada: Madeleine escogió el camino de la derecha, sin duda a causa del doble seto florido que lo bordeaba.

Un caballo con una mancha blanca en la frente los miró por encima de una barrera. Madeleine aceleró sin motivo y el viejo vehículo traqueteó en los baches. Flavieres consultó furtivamente un reloj de pulsera. Más tarde se detendrían, andarían uno junto al otro; aquel sería el momento de interrogarla, porque era evidente que ocultaba algo. «Tal vez haya cometido antes de su matrimonio un acto por el que no cesa de experimentar remordimientos», pensó Flavieres. No estaba enferma ni era mentirosa. Estaba obsesionada. Y nunca se había atrevido a ser sincera con su marido. Cuanto más pensaba en esta hipótesis, más verosímil le parecía. La actitud de la joven era la de una persona culpable. Pero ¿culpable de qué? Debía de ser algo muy grave.

—¿Conoce usted esta iglesia? —preguntó Madeleine—. ¿Dónde estamos?

—¿Cómo?… ¡Perdón!… ¿Esta iglesia? No. Le confieso que no tengo ni la menor idea… ¿Quiere que nos detengamos? Son ya las tres y media.

Pararon en una plaza desierta. Detrás de unos árboles, hada abajo, se divisaban algunos tejados grises.

—Es curioso —dijo Madeleine—. Hay una parte románica. Él resto es moderno. No es muy bonita.

—El campanario es demasiado alto —observó Flavieres.

Empujó la puerta. Un letrero, situado encima de la pila del agua bendita, llamó su atención.

EL señor cura párroco, debido a que ha de atender varias parroquias, sólo

celebrará misa Los domingos a las ocho.

—Por eso parece abandonada —cuchicheó Madeleine.

Avanzaron lentamente, entre sillas de paja. Oían cacarear a las gallinas no muy lejos de allí. Los cuadros del Vía Crucis estaban desconchados. Una avispa zumbaba alrededor del altar. Madeleine se santiguó y se arrodilló en un reclinatorio polvoriento. Flavieres, en pie a su lado, no se atrevía a moverse. ¿De qué falta solicitaba perdón? ¿Se habría condenado en caso de que hubiera perecido ahogada? No pudo resistir más y se arrodilló a su vez.

—Madeleine —murmuró—, ¿es que cree usted verdaderamente?

Ella volvió un poco la cabeza. Estaba tan pálida que él pensó estaría enferma.

—¿Qué tiene usted?… ¡Madeleine, contésteme!

—No es nada —susurró ella—. Sí, creo… Estoy obligada a creer que nada termina aquí. ¡Eso es lo terrible!

Ocultó su rostro entre las manos durante un largo rato.

—¡Vámonos! —dijo por fin.

Se puso en pie, hizo el signo de la cruz mirando al altar, Flavieres la cogió por el brazo.

—Será mejor que salgamos; no me gusta verla en ese estado.

—Si… El aire fresco me sentará bien.

Pasaron ante un confesionario desvencijado. Flavieres lamentó no poder meter en él a Madeleine. Era un sacerdote lo que ella necesitaba. Los sacerdotes olvidaban. Pero él, si ella confesaba, ¿olvidaría? Oyó que ella tanteaba en la penumbra, en busca del pomo. Se abrió una puerta y distinguió una escalera de caracol.

—Se ha equivocado usted, Madeleine… Esta es la escalera del campanario.

—Siento curiosidad por verlo.

—No podemos entretenernos tanto.

—¡Solo un momento!

Mientras hablaba, ya estaba subiendo. Él no podía vacilar mucho rato. Con repugnancia, ascendió los primeros peldaños, cogiéndose a una cuerda grasienta que servía de barandilla.

—¡Madeleine!… ¡No tan aprisa!

Su voz zumbó, repetida en ecos breves por las paredes curvadas. Madeleine no contestó, pero el ruido de sus zapatos resonaba en los escalones. Flavieres atravesó un corto descansillo, distinguió, por una aspillera el techo del *Simca*, y, más allá de un telón de álamos, un campo en el que trabajaban mujeres con la cabeza ceñida por un pañuelo. Un espasmo rápido le contrajo la garganta. Se aparto de la aspillera y prosiguió lentamente la ascensión.

—¡Madeleine!… ¡Aguárdeme!

Respiraba de prisa. El pulso le latía con fuerza, las piernas le obedecían mal. Un segundo descansillo. Puso la mano ante sus ojos para no ver el vacío, pero lo sentía a su izquierda, en el agujero donde colgaban las cuerdas de las campanas. Unas cornejas se echaron a volar, croaron alrededor de las piedras cálidas. Nunca sería capaz de bajar por allí.

—¡Madeleine!

Su voz se estranguló. ¿Se pondría a gritar como un niño en la oscuridad? Los peldaños se hacían más altos, desgastados en el centro. Un poco de claridad diurna penetraba por una tercera abertura situada encima de su cabeza. El vértigo lo acechaba en aquel nuevo descansillo. No podría evitar lanzar una ojeada y, aquella vez, dominaría las copas de los árboles. El *Simca* no sería más que una mancha. El aire se arremolinaría a su alrededor, lo alzaría como una ola. Dió un paso, dos pasos. Tropezó con una puerta. La escalera continuaba del otro lado de la misma.

—¡Madeleine! …¡Abra!

Forcejeaba con la empuñadura, golpeaba sobre la madera con la palma de la mano. ¿Por qué había ella cerrado aquella puerta?

—¡No! —gritó—. No. Madeleine… No haga eso… ¡Escúcheme!

Las campanas resonaban en lo alto del pozo. Daban a su voz una sonoridad metálica, repetían sus sílabas con una gravedad inhumana. Desconcertado, dirigió la mirada hacia la abertura. La puerta la dividía por la mitad. ¿Se podría flanquear esta puerta por el exterior? Sí. Había una estrecha cornisa que ceñía el campanario. Jadeaba, fascinado por esa cornisa desde la que la vista dominaba todo el paisaje. Otro habría podido pasar… Pero él… imposible… Caería… se estrellaría. ¡Madeleine…! Vociferaba en su jaula de piedra. El grito de Madeleine le contestó. Una sombra pasó ante la ventana. Con los puños sobre la cara, contó como hacía cuando pequeño, entre el relámpago y el trueno. Un golpe sordo, breve, resonó en lo más bajo; inundado de sudor, repetía con voz de moribundo:

—Madeleine… Madeleine… No…

Tuvo que sentarse. Le pareció que iba a perder el sentido. Arrastrándose de peldaño en peldaño, empezó el descenso. No podía contener los gemidos de terror y de desesperación. En el descansillo más bajo, se acercó a la aspillera, de rodillas, asomó la cabeza. Bajo él, a la izquierda del campanario, se explayaba un viejo cementerio y, junto al muro, al final de un espacio horriblemente liso, yacía un montón de vestidos oscuros. Se enjugó los ojos porque deseaba mirar, a cualquier precio. Había sangre sobre las piedras; un bolso negro, reventado. El encendedor de oro relucía entre los cascotes. Flavieres lloraba. Ni siquiera se le ocurría descender hasta el lado de ella para prestarle ayuda. Ella estaba muerta. Y él había muerto con ella.

CAPÍTULO VI

Flavieres observaba el cuerpo desde lejos. Había rodeado la iglesia y atravesado el cementerio, y ahora no se atrevía a moverse. Recordaba la voz de Madeleine cuando murmuró: «No es desagradable morir», y se aferraba con desesperación a esa idea: ella no había tenido tiempo de sufrir. Eso mismo habían dicho en relación con Leriche. También Leriche había caído de cabeza. ¿Sin tiempo para sufrir? ¿Cómo saberlo? Cuando Leriche se había aplastado sobre la acera, salpicando de sangre en todas direcciones… Flavieres flaqueaba. Había visto los restos de su camarada en el hospital. Había sostenido entre las manos el informe del médico. Y el campanario era mucho más alto que la casa desde donde había caído Leriche. Imaginaba el choque espantoso, el estampido, la especie de explosión en la que se volatilizaba la conciencia como un espejo frágil y puro que se desmenuza. De Madeleine ya sólo quedaba aquella cosa inmóvil que aparecía tirada al pie del muro como un espantapájaros. Se acercó temerosamente, obligándose a mirar, a sufrir, puesto que era responsable de todo. A través de sus lágrimas veía confusamente el cadáver, las ortigas aplastadas, los despeinados cabellos con reflejos de caoba, manchados de sangre, descubriendo la nuca, una mano ya del color de la cera en la que brillaba la alianza y… entre los restos del bolso reventado, el encendedor. Lo recogió. Si se hubiese atrevido, habría cogido el anillo y se lo habría puesto en uno de sus dedos.

¡Pobre pequeña Eurídice! ¡Nunca más volvería a surgir de la nada donde había querido desaparecer!

—Retrocedió lentamente, como sí él la hubiera asesinado. De repente tenía miedo de aquella forma terrible sobre la que pasaba la sombra de las cornejas. Huyo por entre las tumbas apretando crispadamente el encendedor de oro. Había encontrado a Madeleine en un cementerio. La abandonaba en un cementerio. Así terminaba aquello. Nadie sabría nunca la razón de que ella se hubiera matado. Y nadie sabría que él había estado allí; que no había tenido el valor de salvarla.

Llegó a la plaza, se ocultó allí el auto. Su reflejo en el parabrisas le causaba horror. Odiaba su propia vida. El infierno acababa de empezar. Condujo largo rato, se perdió, reconoció con asombro la estación de Pontoise, pasó ante el puesto de policía. ¿Debía entrar, dar la alarma, hacerse detener? Pero la ley nada podía contra él. Lo tomarían por un loco. Entonces, ¿qué hacer? ¿Pegarse un tiro? Imposible. Nunca tendría el valor suficiente. Ahora debía reconocer que era un cobarde, que, el vértigo no excusaba nada. Era su voluntad la que estaba enferma. ¡Ah, cuanta razón tenía Madeleine! ¡Ser una bestia! ¡Rumiar apaciblemente hasta el momento de ir al matadero…!

Regresó a París por la puerta de Asniéres. Eran las seis. De todos modos, Gevigne debía recibir el informe. Flavieres se detuvo en un café del Boulevard Maleshérbes. Se encerró en el lavabo, se lavó el rostro con su pañuelo. Se peinó. Luego telefoneó. Una voz desconocida le informó de que Gevigne estaba ausente y que probablemente no regresaría aquella tarde a su despacho. Pidió un vaso de coñac, que se bebió en el mismo mostrador. La pena le producía una especie de embriaguez: tenía la impresión de moverse en un acuario y las siluetas de las personas flotaban a su alrededor como peces. Bebió un segundo coñac. De vez en cuando se repetía: ¡Madeleine ha muerto!, y, en el fondo, no se sentía sorprendido.

Siempre había sabido que la perdería así. Hubiese hecho falta mucha fuerza, mucha vitalidad para retenerla en esta vida.

—¡Camarero, sírvame otro!

La había salvado una vez. ¿Podía exigírsele más? No; no merecía ningún reproche. Incluso aunque hubiese podido flanquear la puerta, hubiese llegado tarde. Ella estaba demasiado deseosa de morir. Gevigne se había equivocado de hombre. Debió haber buscado a alguien muy seductor, muy artista, a alguien resplandeciente. Había escogido a un sujeto melancólico, perpetuamente preocupado por sí mismo, prisionero de su pasado… ¡Tanto peor! Flavieres pagó y salió.

¡Dios, que cansado estaba! Condujo lentamente hacia L'Etoile. Sus manos, a veces, palpaban pensativamente aquel volante que ella había sostenido. Envidia a los videntes que, por el simple contacto de un pañuelo, de un sobre, son capaces de leer los pensamientos más ocultos. ¡Cuánto hubiera dado por saber las últimas angustias de Madeleine! O más bien, el secreto de su indiferencia había salido de la vida sin vacilación; había caído hacía la tierra, con la cabeza por delante, los brazos separados, como para poseerla mejor, para hundirse en ella por entero. Ella no huía. Regresaba hacía algo. Flavieres tenía la impresión de que se le había escabullido bruscamente por una puerta falsa. Había hecho mal en beber. El aire que silbaba junto a sus oídos esparcía las ideas en su cabeza, las hacía volar como los pedazos de una carta desmenuzada. Se metió por la Avenue Kléber y detuvo el *Simca* detrás del gran automóvil negro de Gevigne. Ya no le temía. Era la última vez que trataría con él. Ascendió la escalera demasiado solemne, con su alfombra roja y sus peldaños de piedra blanca. La placa de Gevigne brillaba sobre la puerta de doble hoja. Flavieres apretó el timbre, se quitó el sombrero antes de que abrieran la puerta. Adoptó un aire humilde.

—El señor Gevigne… De parte del señor Flavieres.

¡El piso de Madeleine!… En la mirada que recorría los muebles, los cortinajes, las chucherías, hubiera querido poner un adiós; los cuadros del salón, sobre todo, le turbaban. Casi todos representaban animales, unicornios, cisnes, aves del paraíso, y recordaban por su estilo, al aduanero Rousseau. Flavieres se acercó leyó la firma:

Mad. Gev. ¿Serían los habitantes del otro país? ¿Dónde habría visto ella aquel, lago negro, aquellos nenúfares parecidos a copas llenas de veneno? ¿Qué bosque era aquel que montaba guardia, en su armadura de troncos y de lianas, alrededor de la danza de los colibríes? Encima de la chimenea había el retrato de una joven cuyo cuello, un poco frágil, estaba adornado con un collar amarillo, de cuentas alargadas: el retrato de Pauline Lagerlac. El peinado era el de Madeleine. Pero el rostro, elegantemente atormentado, expresaba una especie de ausencia a la vez punzante y extenuada, como si el alma se hubiera malherido contra algún obstáculo sólo de ella conocido. Desconcertado, Flavieres contemplaba esta pintura cuando una puerta se abrió a sus espaldas.

—¡Al fin llegas! —exclamó Gevigne.

Flavieres le hizo frente, e instintivamente encontró el tono justo para preguntar:

—¿Está ella aquí?

—¿Cómo?… Tú sabrás qué ha sido de ella.

Flavieres se sentó cansadamente en una butaca. No necesitaba esforzarse para parecer abrumado.

—Nos íbamos juntos —murmuró—. La he esperado hasta las cuatro en L'Etoile. Luego, he pasado por el hotel de la Rue des Saints-Peres, por el cementerio de Passy, dondequiera que me parecía podía encontrarla… Ahora mismo regrese. Si ella no está aquí, entonces…

Alzó la vista hacia Gevigne; éste estaba lívido, con los ojos desorbitados, la boca entreabierta, como un hombre a quien se está estrangulando.

—Oh, no —balbuceó—. No, Roger… tú no puedes…

Flavieres abrió los brazos.

—Te repito que he buscado por todas partes.

—Es imposible —exclamó Gevigne—. ¿Te das cuenta de que…?

Andaba de un lado a otro, con las manos unidas a su espalda; finalmente se dejó caer en una esquina del sofá.

—Hay que encontrarla —declaró—. ¡En seguida!… ¡En seguida! Nunca podré soportar…

Golpeó el respaldo con sus puños y en aquel ademán había rabia y dolor; tanta violencia, que Flavieres, por contagio, se irritó a su vez.

—Cuando una mujer quiere huir —replicó ásperamente—, es muy difícil impedírselo.

—¡Huir, huir! ¡Como si Madeleine fuera de esas mujeres! ¡Ah! ¡Ojalá! Solo que, a estas horas, tal vez esté…

Se puso en pie, volcó una mesita baja, anduvo hasta la pared, donde se apoyó con la cabeza gacha, los hombros caídos, como un luchador en guardia.

—¿Qué se hace en estos casos? —interrogó—. Tú debes saberlo. ¿Se avisa a la

policía? Por Dios, di algo.

—Se nos reirán en nuestras propias narices —murmuró Flavieres—. Si tu mujer hubiese desaparecido hace dos o tres días, sería distinto.

—Pero a ti te conocen, Roger… Si les explicas que Madeleine ha querido ya matarse… que tú la has salvado… que tal vez haya vuelto a intentarlo, a ti te harán caso…

—Ante todo, no se ha perdido nada —dijo Flavieres exasperado—. Seguramente regresará para cenar.

—¿Y si no le hace?

—Bueno, no soy yo quien debe tomar una iniciativa.

—En resumen, que te lavas las manos.

—No… Sólo que, en general… En fin, trata de comprenderlo… Son los maridos quienes acuden a la comisaría.

—Bueno… Pues allá voy.

—Es una estupidez. De todos modos, nadie se moverá. Tomarán nota de sus señas, te prometerán hacer lo necesario y esperarán los acontecimientos. He aquí lo que siempre ocurre.

Gevigne, lentamente se metió las manos en los bolsillos.

—Si hay que esperar —gruñó—, acabaré por enloquecer.

Dió algunos pasos, se detuvo ante un ramillete de rosas colocado sobre la chimenea, lo contempló con aire sombrío.

—Tengo necesidad de regresar a mi casa —dijo Flavieres.

Gevigne no se movía. Miraba las flores. Un músculo se estremecía en su mejilla.

—Yo en tu lugar —prosiguió Flavieres muy aprisa— no me atormentaría demasiado. Apenas han dado las siete. Tal vez se haya entretenido en una tienda o haya encontrado a alguien.

—Te estas burlando —dijo Gevigne—. ¡Desde luego!

—¿Pero qué ideas se te han metido en la cabeza? Supongamos incluso que se trata de una fuga… No irá muy lejos.

Acudió al centro del salón para explicar pacientemente a Gevigne todos los medios de que disponía la policía para localizar a una persona huída. Se animaba pese a su agotamiento. De repente le parecía que Madeleine, en efecto, no podía escaparse y, al mismo tiempo, sentía tentaciones de tenderse en la alfombra y dejar estallar su propia desesperación. Gevigne, siempre inmóvil, parecía soñar delante del ramillete.

—Así que haya regresado, telefonéame —concluyó Flavieres.

Se dirigió hacia la puerta. Ya no era dueño de su rostro; de sus ojos. Sentía que la verdad iba a surgir de su interior, que iba a gritar: «¡Está muerta!».

—Quédate —murmuró Gevigne.

Amigo mío, qué más querría yo… Pero si supieras todo el trabajo que tengo. Tal

vez hay diez casos sobre mi mesa.

—¡Quédate! —suplicó Gevigne—. No quiero estar solo cuando la traigan.

—Vamos, Paul… Estás desvariando.

La inmovilidad de Gevigne era espantosa.

—Tú estarás aquí —dijo—. Tú les explicarás. Tú les dirás que los dos hemos luchado.

—Sí, desde luego. Pero nadie la traerá, puedes creerme.

La voz de Flavieres se apagó. Se llevó vivamente su pañuelo a la boca, tosió, se sonó para ganar tiempo.

—Vamos, Paul… Todo irá bien… Dame un telefonazo.

Con la mano en el pomo de la puerta, se detuvo. Gevigne, con la barbilla hundida en el pecho, parecía petrificado. Flavieres salió, cerró suavemente. Atravesó el recibidor de puntillas. Se sentía enfermo de asco y sin embargo, aliviado porque lo más difícil estaba hecho. Ya no existía el caso Gevigne. En cuanto al dolor de Gevigne… ¿Es que por ventura él no sufría mucho más? Tuvo que confesarse, mientras cerraba de golpe la portezuela del auto, que desde el principio se había considerado como el verdadero marido. Gevigne no era más que un usurpador. Uno no se sacrifica por un usurpador. Uno no va a explicar a la policía, a sus antiguos colegas, que ha dejado matarse a una mujer por falta de valor… Uno no renuncia por segunda vez a su honor, por un hombre que… ¡No! El silencio. La paz. Aquel cliente de Orleáns, ¿no sería la excusa para abandonar París? Flavieres nunca supo cómo había conducido el *«Simca»* hasta el garaje. Ahora andaba al azar a lo largo de una calle sobre la que descendía la noche, una noche campestre, muy azul, muy triste, una noche de guerra. En un cruce había una aglomeración, un espeso grupo de gente alrededor de un vehículo que llevaba dos colchones atados sobre el techo. El mundo se volvía incoherente. La ciudad se sumergía lentamente en la noche, con todas las luces apagadas, sin un murmullo. Se distinguían lugares casi desiertos cuyo silencio atenazaba el corazón. Todo aludía a la muerta. Flavieres entró en un pequeño restaurante de la Rue Saint Honoré, escogió una mesa del fondo.

—¿La cena a precio fijo o a la carta? —preguntó el camarero.

—La de precio fijo.

Era preciso comer. Era preciso seguir viviendo como antes. Flavieres metió la mano en el bolsillo para tocar el encendedor. La figura de Madeleine se dibujó ante él, entre sus ojos y el mantel blanco. «Ella no me amaba. Ella no quería a nadie», pensó.

Tomó maquinalmente el consomé; se sentía desligado de todo, como un asceta. Iba a vivir como un pobre, hundirse en su luto, imponerse duras pruebas para castigarse. Hubiese querido comprar un látigo y flagelarse cada noche; ahora tenía derecho a odiarse. Debía odiarse durante mucho tiempo para merecer su propia

estimación.

—Han roto el frente por Lieja —dijo el camarero—. Se dice que los belgas empiezan a replegarse, como en el 14.

—Camelos —contestó Flavieres.

Lieja estaba muy lejos, en lo más alto del mapa. Aquello no le concernía. Esa guerra no era más que un episodio de la guerra que lo desgarraba.

—Cerca de la Concordia han visto un coche acribillado como un colador —prosiguió, el camarero.

—El segundo plato —dijo Flavieres.

¿No había manera de que lo dejaran tranquilo? ¡Los belgas! ¿Por qué no los holandeses? ¡Cretino! Se apresuró a comer la carne. Estaba dura, pero no protestó puesto que había resuelto no quejarse nunca más, encerrarse en su dolor para torturarse más libremente. Tras los postres, sin embargo; bebió dos nuevos vasos de coñac y su pensamiento emergió poco a poco de la bruma en que flotaba desde hacía horas. Con los codos sobre la mesa, encendió un cigarrillo con el mechero de oro. Tuvo la impresión de que el humo que aspiraba contenía un poco de la sustancia de Madeleine. La retenía en su interior. La saboreaba. Comprendía claramente que Madeleine no había cometido nada malo antes de su matrimonio. Esa hipótesis era estúpida. Gevigne no se habría casado con ella sin informarse. Por otra parte, el remordimiento de Madeleine hubiese sido muy tardío, puesto que, durante varios años, había parecido normal. Todo había empezado a principios de febrero. No podía ignorarse aquello. Flavieres apretó el botón del encendedor. Observó un momento la estrecha llama antes de apagarla: Sentía el metal cálido contra su mano. No; los motivos de Madeleine no eran motivos vulgares. Él había permanecido grosero, atado al por qué, al cómo. Pero metería el hierro al rojo hasta su espíritu. Se purificaría. Y un día sería digno de comprender el misterio Lagerlac. Tendría una revelación. Se imaginaba vestido de monje, en una celda, arrodillado sobre la tierra batida. Pero no era un crucifijo lo que colgaba de la pared, era la foto de Madeleine. La que estaba en el despacho de Gevigne. Se frotó los ojos, la frente y pidió la cuenta. Salió. Era noche oscura. Entre los altos edificios se distinguían las estrellas. De vez en cuando pasaba un auto, con los faros mortecinos bajo una ancha visera metálica. Flavieres no se decidía a regresar. Temía la llamada telefónica que le informaría del hallazgo del cadáver. Por otra parte, no le disgustaba imponerse un nuevo cansancio, extenuar aquel cuerpo, el verdadero, el único responsable de tanta desdicha. Andaba al azar en una especie de vértigo. Aquella velada fúnebre debía proseguirla hasta el alba. Era una cuestión de dignidad. Tal vez Madeleine, en el sitio a que se había ido, tuviera necesidad de un pensamiento amistoso. ¡Pequeña Eurídice!… Las lágrimas subieron a sus ojos. Hubiese querido imaginar la nada para tratar de hacerle compañía por lo menos durante aquella primera noche. Pero solo conseguía evocar una necrópolis

semejante a aquella ciudad privada de luz. Las sombras se deslizaban ante él, se perdían por las calles; y el río que fluía a lo largo del ribazo ya no tenía nombre. Era agradable errar en aquellas tinieblas. La tierra de los vivos quedaba lejos. Aquí solo quedaban los muertos, los seres solitarios atormentados por los días de otro tiempo. Iban, venían, cada uno pensando en alguna dicha antigua. Unos se detenían, se inclinaban hacia el agua; otros se apresuraban sin razón. Todos se preparaban tal vez para algún juicio final. ¿Qué había dicho el camarero un rato antes? «Han roto el frente por Lieja»… Flavieres se sentó en un banco, apoyó su brazo en el respaldo. Mañana se iría. Su cabeza oscilaba; cerró los ojos, tuvo tiempo para pensar: «¡Cerdo, te duermes!». Dormía, con le boca abierta, como un mendigo en el cuartelillo de policía. El frío lo despertó mucho más tarde. Un calambre le contrajo la pierna y el dolor le hizo gemir, luego se alejó cojeando; tiritaba. El día silueteaba las colinas de piedras, sus pendientes, sus aristas y las ruinas extravagantes de sus chimeneas. Flavieres se refugió en un café que acababa de abrir. La radio anunciaba que la situación era confusa y que la infantería se dedicaba a taponar algunas brechas. Mojó dos croissants en él café y regresó en el Metro.

Apenas había cerrado la puerta de su piso, cuando sonó el teléfono.

—¿Oiga…? ¿Eres tú; Roger?

—Sí.

—Tenía razón, ¿Sabes? Se ha matado.

Mejor era callarse, esperar a continuación. Aquella respiración entrecortada que llegaba a su oído era molesta.

—Anoche me avisaron —prosiguió Gevigne—. Una vieja la encontró al pie del campanario de la iglesia de Saint-Nicolás…

—Saint-Nicolás… —dijo Flavieres—. ¿Dónde está eso?

—Al norte de Nantes… Un villorrio sin importancia, entre Sailly y Drocourt. ¡Es inverosímil!

—¿Qué podía hacer por ese lugar?

—Aguarda. No sabes lo peor. Se ha tirado del campanario y se ha aplastado en el cementerio. Han conducido el cuerpo al hospital de Nantes.

—Mí pobre amigo —murmuró Flavieres—. ¿Vas hacia allí?

—Regreso. Ya puedes imaginar que fui inmediatamente.

He tratado de telefonearte, pero no estabas. Acabo de llegar. Tengo que hacer algunas gestiones urgentes y me largo. La policía ha iniciado una investigación.

—Forzosamente. Pero el suicidio es evidente.

—Pero no explica por qué ha venido de tan lejos, por qué ha escogido ese campanario. Sin embargo lo querría contarles que Madeleine.

—No investigarán tan a fondo.

—¡A pesar de eso! Me hubiese gustado que estuvieses presente, ¿sabes?

—¡Imposible! Tengo un asunto muy importante en Orleáns y no puedo aplazarlo por más tiempo. Pero vendré a verte en cuanto regrese.

—¿Estarás ausente mucho tiempo?

No, sólo unos días. Por lo demás, no me necesitarás para nada.

—Ya te telefonearé. Hubiese querido también que asistieras al sepelio.

Gevigne seguía respirando como alguien que ha corrido durante mucho rato.

—Mi pobre Paul —dijo Flavieres sinceramente— … ¡Mi pobre Paul!

Bajó la voz para interrogarle:

—¿No estaba demasiado…?

—Sí, evidentemente… Pero el rostro… Su pobre rostro. ¡Si lo hubieses visto!

—¡Valor! Yo también estoy muy apenado.

Colgó. Luego, apoyándose en la pared con una mano, anduvo hasta la cama repitiendo: «Yo también… yo también…». Y, en un instante, se sumergió en el sueño.

Al día siguiente, en el primer tren, salió hacia Orleáns.

Ya no tenía el valor de coger su coche. Las noticias del frente no eran muy animadoras. Los diarios aparecían con enormes titulares: *La ofensiva alemana contenida — Violentos combates alrededor de Lieja*. Pero las informaciones eran vagas, reticentes y las personas mostraban un optimismo ya corroído por la multitud. Flavieres dormitó en una esquina del compartimiento. Tenía el aspecto entero y se sentía, en su interior, como desvastado, arruinado, ennegrecido por un incendio. No era más que una ruina, cuatro paredes en pie alrededor de un montón de escombros. Aquella imagen alimentaba su pena, la hacía soportable. Empezaba a respetar su calvario. En Orleáns alquiló una habitación en un hotel frente a la estación. Al descender en busca de cigarrillos vio el primer vehículo de refugiados. Un enorme Buick cargado de paquetes, cubierto de polvo. En su interior dormían unas mujeres. Visitó a su cliente, pero la conversación giró sobre todo en torno a la guerra. Se susurraba que el ejército Corap había cedido terreno. Se reprochaba a los belgas el que hubiesen perdido la serenidad. Se recordaba también el cañón del Marne, que, durante tres días, había roncado en el horizonte. Flavieres se hallaba a gusto en Orleáns.

Por la noche se paseaba por los muelles, observando a las golondrinas rozar el agua violeta. Las radios funcionaban en todas las casas. En las terrazas de los cafés, las personas parecían todas afectadas por una misma enfermedad secreta, en tanto que el estío calentaba el cielo por encima del Loira y prolongaba un crepúsculo de belleza inaudita. ¿Qué ocurría en París? ¿Habían enterrado a Madeleine? ¿Estaría Gevigne de nuevo en El Havre? Flavieres se hacía a veces la pregunta, con precaución, como un convaleciente que levanta una venda para observar la herida. Sí, seguía sufriendo. Por fortuna, la guerra era una distracción. Ahora se sabía que los blindados alemanes avanzaban hacia Arras, y que la seguridad del país peligraba. Cada día, nuevos

vehículos atravesaban la ciudad en busca del puente, del camino hacía el sur. La gente iba a verlos pasar, sin una palabra, con el corazón vacío. Cada vez estaban más sucios, iban más apresurados. Los ciudadanos se ocultaban para interrogar a los fugitivos. Flavieres descubría por todos los lados la imagen de su propio desastre. Ya no tenía ánimos para regresar.

Descubrió por casualidad la noticia. Leía distraídamente el diario, sorbiendo un café. Distinguió el titulo en la página cuarta. La policía investigaba acerca de la muerte de Madeleine. Se interrogaba a Gevigne. Esto era tan sorprendente, tan incongruente después de las noticias de la primera página, de las fotos de las ciudades bombardeadas, que releyó el artículo. No había duda. La policía parecía descartar la hipótesis del suicidio. He aquí para lo que servía la policía, mientras innumerables refugiados obstruían las carreteras. Él sabía de sobras que Gevigne era inocente. Iría a decírselo así que mejorase la situación. Por el momento, los trenes circulaban mal, con mucho retraso. Transcurrieron más días, y los diarios consagraban todas sus columnas a la batalla indecisa que devastaba las llanuras del norte. Ya no se sabía donde estaban los alemanes, los franceses, los ingleses, los belgas. Flavieres pensaba cada vez menos en Gevigne. Sin embargo, se prometía esclarecer la verdad en la primera ocasión que tuviera. Esta decisión le devolvía un poco de confianza en sí mismo y le permitía participar un poco más en las emociones de todos. Asistió en la catedral a unas misas en honor de Juana de Arco. Rogó por Francia, por Madeleine. Ya no establecía diferencia entre la catástrofe nacional y la suya propia. Francia era Madeleine aplastada y sangrante al pie del muro. Y luego, un mañana, los habitantes de Orleáns cargaron a su vez los colchones en sus automóviles. El cliente de Flavieres desapareció. «Puesto que nada le retiene aquí mejor sería que se marchara hacia el Sur», le decían. Trato de telefonear a Gevigne en un repentino impulso de valor. Nadie contestó. La estación de Saint Pierre-des-Corps fue bombardeada. Con la muerte en el alma, subió a un autocar que se dirigía hacia Toulouse. Ignoraba que se iba para cuatro años.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

—¡Respire!… ¡Tosa!… ¡Respire!… Bueno… Querría volver a ver ese corazón… No respire ¡Hum! No es ningún prodigio… Vístase.

El doctor miraba a Flavieres, quien se ponía la camisa y se volvía torpemente para abotonarse el pantalón.

—¿Casado?

—No. Soltero… Regreso de África.

—¿Ha estado prisionero?

—No. Me marché el 40. Era inútil para el servicio activo a causa de una grave pleuresía que tuve en el 38.

—¿Proyecta vivir en París?

—No lo sé. Tengo bufete abierto en Dakar. Pero me, gustaría recuperar mi despacho.

—¿Abogado?

—Sí. Solo que mi antiguo piso esta ocupado. ¡Y para encontrar otro…!

El doctor se acariciaba una oreja mientras observaba a Flavieres, que no acababa de anudarse correctamente su corbata y se ponía nervioso.

—Bebe usted, ¿no es cierto?

Flavieres se encogió de hombros.

—¿Tanto se nota?

—Eso es asunto suyo —dijo el doctor.

—Sí, a veces bebo —confesó Flavieres—. La vida no es muy agradable.

El doctor hizo un ademan vago. Se sentó a su mesa, desenroscó el capuchón de su estilográfica.

—Su estado general no es muy satisfactorio —observó.

—Necesita descanso. En su lugar, yo me iría a vivir al Sur… Niza… Cannes… En cuanto a sus obsesiones… tendría que vera un especialista. Voy a darle una nota para mi colega el doctor Ballard.

—En su opinión, ¿es muy grave? —murmuró Flavieres.

—Visite a Ballard.

La pluma rascó sobre el papel. Flavieres sacó dinero de su cartera.

—Irá usted a Abastecimientos —dijo el doctor sin dejar de escribir—. Con este certificado le darán un suplemento de carne y de materias grasas. Pero sobre todo necesita calor, descanso. Evite las preocupaciones. Nada de correspondencia ni de lectura. Son trescientos francos. Gracias.

Precedió a Flavieres hacia la puerta, en tanto que un nuevo enfermo penetraba en

el consultorio Flavieres descendió por la escalera, descontento. ¡Un especialista! Un psiquiatra que le arrancaría todos sus secretos, que le haría confesar cuanto sabía sobre la muerte de Madeleine.

¡Imposible! Prefería vivir con sus pesadillas, perderse cada noche, en sueños, en las galerías inextricables con un mundo habitado por escoria, y amar a alguien en la oscuridad… Era el calor de allá abajo, la excesiva luminosidad que lo había castigado. Ahora estaba a salvo.

Se levantó el cuello del abrigo y se dirigió hacia la plaza de Terues. Casi no reconocía este París aun sumergido en las brumas del invierno, estos vastos espacios vacíos, estas avenidas donde no pasaban más que «jeeps». Experimentaba cierto embarazo al sentirse demasiado bien vestido, y andaba de prisa, como todo el mundo. Pasear era aún un lujo. El Arco de Triunfo abría en la penumbra su silueta indecisa. Todo tenía el color del pasado, el color de la memoria. ¿Qué festividad retrasada había venido a celebrar? ¿No habría hecho mejoren quedarse allá abajó? ¿Qué esperaba de aquella peregrinación? Había conocido a otras mujeres, las heridas habían cicatrizado. Madeleine no era ni siquiera un fantasma…

Entró en el *Dupont,* se sentó cerca del cristal. Algunos oficiales parecían perdidos en la inmensa rotonda. Ningún ruido, excepto el silbido de la cafetera. Un camarero macilento lo examinaba, valoraba el tejido del abrigo, los zapatos de ante con suela de «crepe».

—Un coñac —murmuró Flavieres—. ¡De los de verdad!

En los cafés y restaurantes sabía hablar bajo y aprisa. Entonces tenía una autoridad enorme, tal vez a causa de la horrible pasión que ponía tenso su rostro. Se bebió el alcohol.

—No está mal… Otro.

Tiró sobre la mesa unos billetes. Otra de las costumbres que había cogido en Dakar. Al tirar los billetes arrugados adoptaba un aire distante, como si regresara del fin del mundo, como si todos los hombres tuviesen hacia él una deuda que nunca sería pagada. Con los brazos cruzados, contemplaba el licor que tan bien despertaba a los fantasmas. No, Madeleine no estaba muerta. Desde el momento en que se había apeado en la estación no había cesado de atormentarlo. Hay rostros que uno olvida; se gastan; el tiempo los roe como a esas figuras de piedra, a la entrada de las catedrales, cuya frente y cuyas mejillas han perdido poco a poco el modelado, la palpitación de la vida. Ella estaba intacta en lo más hondo de sus ojos. El sol de las tardes de otros tiempos brillaba alrededor de ella como una aureola. La imagen sangrienta, la última, la del cementerio, se había borrado; no era más que una idea inoportuna, fácil de rechazar. Pero las otras, todas las otras, eran milagrosamente frescas, nuevas, atrayentes. Flavieres, con la mano en torno del vaso, no se movía. Sentía el calor del mes de mayo; veía la caravana de coches alrededor del Arco de Triunfo. Ella llegaba

con el bolso bajo el brazo, los ojos como maquillados por el velillo… Ella se inclinaba en el puente, dejaba caer la flor roja… Ella desgarraba una carta cuyos pedazos revoloteaban… Flavieres bebió, se apoyó pesadamente en la mesa. Ahora era viejo. ¿Qué había delante de él? ¿La soledad? ¿La enfermedad? En tanto que los supervivientes se esforzaban por reunir las ruinas de sus hogares, de reanudar las amistades, de construirse un porvenir, él solo podía hurgar en las cenizas. Entonces, ¿por qué renunciar a lo que…?

—¡Otro más!

No le gustaba el alcohol. Tan solo trataba de volver a encender, en lo más profundo de su ser, la pequeña brasa que irradiaba un poco de esperanza. Salió, y el aire frío le hizo toser. Pero la ciudad ya no le asustaba. A través del vaho de su aliento, parecía un reflejo del agua, una ciudad sumergida cuyas sombras sólo se alimentaban con los pensamientos de los vivos. Llegó a L'Etoile, hizo como que aguardaba en el borde de la acera. La llovizna de febrero volaba como un polvillo fino, como una nube pálida a través de las avenidas relucientes. Ella ya no vendría más. Tal vez incluso Gevigine se hubiese marchado de París… Flavieres cogió la Avenue Kléber y buscó con la mirada la casa. Los postigos del segundo piso estaban cerrados. El *Talbot* había sido sin duda requisado por algún Estado Mayor. Los propios cuadros, la joven soñadora de la chimenea, las aves del paraíso. ¿Qué habría sido de todo ello?… Entró en el portal. La portera estaba barriendo.

—¿El señor Gevigne, por favor?

—¡El señor Gevigne!

Miraba a Flavieres sin comprender.

—El pobre señor —prosiguió la mujer—. Hace mucho que ha muerto.

—¡Paul ha muerto! —murmuró Flavieres.

¿De qué servía continuar? He aquí lo que descubriría a cada paso. ¡La muerte! ¡La muerte!

—Pase usted —dijo la portera.

Sacudió la escoba, abrió la puerta de su garita.

—Me marché el año 40 —explicó Flavieres.

—Ah, por eso.

Cerca de la ventana había un viejo con unas gafas de montura de acero sobre la nariz, quien examinaba pensativamente el zapato en el que había metido la mano. Alzó la cabeza.

—Se lo ruego —dijo Flavieres—, no se moleste usted.

—Ni siquiera nos queda cartón para reparar estos zapatos —gruñó el viejo.

—¿Era usted amigo del señor Gevigne? —prosiguió la portera.

—Un amigo de la niñez. Me había telefoneado para informarme de la muerte de su mujer. Pero debía irme de París el mismo día.

—¡El desdichado! No se atrevía a regresar solo a allí… y no tenía a nadie en quien confiar. Fui yo quien lo acompañó, quien lo ayudó a vestir a aquella pobre señora, pues ya puede imaginar…

«¿Qué vestido le puso usted? ¿Su traje gris?…», estuvo a punto de preguntar Flavieres.

—Siéntese —decía la portera—. Descanse un minuto.

—Me enteré casualmente de que lo habían importunado.

—¿Importunado? Ya lo creo que sí… Diga que estuvo a punto de ser detenido.

—¡Paul… detenido! Pero… si yo creía que su mujer se había suicidado.

—Desde luego que se mató. Pero la policía, ya sabe. El pobre señor tenía muchas personas que le envidiaban… Y cuando se empieza a hurgar en la vida de la gente… No sé las veces que llegaron a venir por aquí. Preguntas y más preguntas sobre él, sobre la señora… ¿Se entendía bien? ¿Estaba el señor Gevigne aquí el día del drama? Y lo otro y lo de más allá. Dios mío, ¿lo recuerdas, Charles?

El viejo cortaba una suela, con un cuchillo de cocina, en la tapadera de una caja.

—Sí, fue un buen alboroto… Como ahora —gruñó.

—Pero ¿cómo ha muerto el señor Gevigne? —interrogó Flavieres.

—Lo mataron en la carretera de Le Mans. Una: mañana lo vimos bajar muy excitado. «Estoy hasta la coronilla», nos dijo. Con nosotros no tenía tapujos. «¡Me largo! ¡Si quieren pescarme, no tiene más que seguirme!». Entonces metió sus maletas en el coche y se fue… Más tarde supimos… Ametrallaron el auto. El pobre señor murió mientras lo llevaban al hospital… ¡No merecía eso, desde luego!

«Si yo hubiese estado aquí, no hubiese tenido necesidad de huir, y el avión no le hubiese ametrallado. Yo podría hablarle ahora, explicarle…», pensaba Flavieres. Apretó las manos. No hubiese debido regresar.

—No tuvieron suerte —prosiguió la portera—. Y sin embargo, se entendían los dos la mar de bien.

—¿No estaba ella un poco… enferma? —preguntó Flavieres tímidamente.

—No… Tenía el aspecto triste, debido a sus vestidos oscuros; pero era su carácter… ¡Estaba tan contenta; por el contrario, cuando podía salí con él!

—Lo que no ocurría a menudo —intervino el viejo.

La mujer se volvió contra él.

—Con su posición, el pobre señor no estaba muy libre. Siempre yendo y viniendo de Paris al Havre. ¡Hay que comprender las cosas!

—¿Dónde la enterraron a ella? —dijo Flavieres.

En el cementerio de Saint-Ouen. Pero la fatalidad la ha perseguido hasta allí. Cuando los americanos bombardearon la Chapelle, toda la parte del cementerio que bordea la vía fue removida. Se encontraron piedras y osamentas por todas partes. Creo que incluso celebraron una ceremonia.

Flavieres temblaba bajo su abrigo, cuyo cuello alzado le ocultaba casi el rostro.

—Así pues, ¿su tumba…? —cuchicheó.

—Ya no hay tumbas en aquel lugar. Han tapado los agujeros, los «cráteres», como dicen ellos. Más adelante reconstruirán las sepulturas.

—No hay que compadecerse de los muertos —dijo el viejo.

Flavieres luchaba contra imágenes horribles y sentía en lo más profundo de si, el caminar áspero de las lágrimas que nunca brotaban. Estaba acabado. Madeleine se había aniquilado en una llamarada como en la antigüedad, había tenido su hoguera, y sus cenizas habían flotado en el viento de las explosiones. Aquel rostro que venía aun a visitarle, ya no era nada, nada. Sería preciso restituirlo a la noche y, liberarlo, tratar de vivir.

—¿Y el piso?

—De momento está cerrado. Es un primo lejano de ella quien ha heredado el edificio. Todo esto es muy triste.

—Si —dijo Flavieres.

Se puso en pie, se arrebujó en el abrigo.

—Es horrible enterarse bruscamente de la muerte de los amigos —admitió la portera.

El viejo clavaba tachuelas en las suelas sujeta entre las rodillas, su martillo hacía un ruido tremendo. Flavieres casi corrió hasta la calle. La llovizna le pegó en el rostro una máscara pegajosa. Sintió que la fiebre iba a instalarse de nuevo en sus venas. Atravesó la avenida, penetró en el pequeño café donde se había sentado, años atrás, para esperar a Madeleine.

—Deme algo bien fuerte —rogó.

—Sí —dijo el dueño—. Tiene usted el aire trastornado.

Miró a su alrededor, bajó el tono de su voz:

—¿Un *whisky*?

Flavieres se apoyó en el mostrador. Una oleada dé calor se esparcía ahora por su pecho. La angustia se desmoronaba, se fundía como un pedazo de hielo. Se transformaba en una melancolía calmosa. El doctor tenía razón; cuidados, sol, paz en el corazón, he aquí lo que importaba. ¡Sobre todo la paz del corazón! No pensar más en Madeleine. Tenía la intención cuando regresó a París, de poner flores en su tumba. Pues bien, he aquí que ya no quedaba tumba. Era mucho mejor. El último eslabón se había roto. La peregrinación terminaba en aquella taberna, ante un vaso de alcohol. Todo lo que él había amado —la mujer del retrato, la dulce desconocida a la que había arrastrado, por la mano lejos de las sombras en las que se iba a perder—, todo terminaba en aquel vaso de whisky. ¡Un sueño concebido en un momento de embriaguez! No, sin embargo, puesto que quedaba aquel encendedor. Se, colocó un cigarrillo en los labios, sacó el encendedor de oro, lo sopesó, lo retuvo en la palma de

la mano. ¿Debería tirarlo, perderlo solapadamente? Más adelante. De momento… Acababa de decidirse, o mejor dicho; alguien acababa de decidir en su lugar, como siempre. Dejó el vaso vacío, pagó espléndidamente. Le gustaba contemplar rostros serviles.

—¿Podría encontrar un taxi?

—¡Hum! No será fácil —dijo el hombre—. ¿Va usted lejos?

—Hacia Nantes.

—Siempre se puede probar.

Hizo algunas llamadas telefónicas, sin dejar de sonreír a Flavieres, colgó el aparato.

—Gustave le llevará —dijo—. Tal vez resulte un poco caro… ¡Pero ya sabe lo que cuesta la gasolina en el mercado negro!

El taxi llegó pronto, un viejo «C4» herrumbroso. Flavieres, antes de irse, pagó una ronda. No tenía el menor amor propio cuando deseaba realizar un proyecto. Explicó pacientemente a Gustave:

—Vamos al norte de Nantes, entre Sailly y Drocouit… Hay por allí un villorrio con un campanario… Yo le mostraré el camino… Luego regresaremos lo más directamente posible. No me quedaré mucho rato.

Emprendieron el viaje. Las carreteras de invierno contaban una aburrida historia, una historia de combates, de destrucción, de disparos y de bombardeos. Helado en un rincón del vehículo; Flavieres, a través del vaho que se pegaba a los cristales, miraba desfilar los campos negros, buscaba en vano el recuerdo de los árboles floridos, de los terraplenes blanqueados por las margaritas. Esta vez Madeleine se alejaba, empezaba verdaderamente a morir. ¡Vamos, un esfuerzo más! Le constaba que su corazón nunca había sido cautivado. Jamás había visto tan clara la situación, como en este momento. Precisamente había empezado a beber para reducir al silencio aquel testigo excéptico, irónico, que se burlaba de todo, que lo acusaba de contarse historias, de representarse una alegría interminable para adular su gusto por la desdicha, la soledad y la impotencia. Pero cada vez eran necesarios más tragos parra aniquilar al testigo molesto. Cuando el sopor invadía los miembros de Flavieres y su cabeza se atontaba, entonces Madeleine reaparecía, dulce y misericordiosa. Le hablaba de la vida que hubiese podido ser, y Flavieres sangraba de felicidad. El otro Flavieres renacía al día siguiente, amargo, con la boca llena de insultos.

—¡Ahí está Sailly! —gritó Gustave.

Flavieres frotó el vidrio con la punta de los dedos.

—Tuerza a la derecha —dijo—. Faltan dos o tres kilómetros.

El taxi avanzaba por un camino lleno de baches. Los árboles, ennegrecidos por la lluvia, goteaban sobre las cunetas llenas de hojas muertas. De vez en cuando pasaba una casa sobre la que se elevaba una columna de humo azul.

—Veo un gran campanario —anunció Gustave.

—Allí es… Espéreme delante de la iglesia.

El auto dio la vuelta, como en otro tiempo. Flavieres se apeó, alzó la cabeza hacia la galería que había en lo más alto de la torre. No estaba emocionado, pero tenía un frío extraño. Se alejó en busca de las casas cuyos tejados había distinguido mientras luchaba contra el vértigo, en la escalera. Estaban allí, acurrucadas bajo unos castaños de ramas desnudas… Una docena de casuchas grises a cuyo alrededor pululaban numerosas gallinas. Había una tiendecita con un escaparate cuyo letrero estaba medio borrado Flavieres empujó la puerta. El interior olía a salvado y a petróleo. Algunas tarjetas postales amarilleaban en una estantería.

—¿Qué desea usted? —dijo una vieja que surgió de la trastienda.

—¿No tendría por casualidad huevos? —preguntó Flavieres—. O un poco de carne. Estoy enfermo y en París no tengo manera de encontrar lo que necesito.

Su tono no era lo bastante marrullero, su ademán lo bastante humilde. Estaba seguro de que ella negaría. Con aire distraído, examinaba las tarjetas postales.

—Mala suerte —murmuró—. Probaré en otro sitio. Voy a llevarme esta vista de la iglesia… ¿Saint-Nicolás?… Este nombre me recuerda algo. Veamos, el 40, en mayo del 40… ¿No hablaron los diarios de un suicidio?

—Sí —dijo ella—. Una mujer se tiró del campanario.

—Eso es… Ahora 10 recuerdo bien. La esposa de un industrial de París, ¿verdad?

—Sí. La señora Gevigne. Me acuerdo de su nombre. Fui yo quien encontró el cadáver. Desde entonces han ocurrido muchas cosas… Pero no he olvidado a aquella desdichada mujer.

—¿Tendría usted un poco de aguardiente? —dijo Flavieres.

—No consigo entrar en calor.

Ella alzó unos ojos que habían visto el flujo y reflujo de la guerra y que ya no expresaban nada.

—Puede ser.

Flavieres se metió en el bolsillo la tarjeta postal y sacó algunas monedas mientras ella iba en busca de una botella y un vaso. El líquido era innoble y quemaba la garganta.

—Extraña idea, lanzarse desde un campanario —observó él.

Ella ocultó lentamente sus manos bajo la toquilla. Tal vez no encontraba la idea tan absurda como eso.

—Estaba segura de no fallar el golpe —contestó—. El campanario tiene más de veinte metros. Cayó de cabeza.

«Ya veo», estuvo a punto de decir Flavieres. Respiraba un poco más aprisa, pero no tenía la impresión de sufrir. Sencillamente, sentía que Madeleine se apartaba de él, que se destruía de una manera definitiva. Cada palabra de la vieja era como una

paletada tierra sobre una tumba entreabierta.

—Estaba sola en el pueblo —prosiguió ella—. Ni un solo hombre. Todos movilizados. Y las mujeres en el campo. A las seis fui a la iglesia a rezar por mi hijo, que estaba en el frente.

Se salló un instante. Parecía aún más desmirriada con su vestido negro.

—Salí por la sacristía. Hay una puerta en la fachada posterior de la iglesia… Existe un atajo hasta mi casa que atraviesa el cementerio… La vi en aquel momento… Hizo falta mucho tiempo para avisar a los gendarmes.

Miraba las gallinas que picoteaban junto a la puerta. Sin duda recordaba el miedo, el cansancio de aquella noche, las idas y venidas de los gendarmes por el cementerio, las lámparas eléctricas examinando el suelo y más tarde, el marido, con un pañuelo ante la boca…

—Son momentos muy penosos —dijo Flavieres.

—Sí. Sobre todo porque tuvimos en casa a los gendarmes durante una buena semana. Se figuraban que la pobre mujer había sido empujada…

—¿Empujada?… ¿Por qué?…

—Porque por la tarde, en Sailly, alguien vio a un hombre y una mujer que se dirigían en auto hacia aquí.

Flavieres encendió un cigarrillo. ¡Conque se trataba de eso! Los testigos le habían tomado por el marido. Y esa confusión había conducido a Gevigne a la muerte.

¿De qué serviría protestar ahora, explicarle a aquella vieja que el hombre no era Gevigne, que se trataba de un error monstruoso? La historia ya no interesaba a nadie. Vació su vaso, buscó algo que comprar pero no quedaban más que escobas, estropajos y carretes de cordel.

—Gracias por el aguardiente —murmuró.

—De nada —dijo la vieja.

Salió, tiró el cigarrillo que le hacia toser. De regreso ante la iglesia, vaciló. ¿Debía detenerse una vez más ante el altar, arrodillarse en la silla donde ella había orado? ¡Puesto que su plegaria había sido inútil! ¡Puesto que se había disuelto en el espacio! Pensó en el dogma cristiano de la resurrección de los cuerpos. ¿Cómo, el día del Juicio Final, podría el cuerpo de Madeleine renacer de aquellos átomos dispersados, reducidos a la simplicidad de los elementos? «Adiós, Madeleine», cuchicheó contemplando la cruz a cuyo alrededor graznaban las cornejas.

—¿Regresamos, jefe? —preguntó el chofer.

—Sí, regresamos.

Y cuando el taxi empezó a rodar tuvo la certidumbre, al ver por la ventanilla trasera como se alejaba el campanario, que también el pasado retrocedía, desaparecía para siempre a la primera curva del camino. Cerró los ojos, dormitó hasta París.

Por la tarde no pudo resistir la tentación: acudió a casa del doctor Ballard y le

relató su historia, como a un confesor, evitando únicamente pronunciar el nombre de Gevigne y de hablar de las consecuencias judiciales del drama. Ya no podía más. Casi lloraba cuando terminó de hablar.

—En el fondo, la busca usted aún —dijo el psiquiatra—. Se niega usted a admitir que ha muerto.

—No es eso, exactamente —protestó Flavieres—. Ella ha muerto. Estoy seguro. Pera pienso… sí, es una locura, si usted quiere… pienso en su abuela, en Pauline Lagerlac… En fin, ya entiende usted lo que quiero decir… Ellas eran dos personas en una.

—En otras palabras, esa joven, Madeleine, había ya muerto una vez. ¿Es eso? ¿Es eso lo que usted cree?

—No se trata de una creencia, doctor. Sé lo que he oído, constatado…

—En resumen, se figura usted que Madeleine podría revivir, puesto que ya había superado la muerte una primera vez.

—Si presenta usted las cosas de esta forma…

—Desde luego, en su espíritu están menos claras. Sé dedica usted inconscientemente a embrollarlas Tiéndase en el diván, por favor.

El doctor comprobó durante mucho rato sus reflejos, hizo una mueca.

—¿Bebía usted antes?

—No. Empecé en Dakar, poco a poco.

—¿Nunca ha tomado drogas?

—No, nunca.

—Me pregunto si le interesará verdaderamente curarse.

—Desde luego —balbuceó Flavieres.

—No beber más… Olvidar a esta mujer… repetirse que está completamente muerta… que sólo se muere una vez y para siempre. ¿Lo entiende? Para siempre… ¿Lo deseará usted con todas sus fuerzas?

—Sí.

—Entonces, nada de vacilaciones. Voy a escribirle una carta para un amigo mío que dirige un sanatorio mental cerca de Niza.

—¿No irá a internarme, eh?

—No. No está usted enfermo hasta tal punto. Lo envío allí a causa del clima. Necesita usted mucho sol. ¿Tiene medios económicos?

—Sí.

—Se lo prevengo, será cosa larga.

—Me quedaré el tiempo que haga falta.

—Perfecto.

Flavieres se sentó, con las piernas temblorosas Ya no prestaba atención a las palabras del médico, a sus propios ademanes. Se repetía únicamente: «Curar…

Curar…». Lamentaba haber amado a Madeleine, como si aquel amor hubiese sido peligroso. ¡Ah! Revivir, recomenzar; acercarse más tarde a otras mujeres, ser semejante a los demás. ¡Dios mío!… El doctor multiplicaba las recomendaciones. Flavieres lo aceptaba todo, lo prometía todo. Sí, saldría, aquella misma noche… Sí, dejaría de beber… Sí, haría reposo… Sí… Si…

—Si lo desea llamaré a un taxi —ofreció la enfermera.

—Prefiero andar un poco.

Se dirigió a una agencia de viajes. En la ventanilla, un letrero anunciaba que todos los trenes estaban completos durante una semana. Flavieres sacó su cartera, obtuvo un billete para la misma noche. Sólo le quedaba telefonear al Palais, a su Banco. Con su situación finalmente arreglada, deambuló por la ciudad en la que ahora se sentía extranjero. Su tren salía a las nueve de la noche. Cenaría en el hotel. Le quedaban cuatro horas de espera. Entró en un cine. El programa no le importaba. Trataba simplemente de olvidar su visita al doctor Ballard, las preguntas de Ballard Nunca había creído en serio que corría el peligro de volverse loco. Ahora tenía miedo; su espalda estaba húmeda, el deseo de beber le secaba la garganta. Empezaba de nuevo a odiarse y a tenerse asco.

La pantalla se iluminó y una música chillona anunció el noticiario. La visita del general De Gaulle a Marsella. Uniformes, banderas, bayonetas, la muchedumbre difícilmente contenida en las aceras. Rostros captados en primer plano, con la boca abierta, gritando aclamaciones que no se oían. Un hombre obeso agigantando un sombrero. Una mujer que se volvía lentamente hacia la cámara; se veían sus ojos muy claros, su rostro estrecho que se parecía a un retrato de Lawrence. Un remolino de gente se la llevaba de súbito, pero Flavieres había tenido tiempo de reconocerla. Medio incorporado, adelantaba hacia la pantalla un rostro horrorizado.

—Siéntese —gritó una voz—. ¡Siéntese!

Se desabrochó el cuello de la camisa, con la cabeza perdida, el pecho lleno de un grito, que lo ahogaba. Contemplaba sin comprender los cascos, los saludos, los estandartes. Una mano brutal lo obligó a sentarse.

CAPÍTULO II

No, no podía ser ella… Flavieres se había quedado para la segunda sesión; se había obligado a mirar fríamente la pantalla; había esperado la aparición del rostro, en tensión, concentrado, dispuesto a captar y a retener la imagen. Y la imagen había surgido durante un segundo; y toda una parte de su ser, una vez más, había gemido, en tanto que la otra ni se movía. Imposible la confusión: la mujer de la pantalla tenía unos treinta años; parecía bastante gruesa… ¿Qué más? La boca no era el mismo dibujo dé los labios… Sin embargo, el parecido no se podía negar… Sobre todo los ojos… Flavieres se contraía, trataba de comparar el recuerdo reciente con el antiguo, y acababa por ver únicamente manchas coloreadas, como sí hubiese contemplado demasiado rato una luz muy fuerte. Regresó por la noche. Ya tomaría el tren del día siguiente. Y por la noche hizo un descubrimiento: el hombre cuyo rostro, en primer plano, precedía al de la desconocida, iba visiblemente con ella; marido o amante, la acompañaba; la sujetaba por el brazo, sin duda para no perderla entre la multitud. Otro detalle que no había escapado a Flavieres: el hombre iba bien vestido; llevaba una gruesa perla en su alfiler de corbata; la desconocida vestía un abrigo de pieles… Flavieres había observado aun otra cosa, ¿pero qué?… Salió al terminar el noticiario. Las calles estaban pobremente iluminadas: seguía lloviendo y Flavieres se sujetó el sombrero a causa del viento. Este ademán volvió a hacerla recordar la escena de Marsella: el hombre llevaba la cabeza descubierta, pese a su abrigo y, más atrás, muy poco clara, se distinguía la fachada de un hotel, tres grandes letras colocadas verticalmente: RIA. Probablemente un letrero que debía estar sujeto al costado del edificio y encenderse por la noche. Algo como *Astoria*. Bueno, ¿y qué más?… Nada… Flavieres se distraía reconstruyendo la imagen de la película; ¡hacía tanto tiempo que no cedía a su manía de razonar! Le causaba placer el pensar que, según todas las apariencias, el hombre y la mujer habían salido del hotel para asistir al desfile. En cuanto a aquel parecido… Pues bien, si, aquella mujer se parecía un poco a Madeleine.

¿Y qué?… ¡Qué importaba! ¿Era razón para sentirse trastornado? Había en Marsella un hombre feliz junto a una mujer cuyos ojos… ¡A partir de ahora, abundarían las personas felices! Habría que acostumbrarse a esa idea aunque resultase dolorosa… Flavieres se detuvo en el bar del hotel. Desde luego, había prometido al galeno… pero tenía necesidad de uno o dos vasos para ignorar a los viajeros del *Astoría*.

—¡*Whisky*!

Bebió tres. No tenía importancia, puesto que iba a cuidarse seriamente, y el

whisky era de todos modos más eficaz que el coñac. Eliminaba limpiamente los remordimientos, las sospechas, los rencores. Quedaba el sentimiento confuso de una injusticia enorme, pero ninguna clase de alcohol podría nunca con ello. Flavieres se acostó. Había sido un estúpido al retrasar su marcha.

Al día siguiente deslizó algunos billetes en el bolsillo de un revisor y se instaló en un compartimiento de primera: Aquel poder infinito del dinero llegaba demasiado tarde. No le impedía estar febril, cansado, macilento. Antes de la guerra, si hubiese sido rico… Si hubiese podido ofrecer a Madeleine… ¡Vaya, otra vez la vieja historia! Sin embargo, había conservado el encendedor. Tal vez a causa de aquel noticiario ridículo. Por otra parte, nada le impedía bajar el cristal y arrojarlo a la vía. Hay objetos que poseen un poder solapado, que segregan una especie de veneno invisible que emponzoña lentamente la vida. Por ejemplo, los diamantes. Entonces, ¿por qué no un encendedor? Pero nunca podría desprenderse de él. Era la prueba de que había estado apunto de ser feliz. Exigiría que, cuando muriera, la joya fuera enterrada a su lado. Irse bajo tierra con un encendedor, ¡he aquí otra idea loca! Al ritmo de las ruedas, del traqueteo regular del tren, soñaba… jugaba con, esta idea. ¿Por qué el misterio de las galerías le había atraído siempre, obsesionado, el ruido de una gota de agua: en el fondo de un subterráneo, el soplo insípido de la noche a través del laberinto de pasadizos, dé túneles; ese mundo petrificado, tortuoso, entreverado de filones, de lagos negros, de piedras preciosas dormidas en sus yacimientos? Cuando estaba en Saumur… Todo había empezado allí, quizá a causa de su infancia solitaria… Lo que leía y releía con escalofríos de placer era un viejo libro de mitología… En la sobrecubierta había un lema: *Labor omnia vincit ímprobus*, y, cuando se pasaban las hojas manchadas de puntitos rojizos, se descubrían extraños grabados: «Sísifo y su roca». «Las Danaidas»… y, saliendo de su cueva, Eurídice de la mano de Orfeo. Con sus velos, pese a su perfil griego, la joven se parecía a la muchachita de Kipling… Flavieres, con la cabeza oscilante sobre el encaje sucio del respaldo, miraba pasar por el cristal las formas ruidosas del: mundo de los vivos. Se encontraba bien; gozaba de sí mismo, de su cansancio, de su libertad nuevamente encontrada. En Niza tal vez se compraría una villa un poco apartada. Dormiría de día y por la noche, a la hora en que emprenden el vuelo los murciélagos, erraría por la costa sin pensar en nada… ¡Ah! ¡Sin pensar en nada! Se sumergía en el abismo del sueño como un peregrino que reconoce poco a poco su patria y pisa cada vez con más firmeza.

Cuando el expreso se detuvo en Marsella, Flavieres se apeó. Desde luego, ni que pensar en quedarse allí. Por, otra parte, quiso aclarar ese punto y consultó con un empleado.

—Su billete le da derecho a quedarse aquí ocho días.

Así pues, eran inútiles las argucias las trampas. Sería preciso marcharse pronto.

Esta sencilla parada no lo obligaba a nada. Sólo el tiempo de comprobar, nada más. Alzó un brazo parca detener un taxi.

—Al Astoria.

—¿El *Waldorf Astoria?*

—Desde luego —dijo Flavieres con ligerísimo mal humor.

En el vestíbulo del inmenso hotel, miró prudentemente a su alrededor. Sabía bien que se trataba de un juego. En aquel momento jugaba a darse miedo, le gustaba aquella turbación, aquel esperar no sabía qué.

—¿Quiere una habitación para varios días?

—Ejem,… si… Tal vez para una semana.

—Solo tenemos una muy grande en el primero, con un saloncito.

—Me da lo mismo.

Incluso eso le agradaba especialmente. Necesitaba del lujo para creer en la comedia que se ofrecía. En el ascensor, interrogó al empleado.

—¿Qué día estuvo el general De Gaulle aquí?

—El domingo hizo ocho días.

Flavieres calculó. Doce días. Era mucho tiempo.

—¿No se habrá fijado usted, por casualidad, en un hombre de mediana edad, muy elegante, que lleva una perla en su alfiler de corbata?

Acechaba la respuesta y sentía bajo las costillas, el lento dolor de la ansiedad, pese a saber que todo aquello no lo conduciría a ningún sitio.

—No, no se me ocurre —dijo el ascensorista—. ¡Pasan tantos clientes por aquí!

¡Pardiez! ¡Era la pura verdad! No había motivo para sentirse decepcionado. Flavieres cerró su puerta con llave. Una antigua costumbre. Siempre había tenido debilidad por los cerrojos, las cerraduras de seguridad, los candados; pero ahora se dejaba tiranizar por ella. Se afeitó y vistió con esmero: Aquello formaba parte del juego. Sus manos temblaban un poco y sus ojos, que observaban el espejo del cuarto de baño, brillaban como los de un actor. Descendió perezosamente la gran escalera, se dirigió hacia el bar, con una mano en el bolsillo de su americana cruzada, exactamente como si esperara encontrar a algún amigo de otro tiempo. Sus ojos inspeccionaban muy aprisa, a derecha, a izquierda, se detenían en cada mujer. Buscó un taburete.

—¡*Whisky*!

A ambos lados de una estrecha pista de baile, había personas, que charlaban instaladas en enormes butacas. Algunos hombres hablaban en pie, con el cigarrillo en los dedos. Había banderitas dentro de unos vasos, reflejos en cada botella, una música sincopada que tocaba lentamente, como un pulso febril, y la vida se parecía a un cuento. Flavieres bebía el *whisky a* rápidos sorbos glotones. La fiebre se apoderaba de él. Se sentía dispuesto. ¿Dispuesto a qué?

—¡Otro!

Dispuesto a soportar la presencia de todos sin estremecerse. A verlas por un buen rato y luego a irse. Sólo pedía eso.

Tal vez… en el comedor. Se dirigió hacia la inmensa pieza donde un camarero se apoderó de él, lo dirigió hacia una mesa.

—¿El señor está solo?

—Sí —dijo Flavieres distraídamente.

Algo deslumbrado por las luces, intimidado, llegaba torpemente hasta su silla, sin atreverse aún a examinar a los comensales. Escogió el menú, casi al azar, luego, con su aire aburrido, empezó lentamente a volver la cabeza. Muchos oficiales, pocas mujeres; nadie le prestaba atención. Solo en un rincón, no interesaba a nadie y comprendió de repente que perdía el tiempo, que su razonamiento era inadecuado y que la pareja entrevista en el cine nunca había vivido en aquel hotel. Por casualidad: la cámara los había captado a los dos detenidos al borde de la acera. Tal vez se habían apeado de un auto, o procedían de un hotel cercano. ¿Entonces?… ¿Es que se proponía registrar la ciudad? ¿Y para qué? ¿Para encontrar a una mujer que se parecía vagamente a…? ¡Para reanimar un amor convertido en cenizas! Se obligó a comer. Sí, estaba espantosamente solo; se había impuesto la travesía, el viaje a París, para zambullirse en la enorme oleada de tumulto, de alegría y de odio que barría Europa. ¿Su peregrinación? Un pretexto. Y esta noche no era más que un pecio abandonado en la costa por el reflujo; no le quedaba más que regresar a Dakar, a reemprender sus ocupaciones monótonas. También allí había clínicas, si tanto le importaba curarse…

—¿Café?… ¿Licor?

—Sí. Estomacal.

El tiempo transcurría. Fumaba, con la mirada turbia, la raíz de los cabellos humedecida por unas gotitas de sudor. A su alrededor la gente se levantaba; entrechocaban los cubiertos y los platos. Era inútil quedarse ocho días. Al siguiente sería preciso llegar a Niza, tomarse algún descanso antes de decir adiós a Francia. Se puso en pie doliéndole todos los huesos, fatigado por el viaje interminable. El comedor se había vaciado. Los espejos reflejaban hasta el infinito su silueta enjuta, que vacilaba entre las mesas. Ascendió lentamente por la escalera para otorgarse una última oportunidad, pero sólo se cruzó con dos norteamericanos que bajaban corriendo, saltando los peldaños de dos en dos. En su habitación tiró sus vestidos sobre un sillón y se acostó de lado. Se durmió con dificultad, e incluso en sueños tenía la impresión de buscar algo que huía delante de él. Por la mañana, cuando abrió los ojos, tenía en la boca un gusto como de sangre y se sintió agotado. Descorazonado, se levantó. He aquí dónde había llegado. ¡Por culpa de ella! Si hubiese olvidado a aquella mujer, si no se hubiera complacido en llevar luto por ella, si no se hubiera descuidado tanto… Ahora, tal vez estuviese ya condenado. ¡Ah!

¡Cómo la odiaba, de repente! ¡Cómo se reprochaba ser un individuo de sentimientos complicados, que cultivaba como un esteta las emociones sospechosas! Se frotó delicadamente los párpados, apoyó su mano en la frente en un ademán que había de hacérsele familiar… ¡Su enfermedad!… Terminó de vestirse, presuroso por consultar una guía de ferrocarriles. Marsella le parecía una ciudad temible, con su humareda, su estrépito, esa vida demasiado pujante que fermentaba en las calles. Él también tenía deseos de ser mimado por mujeres vestidas de blanco, maternales; aspiraba al silencio; estaba edificando una nueva novela para mantener a raya la idea terrorífica que, pese a todo, de vez en cuando estallaba en su interior como una vena llena de sangre negra: «¡Estoy acabado!».

Salió y recorrió el largo pasillo alfombrado. Le seguía doliendo la cabeza. Descendió peldaño tras peldaño, respiró un poco más hondo, luego se dirigió hacia recepción. En un saloncito que se abría frente a la caja, diversos huéspedes tomaban el desayuno; personas robustas cuyas mandíbulas se movían rítmicamente, de una manera repugnante. Flavieres veía a un hombre grueso. ¿Soñaba?… Un hombre cuya corbata… ¡Dios mío!… ¿Se trataría de él?… Un hombre elegante, de unos cincuenta años, que partía en dos un panecillo mientras hablaba con una mujer joven. Esta daba la espalda a Flavieres. Tenía cabellos oscuros, muy largos, casi ocultos por el abrigo de pieles que llevaba echado por encima de los hombros. Para descubrir su rostro, hubiera sido preciso entrar en el salón… Más tarde entraría, sí… luego. De momento, estaba demasiado trastornado. Emociones tan estúpidas no le hacían ningún bien. Maquinalmente, sacó un cigarrillo de su pitillera e inmediatamente volvió a guardarlo. Nada de imprudencias. Para empezar, aquel hombre y aquella mujer no le interesaban en absolutos Se acodó en el mostrador e interrogó al empleado, en voz baja.

—Aquel hombre de allí…, ese un poco calvo… ¿Lo ve?… El que habla con la mujer del abrigo de pieles. Recuérdeme como se llama.

—Almaryan.

—¡Almaryan!… ¿A qué se dedica?

El empleado guiñó un ojo.

—De todo un poco… En este momento hay mucho dinero que ganar… ¡Y él lo gana!

—¿Ella es su esposa?

—Seguramente no… Nunca las conserva mucho tiempo ¿sabe?

—¿Podría dejarme una guía ferroviaria?

—Desde luego, señor.

Flavieres fue a sentarse en el vestíbulo e hizo como que hojeaba la guía. Luego levantó la mirada. Desde su butaca distinguía mejor a la joven y la certidumbre llameó en su interior inmediatamente, como un sol sombrío. ¡Madeleine! Era ella.

¿Cómo había podido dudarlo?… Había cambiado, envejecido; su rostro era más lleno… Era otra Madeleine, pero se trataba de la misma Madeleine. ¡La misma!

Se acurrucó lentamente en el sillón y apoyó la cabeza en el respaldo. Ya no tenía fuerza para llevarse la mano al bolsillo y secarse el sudor que le empapaba el rostro. Si hubiese tratado de ejecutar un ademán, de formular un pensamiento, tal vez hubiera perdido el sentido No se movía, pero la imagen de Madeleine estaba allí, en su memoria, en su espíritu; ardía bajo sus párpados cerrados, lo atravesaba de parte a parte con un trazo inflamado. «Si es ella, moriré», pensó. La guía resbaló de sus dedos y cayó sobre la alfombra.

Lentamente, con desconfianza, Flavieres se recuperó. No iría a perder la cabeza porque había visto a una mujer idéntica a Madeleine. Abrió los ojos. No. No se trataba de una persona idéntica. ¿Quién puede decir de dónde proviene la seguridad que uno experimenta de reconocer a alguien? Ahora sabía que Madeleine estaba allí, junto al gordo Almaryan, exactamente como sabía que no estaba soñando, que él era Flavieres y que sufría horriblemente. Sufría porque, con no menor seguridad, sabía que Madeleine había muerto…

Almaryan se levantó y ofreció su mano a la mujer. Flavieres recogió la guía, permaneció inclinado mientras la pareja penetraba en el vestíbulo y pasaba junto a él. Distinguió la parte baja del abrigo de pieles, los finos zapatos… Cuando se incorporó, los vio a través de la reja del ascensor, que dibujaba sobre el rostro de Madeleine un suave enrejado de sombras, y experimentó de nuevo el áspero mordisco de su antiguo amor. Dio algunos pasos indecisos, tiró la guía sobre el mostrador, preguntándose si ella lo habría visto, reconocido.

—¿El señor conserva su habitación? —dijo el recepcionista.

—¡Desde luego! —gruñó Flavieres.

Esas palabras sellaban su destino. Él no lo ignoraba. Durante toda la mañana deambuló sin rumbo por el viejo puerto, tomando el sol. La guerra y los negocios mezclaban aquí sus actividades. Las antiguas piedras temblaban bajo el paso de los convoyes como la piel de un volcán. Flavieres, friolero, se ofrecía al ruido, a la irradiación de la gente. Nunca habría bastantes personas para protegerle del miedo. Porque, al fin y al cabo, había visto el cadáver… y Gevigne también, y la vieja que había vestido por última vez a Madeleine… y los policías encargados de aquella estúpida investigación. Diez personas habían identificado el cadáver… Por lo tanto, no era Madeleine la que acompañaba a Almaryan. Se bebió un «pastis» en un bar de la Cannebiere. Sólo uno. Pero ya un ligero entorpecimiento se apoderaba de él. Prendió un cigarrillo con el encendedor, este encendedor que no mentía, que estaba allí, en su mano, pulido por el contacto de sus dedos, que tantas veces lo habían acariciado en una plegaria muda, como las cuentas de un rosario. Madeleine había muerto allí, al pie del campanario… Y, antes que ella, Pauline Lagerlac… y sin

embargo… Volvió a dedicarse al *whisky,* porque la idea que acababa de ocurrírsele era tan extraña que debía concentrar todas sus tuerzas para examinarla bajo todos los aspectos. No tenía ninguna dificultad en recordar su conversación en el Louvre. «Ya he pasado por aquí del brazo de un hombre… Se parecía a usted, pero llevaba patillas…», había dicho Madeleine.

¡Qué claro se hacía todo de repente! En aquel momento no había podido comprender; estaba demasiado lleno de vida, demasiado ofuscado por los prejuicios; aún no se había iniciado en el dolor, en la enfermedad… Ahora estaba dispuesto a aceptar la increíble y consoladora verdad. De la misma forma que Pauline había usado el cuerpo de Madeleine, igualmente Madeleine había… ¡Incluso él mismo, en una época que había olvidado, había tal vez contemplado aquel mar violeta, aquellas telas oscuras…! ¡Tal vez la muerte lo había alcanzado…! ¿Cuántas veces?… Dios mío, si se pudiese estar seguro, verdaderamente seguro. Madeleine, ella, lo sabía… Entonces, ¿por qué tenía él miedo? ¿Qué temía? ¿Despertarse? ¿Dejar de creer en el milagro? ¿Quedar horriblemente desengañado? No. Sólo tenía miedo de volverla a ver, pues no podía dejar de hablarle. Pero ¿sería capaz de soportar la mirada de sus ojos? ¿Oír sin estremecerse el sonido de su voz?

Se levantó vacilante, regresó al *Wa/dorf* y se cambió para la cena Se vistió de negro, considerando que seguía llevando luto. Apenas traspuso la puerta del bar, la distinguió en el comedor. Parecía soñar, con la barbilla apoyada en las manos cruzadas, en tanto que Almaryan hablaba en voz baja al *maitre,* tratando probablemente de obtener manjares prohibidos. Flavieres se sentó, levantó un dedo, y el camarero, que ya le conocía, colocó frente a él un vaso lleno de alcohol. En la diminuta pista las parejas bailaban. Por la puerta del comedor, abierta de par en par, se distinguía a los que cenaban, los carritos lentamente empujados por la servidumbre vestida de blanco. Ella parecía triste, y era esa tristeza lo que fascinaba a Flavieres. Ya en otro tiempo… ¡Y, sin embargo, Gevigne la había mimado! Era curioso pensar que un desconocido la había heredado y que ahora ella era pobre y estaba obligada a vivir junto a aquel Almaryan que parecía un califa lleno de astucia. Llevaba unos pendientes de mal gusto. Sus uñas estaban pintadas. ¡La otra Madeleine era mucho más refinada! Flavieres tenía la impresión de asistir a la proyección de una película mal doblada, con una actriz insignificante perdida en un papel estelar. Ella comía apenas, mojaba de vez en cuando sus labios en el vaso. Pareció aliviada cuando Almaryan se levantó. Se acercaron al bar, buscaron una mesa libre. Flavieres dió medía vuelta en su taburete, pero a sus espaldas oyó la voz de Almaryan, que encargaba dos cafés. ¿Era el momento? Nunca tendría el valor suficiente… Alargó un billete al camarero y se deslizó hasta el suelo. Aún le era preciso volverse y andar tres pasos. Entonces, cuatro años de angustia cesarían de gravitar sobre él; pasado y presente se reconciliarían; Madeleine estaría allí, como si la hubiera dejado el día

antes, después de un paseo por Versalles.

Bruscamente, dio los tres pasos, se inclinó ceremoniosamente hacia la joven y la invitó a bailar. Durante algunos segundos, vio a Almaryan muy de cerca, sus mejillas un poco amarillentas, sus ojos húmedos de un negro aterciopelado; y el rostro de Madeleine, su mirada que sólo revelaba aburrimiento. Ella aceptó con aire indiferente. ¿Era posible que no lo hubiese reconocido aún? Se balanceaban el uno junto al otro y Flavieres sentía un nudo en la garganta. Le parecía que estaba violando algún Mandamiento, desafiando alguna grave prohibición.

—Me llamó Flavieres —murmuró—. ¿No le recuerda nada este nombre?

Cortésmente, ella fingió que meditaba.

—No, discúlpeme… Verdaderamente, no.

—Y usted, ¿cómo se llama?

—Renée Sourange.

Estuvo a punto de protestar, pero comprendió de repente que ella habría cambiado forzosamente de estado civil, y su confusión aumentó. La estudiaba de reojo. La frente, el azul de los ojos, la línea de la nariz, los pómulos, cada detalle de la figura amada y cien veces contemplada en el secreto de la memoria, era tal como lo había visto en otro tiempo. Si hubiese cerrado los ojos, se hubiera creído en aquella sala del Louvre, donde, por la primera vez; la única vez, había tenido a Madeleine entre los brazos. Pero el peinado de la nueva Madeleine no era elegante, y su boca era mustia, pese al carmín y al maquillaje. Y era casi mejor así. Ahora ya no lo asustaba. Se atrevía a acercársele, a sentirla vivir con la misma vida que él. Había temido vagamente abrazar una sombra. Encontraba una mujer y se recriminaba por desearla ya, como si hubiese profanado algo muy profundo y muy puro.

—¿Vivía usted en París antes de la ocupación, verdad?

—No. Estaba en Londres.

—¡Vamos! ¿No se dedicaba usted a la pintura?

—No, en absoluto… Pinto un poco en los momentos de ocio, pero de ahí no pasa.

—¿No ha ido nunca a Roma?

—No.

—¿Por qué trata de engañarme?

Ella lo miró con sus ojos claros, un poco vacíos, inolvidables.

—Le aseguro que no le engaño.

—Esta mañana me ha visto usted en el vestíbulo.

Me ha reconocido. Y ahora finge que…

Ella trató de apartarse y Flavieres la estrechó contra si, bendiciendo a la orquesta, que tocaba música ininterrumpidamente.

—Perdóneme —prosiguió.

Después de todo, durante años, Madeleine había ignorado que era Pauline. No

tenía nada de sorprendente que Renée no supiese aún que era Madeleine. «Estoy completamente borracho», pensó Flavieres.

—¿Es celoso? —preguntó señalando a Almaryan con la barbilla.

—Oh, no —dijo ella tristemente.

—Mercado negro, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Y usted?

—No, yo no. Soy abogado… ¿Está muy ocupado su amigo?

—Sí. Sale mucho.

—Entonces, ¿es posible verla a usted durante el día?

Ella no contestó. Flavieres dejó resbalar un poco la mano, hasta la cintura de Madeleine.

—Si me necesita usted —le murmuró—, estoy en la habitación 17… ¿No lo olvidará?

—No… Ahora es preciso que vaya junto a él.

Almaryan fumaba un habano. Leía el Dauphiné Liberé.

—Me parece que se lo pasa muy bien sin usted —dijo Flavieres—. ¡Hasta mañana!

Se inclinó y atravesó el vestíbulo, sin recordar que no había cenado. En el ascensor interrogó al muchacho.

—Almaryan… ¿qué habitación?

—La 11, señor.

—La dama que va con él, ¿cómo se llama?

—Renée Sourange.

—¿Es su verdadero nombre?

—¡Caramba! Es el que consta en su carnet de identidad.

Él, que nunca hacía un regalo, se mostró espléndido.

Habría dado cualquier cosa por saber… ¡Para saber! Antes de acostarse se bebió varios vasos de agua sin conseguir desvanecer la bruma en la que se hundía. Tuvo que confesarse que de nuevo tenía miedo. Pese a que estaba ebrio, dábase cuenta de que ella hubiese debido reconocerlo. O bien padecía amnesia. O representaba una comedia. ¡O no se trataba de Madeleine!

Al día siguiente en cuanto despertó, se planteó rabiosamente el problema, y llegó a la conclusión de que ya era hora de que viera al médico de Niza. Se ruborizaba ante sus elucubraciones de la noche anterior. Por otra parte, no le quedaba nada que hacer en Marsella. ¡Su salud antes que todo! ¡Y al diablo aquella mujer que se parecía a Madeleine!

Sin embargo, acechó hasta que vio salir a Almaryan, e inmediatamente buscó la puerta número 11. Llamó con rápidos golpecitos, como alguien de confianza.

—¿Quién hay?

—Flavieres.

Ella abrió. Tenía los ojos enrojecidos, los párpados hinchados y no iba vestida.

—Y bien, Renée, ¿qué significa esto?

Ella comenzó a llorar. Flavieres cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Vamos, pequeña, explíqueme…

—Es él —tartamudeó la mujer—. Quiere dejarme.

Flavieres la examinaba sin indulgencia. Era Madeleine, desde luego, una Madeleine que le había traicionado con Almaryan, y tal vez con otros. Él apretaba los puños en lo más hondo de sus bolsillos y su sonrisa era crispada.

—¡Vaya drama! —dijo en tono ligero—. ¡Déjele que se vaya! ¿Por ventura no estoy yo aquí?

El llanto de Renée aumentó.

—¡No! —exclamó—. ¡No!… ¡Usted no!

—¿Se puede saber por qué? —preguntó él, inclinándose para verle el rostro.

CAPÍTULO III

Señor Director:

Tengo el gusto de informarle de que la cantidad indicada ha sido transferida a si, cuenta de Marsella. Esta transferencia no afecta gran cosa a la tesorería; sin embargo, creo mi deber advertirle acerca de la irregularidad de esta operación, que no podrá efectuarse de nuevo sin inconvenientes para la casa. Espero que su salud haya dejado de preocuparse y que muy pronto tendremos la satisfacción de enteramos de su pronto regreso. Por aquí todo va bien. El ritmo de los negocios es bastante satisfactorio.

Reiterándole mi devoción incondicional, aprovecho esta oportunidad para saludarle muy atentamente.

J. TRABOUL.

Flavieres rompió rabiosamente la carta. Una nadería le sacaba de sus casillas. ¡Sobre todo ahora!

—¿Malas noticias? —preguntó Renée.

—No. Es ese imbécil de Traboul.

—¿Quién?

—Mi subdirector… Si le hiciera caso, el fin del mundo siempre estaría a la vuelta de la esquina. ¡Y Ballard me recomendaba reposo! ¡Reposo! Ven, —dijo con brusquedad—. ¡Vámonos a tomar el fresco!

Añoraba la enorme habitación del Waldorf. Las del Hotel de France eran pequeñas, sombrías y, además, terriblemente caras. Pero aquí no había miedo de encontrarse con Almaryan. Sacó su pitillera y rascó una cerilla. Ya no se atrevía a utilizar su encendedor desde que. Ella se empolvaba ante el armario, se arreglaba el cabello.

—No me gusta este peinado —gruñó él—. ¿No podrías cambiar un poco?

—¿Cómo?

—Yo qué sé. Hacerte un moño sobre la nuca.

Había hablado sin reflexionar y en seguida se recriminó por esta observación. ¿De qué servía reanudar la disputa que duraba desde hacía días con sus violencias agotadoras y en calmas engañosas? Se comportaban como fieras que se encuentran metidas en la misma jaula y que se enseñan los colmillos gruñendo, o bien se tumban y sueñan en los espacios abiertos.

—Te espero abajo.

Se encaminó directamente hacia el bar y miró coléricamente al camarero que sonreía. Todos se parecían detrás de la barra, almibarados, cómplices, cuchicheando sus ofrecimientos como si quisieran burlar algún testigo sospechoso. Flavieres bebió. ¡Podía beber, puesto que estaba seguro! ¡Pese a las negativas de ella, estaba seguro! Con una certidumbre total, profunda, procedente de la carne y, de la sangre, como si ella hubiese sido su hija y no su amante. Por otra parte, podía prescindir fácilmente de aquella clase de amor. E incluso estaba un poco escandalizado de que Madeleine pudiera prestarse al placer. Lo que amaba en ella, desde siempre era… no sabía explicarlo. Era su irrealidad. Y ahora parecía esforzarse, por el contrario, en ser semejante a las otras mujeres; con todas sus fuerzas quería ser Renée, se aferraba a ese personaje sin gracia y sin misterio. Y sin embargo… ¡Si ella hubiese consentido en entregarle su secreto! ¡Cuán maravillosamente liberado de su soledad se hubiese sentido! ¡Pues el muerto era él, y ella la que vivía!

Renée bajaba por la escalera. La vio acercarse con una leve mueca en la comisura de los labios. Aquel vestido era de un colorido feo, pretencioso, mal cortado Los tacones de los zapatos no eran bastante altos… Todo el rostro pedía a gritos un remozamiento. Un golpecito para hundir las mejillas y restituir a los pómulos su relieve conmovedor; un trazo vivo con el pincel para estirar las cejas, darles un poco de su extravío de otros tiempos. Únicamente los ojos eran perfectos; sólo ellos traicionaban a Madeleine. Flavieres pagó y salió a su encuentro. Hubiese querido abrirle los brazos, para abrazarla o para ahogarla.

—Me he dado prisa —dijo ella.

Él estuvo a punto de encogerse de hombros. Ella no sabía escoger las palabras que esperaba. Incluso aquella manera que tenía de deslizar la mano bajo su brazo le desagradaba. Era demasiado sumisa, demasiado tímida. Le tenía un poco de miedo. No había nada más molesto. Anduvieron en silencio. «Si hace un mes me hubiesen augurado esto, la dicha me hubiera matado», pensaba. Sin embargo, nunca se había sentido más desgraciado.

Ante los escaparates, ella frenaba el paso, se hacía más pesada sobre el brazo de Flavieres, y él se impacientaba, juzgaba vulgar aquella frivolidad.

—Durante la guerra te habrán faltado muchas cosas.

—Todo —murmuró ella.

Ese acento de pobreza le conmovió.

—¿Es Almaryan quién te ha equipado?

Sabía anticipadamente que la palabra la ofendería.

Sin embargo, no había podido contenerla. Ella crispó ligeramente los dedos sobre su brazo.

—Estoy muy contenta de haberle conocido.

Ahora era él quien se sentía ofendido. Era el juego. Pero aún no estaba resignado.

—¡Escucha! —empezó furiosamente…

¿De qué servía proseguir? La arrastró hacia el centro de la acera-No andes tan aprisa —le pidió ella—. Estamos paseando…

Él no contestó. Ahora era él quien examinaba las tiendas. Acabó por descubrir lo que buscaba.

—¡Ven!… Ya harás las preguntas luego.

Un empleado se inclinó, con las manos juntas.

—¿La sección de vestidos? —preguntó Flavieres con tono seco.

—Primer piso. El ascensor está al fondo.

Esta vez estaba resuelto. Y sería preciso que Traboul pagase. Un áspero placer le quemaba. ¡Ella confesaría!… ¡No tendría más remedio que confesar! El ascensorista cerró la reja y la cabina empezó a ascender.

—Querido —cuchicheó Renée.

—Cállate.

Se adelantó hacia la vendedora.

—Enséñanos vestidos. Los más elegantes que tengas.

—Bien, señor.

Flavieres se sentó. Estaba un poco sofocado, como después de un ejercicio violento. La vendedora extendía sobre una larga mesa modelos de todas las formas y acechaba el rostro de Renée, pero él intervino en seguida. Alargó un dedo.

—Este.

—¿El negro? —se sorprendió la empleada.

—Sí, el negro —dijo él. Y, volviéndose hacía Renée—: Pruébatelo… Por favor.

Ella vaciló, se ruborizó a causa de la joven que los observaba. Luego, entró en el vestidor con la vendedora. Flavieres se puso en pie, empezó a pasear de uno a otro lado. Volvía a encontrar sus esperas de otro tiempo; la misma ansiedad sobresaltada, la misma sofocación; volvía a encontrar la vida. En el fondo de su bolsillo apretaba fuertemente el encendedor. Luego, como el tiempo no pasaba lo bastante aprisa, como que sus manos se ponían nerviosas, húmedas, buscó entre una hilera de trajes colgados, uno sastre. Lo quería gris. Pero ninguna de los grises que veía era el adecuado. Ningún gris, sin duda, reproduciría el tono exacto del que guardaba en la memoria. Pero ¿no habría idealizado su memoria los menores detalles? ¿Estaba seguro de acordarse bien?… La puerta del vestidor chirrió; se volvió vivamente y recibió la misma impresión que en el Waldorf, el mismo impacto en plena carne. Era Madeleine resucitada, Madeleine, que se quedaba inmóvil, como si lo hubiera reconocido; Madeleine, que ahora, se adelantaba, algo pálida, con la misma especie de interrogación triste en los ojos. Él le alargó su mano escuálida y, seguidamente, la dejó caer. No. La imagen de Madeleine aún no era perfecta. ¿Cómo pasar por alto los

pendientes cuyo, brillo arruinaba irremediablemente la línea del perfil?

—¡Quítate eso! —ordenó en vez baja.

Y, como ella no lo entendía, él mismo retiro, con sus dedos que apretaban demasiado, las joyas arrogantes. Retrocedió un pase, sintió desesperado la impotencia del pintor para plasmar totalmente una visión.

—¡Bien! —dijo a la vendedera—. La señora se lleva el vestido puesto… Ese traje sastre es de la misma talla, ¿verdad? Envuélvanoslo. E indíquenos el departamento de zapatería. Renée se dejaba llevar. Tal vez comprendía por qué Flavieres estudiaba tan detenidamente cada par de zapatos, parecía discutir consigo mismo, criticando silenciosamente la forma de un tacón o el diseño de una tira. Escogió unos zapatos finos y brillantes.

—Veamos… ¡Anda!

Inmediatamente, ella se balanceó sobre les altos tacones, pareció más esbelta. Ceñidas por el traje negro, sus caderas se movían suavemente.

—¡Basta! —gritó Flavieres.

Y como la vendedora, sorprendida, levantara la cabeza:

—Está bien —dije muy aprisa—. Nos les llevamos… Ponga los otros en una caja.

Cogió a su: compañera por al mano, la llevó ante el espejo.

—Mírate —susurró—. Mírate, Madeleine.

—¡Te lo suplico! —murmuró ella.

—¡Vamos! Un esfuerzo más. Esta mujer de negro… ¡Tú misma puedes ver que ya no es Renée! ¡Acuérdate!

Ella sufría visiblemente. El pánico tensaba su rostro, entreabría su boca, y la otra cara vivía a su vez, por intermitencias, como un reflejo inalcanzable. Arrastró a Madeleine hacia el ascensor. En cuanto al peinado… ya vería más tarde. Lo que más prisa corría era el perfume, ese fantasma del pasado… Ahora había que llegar hasta el final, y no importaba lo que pudiese ocurrir… Pero; el perfume ya no existía. Fue inútil la obstinación de Flavieres.

—No… no se me ocurre —decía la dependienta.

—Sí… ¿Cómo le explicaría? Un perfume que huele e tierra removida, a flor mustia.

—Tal vez el Número tres de Chanel.

—Tal vez.

—Ya no se fabrica, señor. En una perfumería poco importante tal vez podría usted encontrarlo. Pero aquí, no.

Renée le tiraba de la manga. Él se resistía, palpando pensativamente los frascos de forma rebuscado. Sin ese perfume, la evocación no sería completa. Sin embargo acabó por ceder, pero antes de irse compró a su compañera un sombrero, un pequeño casquete sutilmente drapeado. Y mientras pagaba, contemplaba por el rabillo del eje

la silueta insólita y familiar que estaba a su lado, y un poco de indulgencia se deslizaba en su corazón Fue él quien cogió a Madeleine por el brazo.

—¿A qué vienen todas estas locuras? —preguntó ella.

—¿Por qué?… Quiero que te vuelvas a encentrar. Quiero saber la verdad.

Ella permanecía retraída. La sentía hostil, extraña, pero la retenía firmemente sujeta a él. No se le escaparía más. Acabaría por ceder.

—Deseo que seas la más hermosa —prosiguió—. Almaryan está olvidado. Nunca ha existido.

Anduvieron durante algunos minutos muy juntos, y el no pudo resistir más.

—No puedes ser Renée. Como ves, no me enfado… Hablo con calma.

Ella suspiró, e inmediatamente el estuvo a punto de estallar.

—Sí, ya lo se. Tú eres Renée; has vivido en Londres con tu tío Carlos, el hermane de tu padre. Has nacido, en Dambrement, en los Vosgos, un pueblecito sin importancia, junto a un río… Ya me has contado todo eso. Pero no es posible. Te equivocas.

—No empecemos otra vez —suplicó ella.

—Pero si no lo hago. Únicamente pretendo que hay en alguna parte de tus recuerdos algo que no funciona bien. En un momento dado has debido de estar enferma, gravemente enferma.

—Te aseguro…

—Hay enfermedades que dejan lesiones extrañas.

—En tal caso, lo recordaría… A los diez años pasé la escarlatina. Eso es todo.

—No, no lo es.

—¡Acabas por abrumarme!

Él trataba de tener paciencia, como si Madeleine fuese una inválida, un ser frágil al que no se podía agitar, pero tanta obstinación le sulfuraba.

—No me has explicado casi nada de tu infancia. Sin embargo, me gustaría conocerla.

Y como en aquel momento pasaban ante el Museo Groo et-Labadía, agregó:

—¡Entremos aquí! Es un buen sitio para charlar.

Pero en cuanto hubieron transpuesto la entrada, comprendió que su tortura iba a renacer, más cruel que nunca. El ruido de sus pasos, el silencio de los objetos que los rodeaban, las pinturas, los retratos, todo le recordaba el Lo ubre con punzante intensidad. Y como la joven bajaba la voz para no alterar el mundo recogimiento de las salas vacías, adoptó de repente el mismo acento de Madeleine, ese tono de contralto velado que daba tanto valor a sus confidencias. Flavieres escuchaba menos las palabras que su extraña música. Ella le explicaba su juventud. Y, por una casualidad inevitable, esta juventud era muy parecida a la de Madeleine. Hija única… huérfana… Sus estudios en una escuela secundaria hasta terminar el bachillerato…

Luego Inglaterra, sus trabajos como traductora… Era la misma silueta turbadora que él aún deseaba coger entre sus brazos. Flavieres se detuvo ante una tela que representaba el Viejo Puerto y preguntó con voz alterada:

—¿Te gusta esta clase de pintura?

—No… No lo sé… Soy muy ignorante, ¿sabes?

Flavieres, suspiró, se la llevó más lejos, hacia unas miniaturas navales, carabelas, galeras, un «tres puentes» con todos sus cañones y la telaraña de su arboladura minúscula.

—Sigue hablando.

—¿Qué quieres que te diga?

—¡Todo! Lo que hacías. Lo que pensabas.

—¡Oh! Era una niña como las otras… tal vez un poco menos alegre. Me gustaba mucho la lectura, las leyendas.

—¡Tú también!

—¡Como todos los niños! Me paseaba por las colinas, alrededor de la casa. Me explicaron historias. Veía la vida como un cuento de hadas… ¡Estaba equivocada!

Entraron en la sala consagrada a antigüedades romanas. Estatuas, bustos con los ojos vacíos y los cabellos ensortijados soñaban a lo largo de las paredes sobre pedestales. El malestar de Flavieres aumentó. Aquéllos rostros de cónsules, de pretores, parecían multiplicar la cara de Gevigne y, a su pesar, recordaba ciertas palabras de su amigo. «Quisiera que vigilaras a mi mujer… Me inquieta…». Los dos estaban muertos, pero sus voces no. Como tampoco su apariencia… Y Madeleine, como en otro tiempo, andaba a su lado.

—¿Nunca has vivido en París? —le preguntó.

—No. Atravesé París cuando me iba hacia Inglaterra. Eso es todo.

—¿Cuándo murió tu tío?

—El año pasado, en mayo… Luego perdí mi empleo. Por eso he regresado.

«A fe que la estoy interrogando como si hubiera cometido una fechoría», pensó Flavieres.

Ya no sabía muy bien adónde quería llegar. Estaba amargado y decepcionado. Escuchaba distraídamente a Madeleine. ¿Acaso ella mentía? ¿Pero por qué tendría que hacerlo? ¿Y cómo podía inventar todos los detalles con que ahora, lo abrumaba? El más escéptico hubiese jurado que era sin duda Renée Sourange.

—No me estás escuchando —dijo ella—. ¿Qué tienes?

—Nada… Estoy algo cansado. Uno se aboga aquí dentro.

Atravesaron rápidamente varias salas. Flavieres estuvo contento de ver otra vez el sol, de oír el movimiento de la calle. Tenía ganas de estar solo, de ir a beber.

—Voy a, dejarte aquí —dijo—. Aun no he recogido mis raciones suplementarias… Debo pasar por Abastos. Paséate… Compra lo que quieras. Toma.

Sacó un fajo de billetes, lamentó inmediatamente aquel ademán humillante. ¿Por qué la había convertido en su amante? Lo había destrozado todo. Había creado una especie de monstruo que no era ni Madeleine ni Renée.

—¡No tardes mucho! —le pidió ella.

Y cuando ella estuvo a veinte, treinta metros, alejándose por la acera soleada, sintió tentaciones de correr para alcanzarla, de tal modo reconocía su andar, el movimiento de sus hombros, la viveza de sus pasos. Se acercaba a un cruce. ¡Dios mío! Iba a perderla y era él mismo quien había abierto las manos para dejarla huir. ¡No; imbécil, ella no huye…! ¡No hay peligro!… No es tan tonta. Te esperará sensatamente en el hotel.

Entró en un café. No podía más.

—¡Un «pastis»!

El fresco licor no lo calmó. Sin cesar, volvía al problema obsesionante. Renné era Madeleine, y sin embargo Madeleine no era completamente Renée. Y ningún doctor Ballard podría desenmarañar este enigma. O bien él, Flavieres, se equivocaba desde el principio; su memoria le hacía una jugarreta. Había conocido tan poco a la verdadera Madeleine, la de otro tiempo… Habían ocurrido tantos acontecimientos… ¡Vamos! ¿Es que Madeleine no había atormentado sus días y sus noches? ¿Es que su imagen no había estado perpetuamente erguida en su interior, como un icono? Hubiese reconocido a Madeleine con los ojos cerrados, sólo al sentirla cerca de él. No; era Madeleine quien resultaba distinta de las otras mujeres: era de otra especie. Y de la misma manera que había parecido algo desplazada en el papel de Pauline. Igualmente lo parecía en el de Renée, como si su espíritu hubiese vacilado al escoger entre tantas envolturas. Tal vez iba a convertirse en Renée, definitivamente… ¡Jamás! ¡Nunca aceptaría eso! Porque Renée era una mujer que envejecía. Porque no tenía ni la distinción ni el encanto de Madeleine… Porque rechazaba todas las pruebas que él aportaba infatigablemente. Encargó un segundo aperitivo. ¡Pruebas! ¿Podían considerarse pruebas unas afirmaciones imposibles de demostrar? Estaba moralmente seguro de que ella era Madeleine. Pero nada más. Para confundirla, para forzarla a reconocer que se ocultaba bajo la identidad de Renée, hubiese sido preciso un hecho material, indiscutible. Pero ¿cuál?

El alcohol empezaba a correr en sus venas, y, a fuerza de atención, intentaba cambiar este fuego sordo en luz. Entreveía una especie de prueba al alcance de la mano, fácil de corroborar. En diversas ocasiones había visto el carnet de identidad de Renée dentro de su bolso: *Sourange, Renée, Catherine. Nacida el 24 de octubre de 1916 en Dambremont, Vosgos*. ¿Entonces?

Pagó: Su idea era perfectamente razonable. Salió, subió a un tranvía que se dirigía hacia Teléfonos. Había en su interior un gran vacío, a causa de su descubrimiento. Ahora no quería pensar más. Observaba los rostros mediocres de las personas

apretujadas en la plataforma y, casi hubiera deseado ser uno de aquellos viajeros… Hubiese tenido menos miedo.

En Teléfonos hizo cola sin rechistar. Si las líneas volvían a funcionar, si las llamadas no eran demasiado numerosas, iba a saber enseguida…

—¿Podría telefonear a Dambremont?

—¿Qué departamento?

—Vosgos.

—¿Dambremont? —dijo el empleado—. Eso debe depender de Gerardmer. En este caso…

Llamó a un colega.

—Tú debes saber eso. Dámbremont, Vosgo… El señor quiere telefonear.

El otro levantó la cabeza.

—¿Dambremont?… Arrasado por los alemanes… ¿Para qué?

—Para pedir un certificado de nacimiento —dijo Flavieres.

—Ya no queda alcaldía, ni nada… Sólo ruinas.

—Entonces, ¿cómo hay que hacerla?

El hombre, se encogió de hombros y reemprendió su trabajo. Flavieres se apartó de la ventanilla. Ya no había archivos. Ni registros de Estado Civil. Ni nada, excepto una tarjeta de identidad fechada en octubre o noviembre del 44… ¿Y eso qué significaba? La prueba, la única prueba de que Renée vivía ya cuando Madeleine… Bajó tristemente las escaleras. Esta prueba faltaba. Nunca se podría demostrar que las dos habían vivido al mismo tiempo, que efectivamente eran dos. Así pues, si no lo fuesen…

Flavieres andaba sin rumbo. No hubiese debido beber. No debía haber ido a Teléfonos. ¡Antes estaba mucho más tranquilo! ¿Por qué no se contentaba con amar sencillamente a aquella mujer, sin envenenar su vida común con continuas preguntas? No importaba que aquella prueba indirecta no valiese nada. Una coincidencia no es una prueba. ¿Entonces? ¿Debía ir a Dambremont? ¿Hurgar en los escombros? Se estaba volviendo odioso. ¿Y si, cansada de sus sospechas, de sus reproches, de su vigilancia malevolente, ella lo abandonaba? Si… Si ella huía el día menos pensado…

Este pensamiento le hizo flaquear las piernas. Se detuvo un instante en una esquina, con la mano en un costado, como un enfermo que observa su corazón. Luego reemprendió lentamente la marcha, con la espalda inclinada, ¡Pobre Madeleine! ¡Cuánto le gustaba hacerla sufrir! Pero ¿por qué callaba ella? Y si hablaba, si decía: «Sí, estoy muerta… Regreso de allá abajo… Estos ojos tan claros y desesperados han visto y no pueden ya olvidar…», ¿no caería él fulminado?

«Esta vez si que estoy bien loco», pensó. Y, un poco más lejos, volvió a meditar: «La lógica extremada es tal vez lo que se llama locura». Ante el hotel vaciló, luego, divisando una floristería, compró unos claveles mimosa.

Aquello alegraría la habitación. Renée ya no se sentiría prisionera. Cogió el ascensor y el aroma de la mimosa dentro de la estrecha cabina se acentuó, se asoció con el antiguo olor… La obsesión reapareció solapadamente.

Cuando Flavieres empujó la puerta, desfallecía de asco y de desesperación. Renée estaba tendida en la cama, Flavieres tiró el ramo sobre la mesa.

—¿Y bien? —dijo.

¿Qué? Lloraba. ¡Ah, no! Avanzó unos pasos con los puños apretados.

—¿Qué tienes? ¡Contéstame! ¿Qué te sucede?

Le cogió la cabeza; la volvió hacia la luz.

—¡Mi pobre pequeña!

Nunca había visto llorar a Madeleine, pero jamás había olvidado sus mejillas chorreantes, su rostro descolorido allá, en la ribera del Sena. Cerró los ojos, se incorporó.

—Te lo ruego —murmuró—, cesa de llorar, en seguida… No puedes saber…

Y, llevado de un brusco movimiento de cólera, golpeó con el pie en el suelo.

—¡Basta! ¡Basta!

Ella se sentó, lo atrajo hacia sí. Permanecieron inmóviles. Los dos parecían aguardar algo. Finalmente, Flavieres pasó el brazo por encima del hombro de Renée.

—Perdóname… No soy dueño de mis nervios… Sin embargo, te amo.

El día declinaba lentamente. Abajo se oía el chirrido de un tranvía y su trole lanzaba a veces chispitas verdes que se reflejaban en los cristales. La mimosa olía a tierra mojada. Con su cuerpo apoyado en el de Renée. Flavieres se tranquilizaba. ¿Por qué buscar, buscar siempre? Se encontraba bien junto a aquella mujer. Hubiese preferido que fuese la antigua Madeleine, desde luego. Pero en la penumbra, con un esfuerzo insignificante, ¿es que no podía imaginar que ella estaba allí, con su traje negro, escapada por un momento de las sombras en que se había disuelto?

—Es hora de que bajemos —dijo ella en voz baja.

—No. No tengo apetito… Quedémonos.

Era un descanso maravilloso. Ella sería suya mientras durase la noche, mientras su rostro no fuese más que una mancha pálida sobre su hombro… ¡Madeleine! Se amodorraba en una quietud que no había saboreado nunca. No, ellas no eran dos… era inútil explicar… ya no tenía miedo.

—Ya no tengo miedo —murmuró.

Ella le acarició la frente. Flavieres sintió su aliento sobre la mejilla. El olor de las mimos a se esparcía, llenaba la habitación. Rechazó suavemente aquel cuerpo tendido cuya tibieza penetraba en el suyo, buscó la mano que había rozado su rostro.

—¡Ven!

La cama crujió a su lado. Él no había soltado la mano. La tocaba con precaución. Ahora reconocía la muñeca huesuda, el pulgar corto, la uñas bombeadas. ¿Cómo

había podido olvidar?… ¡Dios, cuánto sueño tenía! Descendía a su vez hacia las tinieblas en donde viven extrañamente los recuerdos. Había delante de él un volante sobre el que se posaba una mano menuda, vivaz, la misma que había desatado un paquete con una cinta azul, que había arrugado la tarjeta: A Eurídice resucitada… abrió los ojos a su lado estaba tendida una forma inmóvil. Durante un instante la escuchó respirar, luego, incorporándose sobre un codo, se inclinó sobre el rostro invisible, apoyó sus labios sobre los ojos cerrados que vivían, que se movían imperceptiblemente.

—Si quisieras decirme quién eres… —cuchicheó.

Las lágrimas mojaron los tibios párpados, y él las saboreó pensativamente. Luego buscó su pañuelo bajo la almohada, pero no lo encontró.

—Ahora vuelvo.

Sin ruido, se deslizó hacia el cuarto de baño. El bolso de Renée estaba allí, sobre el tocador, entre los frascos. Lo abrió, palpó, pero no encontró el pañuelo. En lugar de ello, sus dedos palparon algo que le intrigó… Unas cuentas alargadas, un collar. Sí, era un collar. Se acercó a la ventana, alzó el collar hacia la pálida luz de acuario que se filtraba a través de los cristales esmerilados. Un reflejo dorado corrió sobre los granos ambarinos. Sus manos se pusieron a temblar. No era posible el error. Era el collar de Pauline Lagerlac.

CAPÍTULO IV

—Bebes demasiado —dijo Renée.

Inmediatamente miró a la mesa vecina, temiendo haber hablado demasiado fuerte. Se daba cuenta de que Flavieres llamaba la atención desde hacía unos días. Por toda respuesta, él vació su vaso de un trago. Tenía las mejillas pálidas y los pómulos enrojecidos.

—Este Borgoña aguado no se me subirá a la cabeza —observó.

—De todos modos… ¡Haces mal!

—Sí, hago mal. Me paso la vida haciendo mal las cosas. Lo que me dices no me viene de nuevo.

Sin razón adoptaba un aire maligno. Ella consultó el menú, para no seguir mirando aquellos ojos duros y desesperados que la espiaban sin tregua. El camarero se detuvo junto a su mesa.

—¿Y para postre?

—Un pastelillo —dijo Renée.

—Lo mismo —añadió Flavieres—. Se inclinó hacia ella así que se hubo alejado el camarero—: Comes muy poco. En otro tiempo tenías más apetito.

Reía por lo bajo y sus labios temblaban un poco.

—Te zampabas fácilmente tres o cuatro *«brioches»* —prosiguió.

—Yo…

—Te digo que sí… Recuerda… Las Galerías Lafayette.

—¡Otra vez la misma historia!

—Sí. La historia de una época en que yo era feliz.

Flavieres hurgó en sus bolsillos, luego en el bolso de Renée en busca de cigarrillos y fósforos. No la perdía de vista.

—Tendrías que dejar de fumar —dijo ella débilmente.

—Ya lo sé. Tampoco tendría que fumar. Pero a mi me gusta estar enfermo. Y si reviento —encendió su cigarrillo, agitó el fósforo ante los ojos de Renée—. Tampoco tiene importancia. Tú me lo dijiste un día: «No es desagradable, morir».

Ella se encogió de hombros, impotente.

—Sí —prosiguió él—. Puedo incluso precisarte en que sitio. Era en Courbevoie, al borde del Sena. Como ves tengo buena memoria. ¡Oh, sí!

Con los codos sobre la mesa, reía y guiñaba un ojo a causa del humo. El camarero trajo los pastelillos.

—¡Vamos, come! —dijo Flavieres—. Los dos. Yo no tengo hambre.

—¡Nos están mirando! —suplicó Renée.

—¿Y qué? Tengo perfecto derecho a declarar que ya no tengo apetito. Es una propaganda excelente para el restaurante.

—No sé qué te ocurre esta noche.

—Nada, querida, nada. Estoy contento… ¿Por qué no coges la cucharilla? En otro tiempo los comías con cucharilla.

Ella apartó el plato, cogió el bolso y se puso en pie.

—Eres odioso.

Él se levantó a su vez. ¡Exacto! Los parroquianos volvían la cabeza hacia ellos; los seguían con la mirada; pero él no sentía ya ninguna vergüenza. La gente había cesado de existir. Se sentía muy por encima de los comentarios. ¿Quién hubiese aceptado vivir, solamente durante horas, lo que él estaba viviendo desde hacía días? Alcanzó a Renée junto al ascensor, y el empleado los examinó a hurtadillas. Ella se sonó, ocultó su rostro tras del bolso e hizo como que se empolvaba. Estaba muy hermosa en aquel estado, a punto de llorar, y era justo que también tuviera su parte de tormenta. Anduvieron en silencio por el largo corredor. Ella entró en la habitación, tiró el bolso sobre la cama.

—Esto no puede seguir… —manifestó—. Estas continuadas alusiones a no se qué… Esta vida que me atribuyes… No… prefiero que nos separamos… Acabaría por volverme loca.

No lloraba, pero una humedad temblorosa daba a sus ojos un brillo cristalino, algo extraviado, y Flavieres sonrió tristemente.

—¿Te acuerdas de la iglesia de Saint-Nicolás? Acababas de orar… Estabas pálida, como ahora.

Ella se sentó lentamente al borde del lecho, como si una mano invisible la hubiera empujado por la espalda. Su boca apenas se movió.

—¿La iglesia de Saint-Nicolás?

—Sí…, aquella iglesia perdida en el campo, cerca de Nantes… Estabas a punto de morir.

—¿Yo?… ¿Estaba a punto de morir?

Bruscamente, ella se dejó caer boca abajo, con el rostro oculto en su brazo doblado. Los sollozos sacudieron sus hombros. Flavieres se puso de rodillas junto a ella. Quiso acariciar su cabeza y ella se apartó vivamente.

—¡No me toques!

—¿Te doy miedo?

—Sí.

—¿Crees que estoy borracho?

—No.

—¿Qué estoy loco entonces?

—Sí.

Él se incorporó y la observó durante un momento, luego se pasó una mano por la frente.

—Después de todo, tal vez sea cierta… Sin embargo, hay ese collar… No; déjame hablar, ¿quieres? ¿Por qué no lo llevabas?

—Porque no me gusta. Ya te lo he dicho.

—O bien porque tenias miedo que yo lo reconociera. Es eso, ¿verdad?

Ella volvió ligeramente la cabeza y le observó por entre su cabellera despeinada.

—No.

—¿Lo juras?

—Desde luego.

Él reflexionó, mientras con el pie dibujaba una figura complicada sobre la alfombra.

—Así, pues, según tú fue Almaryan quien te lo dio. Ella se incorporó sobre un codo y replegó sus piernas bajo su cuerpo como para empequeñecerse. Él la estudiaba con angustia.

—Almaryan me dijo que lo había comprado en París, en casa de un anticuario, del Faubourg Saint-Honoré.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Pero eso también te lo he dicho. Siempre me haces repetir lo mismo.

—Pues bien, repítelo. ¿Cuánto tiempo hace?

—Seis meses.

Era posible, después de todo. Pero no, no era posible. ¡Una coincidencia así!

—¡Mientes! —exclamó.

—¿Por qué habría de mentir?

—¿Por qué?… ¡Vamos! Confiésalo… Tú eres Madeleine Gevigne.

—¡No!… No empieces otra vez a atormentarme. Te lo ruego. Si sigues enamorado de esa mujer, déjame. Lo prefiero. Me iré… Estoy harta de esta vida.

—Esa mujer… ha muerto.

Vaciló. Tenía tanta sed que le fue preciso toser para atenuar el ardor que le devoraba la garganta.

—O mejor dicho —corrigió—, ha permanecido muerta durante algún tiempo… Sólo que. ¿Puede alguien permanecer muerto durante algún tiempo?

—No… —gimió ella—. ¡Cállate!

Nuevamente, el temor recubría su rostro con una máscara pálida. Él retrocedió unos pasos.

—No temas nada… Ya ves, no quiero hacerte daño… Se me ocurren ideas extrañas, pero no es culpa mía… ¿Habías visto esto?

Hurgó en el bolsillo y echó sobre el cubrecama el encendedor de oro. Renée lanzó un grito y se echó hacia atrás hasta apoyarse en la pared.

—¿Qué es? —balbuceó.

—¡Cógelo!… ¡Míralo!… Es un encendedor… ¡Vamos, tócalo! ¡Enciéndelo!… ¿No te digo que es un encendedor?… No te explotará entre los dedos… ¿Entonces? ¿Es que te recuerda algo?

—No.

—¿Ni siquiera el museo del Louvre?

—No.

—Lo recogí junto a tu cuerpo… Claro que no puedes haber conservado el recuerdo de mi ademán…

Se le escapó una ligera carcajada, y Renée no pudo contener sus lágrimas.

—Vete —dijo ella—. ¡Vete!

—Quédatelo —insistió Flavieres—. Es tuyo.

El encendedor brillaba entre ellos, y su resplandor señalaba una especie de frontera. La que Flavieres veía al otro lado era Renée, a quien hacía sufrir por nada. ¡Por nada! La sangre le latía fuertemente en las sienes. Se dirigió con pasos abatidos hacia el lavabo y bebió un sorbo de agua, un agua insípida que sabía a desinfectante. Aún tenía infinidad de preguntas que hacer. Se agitaba en su interior como gusanos. Pero esperaría… Había puesto a Madeleine en fuga a causa de su impaciencia y su poca habilidad. Poco a poco la atraería nuevamente hasta el umbral de la vida. La recompondría con la sustancia de Renée. Tendría que llegar el momento en que ella se acordase. Dió vuelta a la llave en la cerradura.

—No me quedaré aquí —dijo Renée.

—¿Adónde irás?

—No lo sé. Pero no quiero quedarme.

—No me acercaré a ti, te lo prometo… No te hablaré más del pasado.

Escuchaba su respiración rápida. Sentía que ella vigilaba sus menores movimientos, a medida que se desvestía.

—Coge ese encendedor —le pidió.

Y tenía la misma voz que si acabara de ver a un reptil. Flavieres cogió la joya, la sopesó en la mano.

—¿De veras?… ¿No quieres guardarlo?

—No. Quiero que me dejes tranquila… Ya he sido bastante desdichada durante la guerra. Si ahora tengo que…

Se quitó una lágrima del borde de las pestañas, buscó el pañuelo. Flavieres le tiró el suyo. Ella hizo como que no lo veía.

—¿Por qué estás enfadada? Te aseguró que no he querido ser desagradable. Vamos, hagamos las paces.

Recogió su pañuelo, se sentó en la cama y le secó el rostro. Una brusca ternura hacía torpes sus ademanes. Las lágrimas seguían resbalando por las mejillas de Renée

como la sangre de una herida incurable.

—Vamos, no tienes ningún motivo —suplicaba Flavieres—. ¡Vaya pesar!

Apoyó la cabeza de Renée en su hombro y la meció dulcemente.

—Sí —confesó en voz baja—. Hay momentos en que no me reconozco… Estoy torturado por recuerdos. ¡Ah! Tú no puedes comprenderlo… Si ella hubiese muerto en su cama, apaciblemente… hubiese sufrido, desde luego, pero a la larga, tal vez hubiese olvidado… En tanto que… bien pudo decírtelo… Ella se mató… Se lanzó al vacío para escapar de algo… Hace cinco años que cada día me pregunto de qué.

Un sordo sollozo agitó de nuevo el pecho de la mujer que retenía cautiva contra sí.

—Bueno… —murmuró él—. Como ves, te lo he explicado todo. Tengo necesidad de ti, pequeña. No debes abandonarme, porque esta vez moriría… Sí, la sigo queriendo. A ti también te amo… y es el mismo amor. Un amor como ningún hombre lo ha conocido… Podría ser maravilloso si tú quisieses hacer un esfuerzo… Si quisieras acordarte de lo que ha ocurrido… después del campanario…

La cabeza se movió y él apretó el brazo con más fuerza.

—Déjame hablar. Voy a confiarte algo…, algo que hasta ahora no he llegado a comprender…

Buscó a tientas el interruptor y apagó la luz. El cuerpo pesaba sobre su hombro, pero no trató de cambiar de posición. Soldados el uno al otro, flotaban en la penumbra donde nadaban formas confusas. ¿Hacia qué luz confusa ascendían conjuntamente?

—Siempre he tenido miedo a morir —prosiguió Flavieres, y su voz no era más que un soplo—. La muerte de los demás me ha trastornado siempre porque anunciaba la mía… y la mía… no… soy incapaz de resignarme. He estado a punto de creer en el Dios de los cristianos… a causa de la promesa de la resurrección. Ese cadáver sepultado en el fondo de una cueva; la piedra arrastrada hasta la abertura; los legionarios armados montando guardia. Y luego, al tercer día… Cuando era niño, ¡cuánto pensaba en ese tercer día!… Iba a escondidas a la entrada de las canteras y lanzaba un grito, y mi grito corría durante mucho rato bajo la tierra, pero no despertaba a nadie… Era demasiado pronto… Ahora, creo que ha sido oído. ¡Me gustaría tanto creerlo! Si fuese cierto, si tú quisieras. Entonces no temería más. Olvidaría lo que me han dicho los médicos. Tú me enseñarías a…

Bajó la mirada hacia los ojos cuyas órbitas parecían vacías. Sólo la frente, las mejillas y la barbilla se distinguían con un débil resplandor. El corazón de Flavieres estaba lleno de amor. Miraba; esperaba, tal vez, una palabra. Un tranvía chirrió en la curva y las chispas iluminaron las paredes, el techo. Las pupilas de Renée brillaron con un rápido fuego verde y fue Flavieres quien estuvo a punto de apartarse.

—Cierra los ojos —murmuró—. No me mires más así.

Ya no sentía su brazo, entumecido. Aquella parte de su cuerpo estaba como muerta. Recordó el instante en que, lastrado por el peso de Madeleine, medio ahogada, había debido luchar por su propia vida. Esta noche también era arrastrado hacia abajo, pero no tenía ya deseos de luchar. Se sentía más bien tentado a ceder, a renunciar a ser el guía y el defensor. Después de todo, era ella quien conocía el secreto… El sueño empezaba a apoderarse de él. Trató de hablar aún, de prometer algo, pero no era más que una sombra frecuentada por sus visiones, un sueño confuso… Tuvo conciencia vagamente de que ella se movía, sin duda para desvestirse. Tuvo la intención de decirle: «Madeleine… Quédate conmigo», y movió los labios. Dormía sin descansar verdaderamente. No se tranquilizó hasta la mañana y no supo que ella lo miraba largamente a la luz del alba y que sus ojos estaban húmedos todavía.

Cuando despertó, se sentía agotado y le dolía la cabeza. Del cuarto de baño llegaba el ruido del agua corriente y se sintió completamente tranquilizado. Se levantó. ¡Diablo! Aquello no iba muy bien.

—En un minuto estoy lista —gritó Renée.

Sin pensar, sin gozar, Flavieres contemplaba el cielo azul por encima de los tejados. Sí; la vida proseguía, la misma vida estúpida. Se vistió lentamente. Como cada mañana, se sentía desanimado. Como cada mañana; estaba obsesionado por el deseo de beber. El primer trago le limpiaba el espíritu y volvía a encontrar sus angustias, intactas, insolubles, bien ordenadas en su cabeza como cuchillos relucientes. Renée apareció ataviada con la magnífica bata comprada el día anterior.

—Vía libre —le dijo.

—No hay prisa. Buenos días… ¿Has dormido bien? Yo me siento un poco descentrado. ¿No me has oído gritar durante la noche?

—No.

—A veces lo hago en sueños: Tengo pesadillas ¡Oh! Las tengo desde mi niñez. No es nada grave.

Bostezó, la miró. Tampoco ella parecía demasiado animada. Estaba adelgazando. Empezó a peinarse, y, una vez más, Flavieres cedió sin resistir a un impulso brutal.

—¡Dame!

Cogió el peine, acercó una silla.

—Siéntate ahí, ante el espejo. Voy a enseñarte… Estos cabellos sobre los hombros no me gustan ni pizca…

Trataba de bromear, pero la impaciencia temblaba en la punta de sus dedos.

—Ante todo —prosiguió—, quiero que te des tinte caoba… Tienes mechones claros, mechones oscuros. No hay manera de entenderse.

Los cabellos crujían alrededor del peine y ricos resplandores se deslizaban a lo largo de su superficie extendida. Eran cálidos bajo las manos de Flavieres y olían a

hierba tierna, a pradera quemada, y sus emanaciones húmedas ascendían como una embriaguez ligera, como los efluvios de un vino nuevo. Flavieres contenía la respiración. Renée, con los labios ligeramente entreabiertos, se abandonaba a la voluptuosa experiencia. El moño tomaba forma, reforzado, sujeto por demasiadas horquillas, pero Flavieres no tenía la pretensión de conseguir un peinado impecable. Deseaba únicamente reconstruir aquella noble y púdica masa de cabellos que daba al retrato de Madeleine la gracia serena de un Vinci. Las orejas, descubiertas, mostraban ahora su delicado dibujo. La frente recuperaba su curvatura, su modelado: Flavieres se inclinó para terminar su tarea. Alisó el nudo apretado de las trenzas, le confirió con el peine una suavidad, una untuosidad de la que corrigió inmediatamente la sensualidad. Era preciso modelar una cabeza de estatua, a la vez fina y fría. Colocó la última horquilla y se incorporó, buscando frente a él, en el espejo, el nuevo rostro. ¡Ah! ¡Aquel rostro! Lo veía finalmente tal como Gevigne se lo había descrito a menudo. Sobre la superficie del espejo, iluminado de través por un rayo de sol y brillante como una acuarela, sólo había un rostro pálido, misterioso, concentrado en sus pensamientos.

—¡Madeleine!

Acababa de pronunciar su nombre y ella no lo había oído. ¿Era un reflejo, lo que contemplaba en el espejo? ¿No sería más bien una visión interior, semejante a esas imágenes que uno acaba por distinguir en una bola de cristal? Sin ruido, dió la vuelta a la silla y supo que no se equivocaba. Los lentos movimientos del peine, el contacto ligero de los dedos sobre la piel, habían sumergido a la joven en una especie de sueño, de meditación grave. Luego debió notar que la miraba, pues suspiró e hizo un esfuerzo para volver la cabeza y sonreír.

—Un poco más, y me duermo… —murmuró—. Aún tengo sueño…

Lanzó una mirada distraída a su peinado.

—No está mal… —aprobó—. Sí, es mejor que antes. Pero tal vez no sea muy duradero.

Sacudió la cabeza y cayeron varias horquillas. La sacudió con más fuerza y el moño se deshizo, los cabellos se esparcieron en oleadas sobre los hombros. Estalló en risas. Flavieres también, tal era el miedo que había pasado.

—¡Mi pobre cariño! —dijo ella.

Él reía aún, con las manos en las sienes, y sentía que no podría quedarse por más tiempo en aquella habitación. Se ahogaba. Tenía necesidad de sol, de tranvías, de ruido, de multitud. Le era preciso olvidar inmediatamente lo que había visto. Era como un alquimista que ha tocado el oro. Se arregló rápidamente, abriendo todo lo posible los grifos, tropezando a cada momento con el estante de vidrio del lavabo.

—¿Empiezo a pasar? —propuso ella.

—No. Espérame. Bien puedes aguardarme, ¿no? Su voz había cambiado

repentinamente de tal modo que ella se asomó a la puerta del cuarto de baño.

—¿Qué te sucede?

—¿A mí? Nada… ¿Qué quieres que me pase?

Notó que se había peinado como antes y fue incapaz de decidir si estaba enfadado o contento. Anudó su corbata de cualquier modo, se puso la americana, agarró el brazo de Renée.

—¡Eh, que no voy a escaparme! —bromeó ella. Pero él ya no tenía ganas de reír. Salieron del hotel y se convirtieron en unos paseantes rápidamente atenazados por el aburrimiento. Flavieres se sentía cansado. La jaqueca le golpeaba el cráneo. Tuvo que sentarse en un jardín público.

—Discúlpame. Creo que será preciso regresar. Esto no va bien.

Ella apretó los labios y evitó mirarle; pero, dócilmente, le ayudó a volver al hotel y se puso a coger puntos a sus medias mientras él trataba de recuperar fuerzas. ¿Por cuánto tiempo consentiría en encerrarse con él en aquella habitación mediocre, llena de ruidos vulgares y aburrida como una sala de espera? No tenía derecho a retenerla. Y adivinaba que ella no estaba completamente tranquilizada. Al mediodía quiso levantarse, pero el vértigo lo tumbó sobre la cama.

—¿Quieres que te ponga compresas frescas en la frente? —le preguntó.

—No…, no. Ya pasará… Vete a comer.

—¿De veras?

—Sí. Te lo aseguro.

Sin embargo, cuando cerró la puerta, una horrible angustia crispó la cara de Flavieres. Era estúpido, puesto que todas las pertenencias de Renée estaban allí, ordenadas en el armario. Ella no iba a huir, a desaparecer… «¡Puede morir!», pensó; Y se llevó las manos a la frente para rechazar la idea loca. Transcurrió el tiempo. Flavieres lo oía zumbar en sus orejas como el polvo de un reloj de arena. El servicio del comedor era lento; le constaba. ¡De todos modos…! Ella hubiese podido apresurarse. Sin duda se aprovechaba de la ganga, devorando alegremente todas las cosas que le gustaban y de las que se abstenía en general para no desagradarle. ¡Cuánto odiaba aquel aspecto animal! Ya en el tabernucho de Courbevoie, cuando, ella había salido de la cocina vestida como una sirvienta… ¡Cuánto había sufrido!… Ya hacía una hora que se había ido… ¡Debía de estar hambrienta! ¡Pronto habría pasado una hora y cuarto!… La cólera y la angustia acrecentaban la jaqueca de Flavieres. Lágrimas de impotencia asomaban a sus ojos. Cuando ella regresó, la miró con asco.

—¡Una hora y veinticinco para comerse un desdichado bistec!

Ella rió, se sentó en la cama y le cogió la mano.

—Había caracoles —explicó—. Tienen un servicio que nunca se acaba…

—¿Y tú?

—¡Oh! Yo.

—¡Vamos! No hagas niñerías.

Se aferraba a aquella mano fresca y, lentamente, la calma renacía en su interior. Se amodorró sin aflojar su presión, como si hubiese tenido un juguete maravilloso. Hacia la tarde, pasadas las cuatro, se sintió mejor y deseó salir.

—No iremos lejos. Mañana visitaré a un médico.

Bajaron. Ya en la acera, Flavieres fingió haber olvidado algo.

—Espera aquí, ¿quieres? Es sólo una llamada telefónica.

Se metió en el hotel…, se dirigió al bar.

—Un *whisky* ¡Aprisa!

Temblaba de impaciencia contenida, como un viajero que teme perder el tren. Ella era muy capaz durante este tiempo de alejarse, de doblar la esquina… de… Bebió a grandes sorbos, saboreó la lenta quemazón. Sus ojos se posaron en el menú.

—¿Es el de este mediodía?

—Sí, señor.

—No veo que se citen los caracoles.

—No había caracoles.

Flavieres vació el vaso y se secó pensativamente los labios con el pañuelo.

—Cárguemelo en cuenta.

Luego, de repente, corrió junto a ella. Fue amable; habló mucho, sabía ser agradable cuando se esforzaba en ello. La llevó a cenar a un restaurante de moda, junto al viejo puerto. ¿Se daba ella cuenta de la preocupación que ocultaban sus palabras banales? ¿Observaba la fijeza de sus miradas? Pero en sus relaciones todo era completamente ficticio. ¡Y Flavieres era un hombre tan extraño!

Regresaron tarde, durmieron mucho.

Al mediodía, Flavieres se quejó de que le dolía la cabeza.

—Ya ves —dijo ella—. En cuanto nos apartamos de la vida metódica…

—Lo siento sobre todo por ti. Te verás obligada a comer otra vez sola.

—No estaré mucho rato.

—¡Oh! Tómate el tiempo que sea preciso.

Flavieres escuchó alejarse sus pasos. Abrió suavemente la puerta, se metió en el ascensor. Una ojeada al *hall*, al comedor. No estaba allí. Salió; la divisó en la calle; alargó el paso. «Ya estamos. Todo empieza otra vez», pensó. Llevaba el traje sastre gris, y a su alrededor los tilos agitaban la sombra de sus ramas. Andaba con paso vivo y la cabeza algo gacha, sin ver nada. Como en otro tiempo, había muchos oficiales por la calle. Los diarios llevaban grandes titulares y Flavieres distinguía palabras que revivían antiguas imágenes: *Bombardeos… Derrota inminente…* Ella dobló por la callejuela y Flavieres se aproximó. Era una vía estrecha, flanqueada de casas de anticuarios, de libreros… ¿Dónde había visto ya aquella calle? Se parecía a la calle de

Saints-Peres. Renée cruzó, entró en un pequeño hotel. Flavieres no se atrevía a seguirla. Una especie de miedo supersticioso lo mantenía frente al edificio. *Hotel Central* anunciaba una placa de mármol y, colgada dé la puerta, había una tablilla: *Completo*.

Flavieres, con las piernas flaqueándole, cruzó la calle. Apoyó la mano en el pomo donde acababa de posarse la de Renée. Contempló el pequeño vestíbulo y el casillero del que ella probablemente acababa de coger su llave. En la caja había un hombre que leía el diario.

—¿Qué desea?

—La señora, —dijo Flavieres— la señora de gris. ¿Quién es?

—¿La que acaba de subir?

—Sí. ¿Cómo se llama?

—Pauline Lagerlac —dijo el hombre con una horrible acento, marsellés.

CAPÍTULO V

Cuando Renée regresó; Flavieres estaba acostado.

—¿Cómo te sientes?

—Algo mejor. Voy a levantarme.

—¿Por qué me miras así?

—¿Yo?

Trató de sonreír y apartó la manta.

—Tienes un aspecto muy raro —insistió ella.

—No. Te lo aseguro.

Se peinó un poco, cepilló su americana. En aquella habitación estrecha, el menor movimiento los acercaba; se rozaban incesantemente. Flavieres no se atrevía a hablar ni a callarse. Hubiese querido estar solo, con la cabeza entre las manos y los pulgares en las orejas; solo ante el terrible misterio.

—Tendría aún que hacer varios recados —dijo Renée—. He subido a ver cómo seguías.

—¿Recados?… ¿Qué recados?

—Pues bien, ante todo ir al peluquero. Necesito un lavado. Luego quisiera comprar un par de medias…

Un lavado de cabello, un par de medias; eso era real. Era tranquilizador. Por otra parte, en aquel momento, su rostro parecía incapaz de mentir.

—¿Puedo? —preguntó ella.

Él tuvo un ademán de ternura; pero su mano vacilaba, como la de un ciego.

—No estás prisionera —murmuró—. Te consta qué el cautivo… soy yo.

Nuevamente el silencio. Ella se empolvaba ante el espejo. Flavieres, en pie a sus espaldas, la observaba.

—Me pones nerviosa, cariño.

Los cabellos temblaban alrededor de sus orejas; una vena minúscula en su sien. Y era sangre roja lo que hinchaba aquella venilla azul; la vida estaba allí, acurrucada en aquel cuerpo, esparciendo un olor muy sutil; con ojos más penetrantes, tal vez la hubiese visto, semejante a un halo o a un fuego fatuo. Apoyó suavemente un dedo en la espalda de la mujer. La carne era lisa, tibia, y el retiró vivamente la mano.

—Pero ¿qué te pasa? —dijo ella, inclinándose adelante, para iluminar sus labios con un toque de carmín.

Flavieres suspiró. Renée… Madeleine… Pauline… ¿De qué servía interrogarla?

—¡Vete! Date prisa.

Le alargó los guantes, el bolso.

—Te esperaré abajo… ¿Regresarás?

Ella se volvió.

—¡Vaya! ¡Qué idea!

Él se esforzaba por sonreír. Se sentía muy desdichado. Todo su ser revelaba el fracaso y sintió que, bruscamente, ella tenía lástima, dudaba en marcharse de la misma manera que se siente vergüenza al abandonar a un enfermo condenado. Ella le amaba. Algo muy cruel y muy tierno se leía en sus facciones. Dió un paso; dos pasos, sé puso de puntillas y lo besó en la boca. ¿Era un «hasta la vista»? ¿Era un «adiós»? … Él le acarició tímidamente la mejilla.

—Perdóname… pequeña Eurídice.

Ella pareció palidecer bajo su maquillaje. Pestañeó rápidamente.

—Sé razonable, cariño. Descansa… ¿Por qué tienes que estar siempre pensando cosas?

Abrió la puerta, miró una vez más a Flavieres y lo saludó con la mano. La puerta se cerró. El pomo permaneció inmóvil. Flavieres en el centro de la habitación, seguía contemplando la empuñadura de cobre. Ella regresaría… Pero ¿cuándo? Estuvo a punto de lanzarse al pasillo, de gritar con todas sus fuerzas: «¡Madeleine!»… Pero hacía un rato había dicho la verdad. Él era un prisionero. ¿Qué esperaba? ¿Guardada junto a él en aquella habitación? ¿Vigilarla noche y día? Aunque montase la guardia junto a ella, nunca tendría acceso a lo que estaba oculto en los pliegues de su memoria. La verdadera Madeleine era libre. Vivía en otro sitio. Aquella apariencia de sí misma que le abandonaba, era una caridad. Llegaría el momento en que la separación se haría inevitable. Su amor era monstruoso. Debía desembocar en la muerte… ¡En la muerte!

Flavieres pegó una patada a la silla que había ante el tocador. ¡Vamos! ¿Y el hotel donde había alquilado la habitación, y todas aquellas compras que hacía en cuanto podía escapar? ¿Es que todo eso indicaba un deseo de fuga? Nada de misterioso había en ello. Después de Gevigne, Almaryan; luego, Flavieres; seguiría algún otro… «Celoso…, celoso de Madeleine», se burló. ¿Tenía sentido todo aquello?… Prendió un cigarrillo con el encendedor de oro y descendió al bar. No tenía gana. Ni siquiera le apetecía al alcohol. Pidió un coñac para tener derecho a instalarse en una butaca. Sólo había una bombilla encendida por encima de las botellas multicolores. El camarero leía el diario. Flavieres, con la copa en la mano, la cabeza hacia atrás, podía finalmente cerrar los ojos. La imagen de Gevigne acudió a su mente. Había tratado a Gevigne de una manera innoble. Y he aquí que ahora él se encontraba en su misma situación. En cierto sentido, era Gevigne. Vivía a su vez junto a una extraña que era su amante, es decir, su mujer. Si hubiese conocido a alguien, tal vez hubiera ido a pedirle consejo. Si hubiese tenido un amigo, le habría suplicado que vigilara a Renée. Había llegado hasta ese punto… Veía otra vez a Gevigne en su despacho; lo oía…

«Está, extraña,… me inquieta…».

—¡Camarero! ¡Otro!

Gevigne, felizmente, nunca había sospechado la verdad. Si la hubiese sabido, ¿qué habría hecho? También habría bebido. O bien se habría saltado la tapa de los sesos. Pues hay verdades en las que no se puede detener el pensamiento sin experimentar inmediatamente un vértigo, cien veces más horrible que el vértigo del cuerpo. Y había sido preciso que se le escogiera a él, entre todos los hombres, para llevar aquel secreto. Un secreto que no daba ninguna alegría, que multiplicaba la angustia de vivir. ¡Oh! Se sentía calmado por completo, extraordinariamente lúcido. Era incluso capaz de retroceder sobre sus pasos, una vez más, sin estremecerse. Había visto el cadáver al pie del campanario, la sangre sobre las piedras, los miembros torcidos, rotos. Más tarde, Gevigne había llorado ante el cadáver de su esposa. La portera lo había ayudado a vestir decentemente el lamentable despojo. Inspectores de policía habían examinado detenidamente a Madeleine. Por aquella parte estaba tranquilo. Tan tranquilo como los centuriones que jugaban, a los dados al pie de la Cruz. El vértigo empezaba cuando pensaba en Pauline Lagerlac, que se había suicidado; cuando recordaba, con un breve escalofrío febril, las primeras palabras de Madeleine: «No es desagradable morir»; sobre todo cuando evocaba la escena de la iglesia, la tranquila resolución de Madeleine. La vida era demasiado difícil para ella… de modo que, sencillamente, desaparecía. ¿Pero era más fácil la existencia de Renée? No ¿Entonces? Entonces la cabeza de Flavieres se ponía a dar vueltas. Una especie de abatimiento, de vacío insoportable se instalaba tras su frente, parecido al que provoca la meditación del infinito, dé lo que dura siempre, sin término, sin tregua, sin límite…

—¡Camarero!

Ahora Flavieres tenía sed. Miraba con desesperación los cortinajes sombríos que lo rodeaban y, en el bar, las hileras de botellas. ¿Es que él mismo vivía aún?… Si.

Su frente estaba húmeda y sus manos ardían sobre los brazos del sillón. Estaba bien vivo y su espíritu poseía, en aquel momento; una agudeza que lo asustaba. Con dolorosa intensidad, se daba cuenta de lo imposible, de lo absurdo de la situación. No sólo no podría abrazar más a Renée, sino que ni siquiera podría dirigirle la palabra. Era demasiado *distinta*. Algo acababa de surgir entre ellos dos, después, del descubrimiento del pequeño hotel, que destruía la amistad… Ella iría forzosamente hacia otro hombre, que la amaría en la ignorancia. Gevigne había estado a punto de saber; ella se había matado. Ahora… Flavieres soltó su vaso, y el alcohol se vertió en sus rodillas. Se secó con el pañuelo. Luego recogió el vaso chorreante y lanzó una ojeada hacia el camarero, que seguía leyendo. Se recriminaba atrozmente por no haberlo adivinado antes… Ahora, según todas las evidencias, ella iba a huir. Había preparado su equipaje en el pequeño hotel. En este momento compraba tal vez un

billete para África, para América… Y eso sería peor que la muerte.

Se puso en pie, tuvo un vahído, se agarró al sillón.

—¿El señor está indispuesto?

Lo sostenían, lo acompañaban lentamente hasta el bar.

—No… ¡Déjenme!

Se agarraba al pasamanos niquelado y miraba con estúpida fijeza la americana del hombre inclinado sobre él.

—Ya… ya va mejor, gracias.

—¿Algo para entonarse? —propuso el hombre.

—Sí… sí, un *whisky*.

Se llevó glotonamente el vaso a la boca. Se despreciaba por ser tan débil, pero el licor amarillo iba a reanimar Sus energías. Algún medio encontraría para evitar que Madeleine se fuese. Y él era el responsable de todo, con sus insinuaciones, sus continuadas alusiones. Tal vez había olvidado sus metamorfosis cuando él la encontró. Y él había recreado a Madeleine poco a poco, sin sospechar que de esa forma se preparaba a perderla. ¿Cómo volverla a cambiar ahora? ¿Cómo hacerle admitir que la vida podía seguir como antes…? Era demasiado tarde.

Sus ojos buscaron el reloj eléctrico. ¡Las cuatro y media!

—¡Póngamelo en cuenta!

Sus manos soltaron la barra de metal. Dio algunos pasos vacilantes y luego sus piernas se afirmaron. Atravesó el hall, llamó al portero.

—¿Hay por estos alrededores algún peluquero para señoras? Uno elegante, desde luego.

—*Chez Maryse* —dijo el portero—. Es el de más precio.

—¿Queda lejos?

—No. A diez minutos. Siga el bulevar y tome la tercera calle a la izquierda. La peluquería está entre una florista y un café. No tiene pérdida.

Flavieres salió y el aire lo aturdió. Había hecho mal en no comer. El sol hacía brillar deslumbradoramente las vías del tranvía. La vida corría como un río en crecida, y Flavieres andaba junto a las fachadas para escapar al flujo de los transeúntes. Trataba de mantenerse al margen del tumulto. De vez en cuando se apoyaba en las piedras cálidas de las casas. Descubrió sin dificultad la peluquería y se acercó al escaparate como un pobre que va a pedir limosna. La vio, con la cabeza aprisionada por un casco complicado. ¡Estaba allí! Sin duda era ella. Así pues, a ambos les era concedida una tregua. ¡Gracias! ¡Gracias!… Se apartó de la peluquería, entró en el café.

—¡Un bocadillo y una cerveza!

A partir de ahora evitaría todas las imprudencias. Iba a cuidarse, a recuperar fuerzas. Le sería preciso encontrarse muy fuerte para impedirle que… y ante todo,

¿cómo ganar su confianza? ¿Absteniéndose de toda alusión? ¿Renunciando a hacerle confesar que…?

Suspiró, renunció a terminar el, bocadillo. La cerveza le daba asco. El tabaco le ponía la boca pastosa. Buscó una posición cómoda en su silla. Desde allí distinguía la acera ante la peluquería. Ella no podía escapársele. Probablemente regresaría al hotel. ¿Cómo soportar la larga velada que vendría a continuación? ¿Pedirle perdón? ¿Suplicarle que olvidara sus disputas?… Flavieres miraba fijamente el cuadro de asfalto que se distinguía por el cristal y tenía la impresión de estar sufriendo un examen muy difícil… Se conocía: nunca renunciaría a saber. Lo que amaba en ella, no era que fuese Madeleine, sino que estuviera viva. Era su vida superabundante que ella no quería compartir. Era, demasiado rica y él demasiado pobre. Nunca aceptaría que lo mantuvieran apartado del secreto. ¿Entonces?

El tiempo transcurría lentamente. Desde lejos, el dueño del bar observaba a aquel extraño cliente que a veces hablaba solo y que no apartaba la vista de la calle. Flavieres meditaba tristemente. No había salida. Madeleine se iría fatalmente. Era imposible encerrarla… A la primera ocasión que se presentara, todo habría terminado. Él ya no tendría derecho a sufrir una jaqueca, a permanecer acostado… Tal vez era ya demasiado tarde. Quizá ella iba a dirigirse al cabo de un rato hacia la estación o hacia algún barco a punto de levar anclas. A él no le quedaría más que morir…

Bruscamente, Madeleine salió. Pareció surgir de la acera, como una aparición. Llevaba la cabeza descubierta, los cabellos anudados a la nuca y delicadamente teñidos de caoba.

Flavieres se precipitó. Ella andaba delante, sin prisas con el bolso negro bajo el brazo. Llevaba el conjunto gris que él le había comprado. Era tal como la había añorado en sus sueños. Se le acercó como en otro tiempo, en el muelle del Sena, y sintió su perfume, un perfume de tierra en otoño, de hojas aplastadas y de flores moribundas. Flavieres, con una mano sobre el pecho, la boca entreabierta, andaba como un sonámbulo. Esta vez era demasiado. Desfallecía, tropezaba con personas que se volvían para mirarlo con aire inquieto. ¿Caería tal vez al final de la calle? ¿Estallaría quizá en llanto? Ella descendía tranquilamente hacia el barrio viejo. ¡Cuánta razón había tenido al acecharla! No tenía intención de regresar al hotel. Indiferente, pasaba ante las tiendas y el sol poniente proyectaba su sombra muy hacia atrás, hasta los pies de Flavieres. ¿Se paseaba? ¿Tenía una cita? ¿Trataba sencillamente de disfrutar de su libertad antes de caer otra vez en el tormento de una convivencia imposible? ¿O bien estaba ya en otro sitio, extraña en una ciudad extraña? Tras las fachadas mutiladas, se oía el roncar de los *bulldozers*. De las paredes ennegrecidas, colgaban carteles multicolores. Numerosos niños jugaban entre las ruinas. Madeleine llegó al muelle de los belgas con su andar un poco

desmadejado. Se detuvo un breve instante con la cabeza vuelta hacia las pilastras mutiladas del puente transbordador. El agua gris reflejaba los cascos gemelos de los veleros dormidos borda contra borda. Un chicuelo, con las piernas separadas, acercaba una barca a la espadilla. Aquí y allá, barcazas de desembarco se pondrían con la nariz contra las piedras. Era Marsella y al mismo tiempo Courbevoie. El pasado afloraba de una manera fascinante bajo el presente incomprensible. Flavieres se sentía ajeno al tiempo. Tal vez aquellas ondulaciones que balanceaban pedazos de madera y frutos estropeados, tal vez la misma silueta de Madeleine no tenían ninguna existencia. Quedaba sin embargo el perfume acre que los olores del puerto no conseguían borrar. Madeleine se dirigió, siguiendo el muelle, hacia las dársenas. ¿Pensaba embarcarse? ¿O se conformaba con contemplar los trasatlánticos y soñar en los países a donde había podido ir? Un pueblo de raza incierta, vestido con chaquetones americanos y pantalones con las perneras llenas de bolsillos iba y venía perezosamente entre los cobertizos y los tinglados. Madeleine parecía no ver a nadie. Miraba el agua salpicada de petróleo y, tras los mástiles complicados, la muralla negra, del Fuerte Saint-Jean. De trecho en trecho, centinelas con el fusil al hombro guardaban los almacenes. Flavieres estaba cansado, pero ni siquiera pensaba en detenerse. Aguardaba lo inevitable. Y lo inevitable se produjo en el muelle de la Joliette. Madeleine se sentó en la única mesa de una especie de café-cantina. Flavieres buscó un rincón donde disimularse. Había, como la otra vez, unos barriles cerca de él, enormes toneles que llevaban unas inscripciones en pintura blanca. *Salgues*, *Argel*. Un cliente, Salgues. ¿Pero en qué vida anterior?… En la mesa, Madeleine escribía, en tanto que las primeras luces se encendían por todas partes, en los navíos y a lo largo de la estación marítima. El viento levantaba un ángulo de su papel. Su mano se movía muy de prisa. Era a él a quien se dirigía en aquel instante. Le hablaba muy bajo, como había hablado muy bajo a Gevigne. Se sentía enfermo de miedo y de pena. Ahora, ella doblaba la carta, cerraba el sobre, dejaba dinero encima de la mesa.

Flavieres salió de detrás de los toneles. Una horrible sospecha acababa de ocurrírsele. Quizá ella tuviese intención de… Madeleine estaba aún bastante lejos del malecón y andaba entre unos rieles. Para su gusto había allí demasiados barcos. Buscaba un lugar más desierto. Uno tras el otro, dejaban atrás robustas rodas, cuyos escobones sombríos los miraban como ojos. De vez en cuando, muy alto, asomado a la borda, un marinero sacudía las chispas de un cigarrillo. Cables enormes se cruzaban, uniendo al muelle, como montañas de noche y de silencio, los grandes navíos inmóviles. Los faroles esparcían una luz amarillenta, cruzada por innumerables insectos. Madeleine se apresuraba, sujetando con una mano la falda que el viento trataba de levantar. Se agachó para pasar bajo un andamio y, con precaución, se acercó al agua. Flavieres la observaba desde la sombra de una grúa. No había nadie

a la vista. En el agua, dos barcas chirriaban al frotar una contra la otra sus bordas. Flavieres, de puntillas, avanzó como un malhechor dispuesto a cometer una fechoría. Rodeó con su brazo los hombros de Madeleine y la echó hacia atrás. Ella gritó, se resistió.

—Soy yo —dijo—. Dame esa carta.

Lucharon y el bolso se abrió. La carta resbaló, cayó justamente en el borde del muelle. Flavieres trató de ponerle el pie encima, pero no lo consiguió. Una ráfaga más fuerte arrastró el sobre, que cayó entre los sombras. Reapareció, inaccesible, entre la espuma del agua. Flavieres seguía apretando a Madeleine contra sí.

—¡Ya ves lo que has hecho!

—Suéltame.

Él se metió el bolso en un bolsillo y arrastró a la mujer.

Te seguía desde *Chez Maryse*. ¿Porqué has venido aquí, eh? ¡Contéstame! ¿Qué me decías en esa carta? ¿Era un adiós?

—Sí.

Ella sacudió.

—¿Y luego? ¿Qué pensabas hacer?

—Irme… Tal vez mañana… ¡Hacer cualquier cosa! ¡Ya no puedo más!

—¿Y yo?

Se sentía el espíritu vacío y como encallecido. Un espantoso cansancio le aplastaba los hombros.

—¡Ven! ¡Andemos!

Se metieron por unas callejas estrechas llenas de sombras sospechosas, pero Flavieres no temía a los malhechores. Ni siquiera pensaba en ellos. Sus dedos sujetaban firmemente el codo de su compañera. La empujaba ante sí y tenía la impresión de que regresaba con ella desde muy lejos, del mismo país de la muerte.

—Ahora tengo derecho a saberlo. ¡Tú eres Madeleine! Vamos, ¡confiésalo!

—No.

—Entonces, ¿quién?

—Renée Sourange.

—No es cierto.

—Sí.

Él levantó la cabeza para mirar el delgado arroyo de cielo entre los altos edificios ciegos. Sentía ganas de golpear a la mujer hasta matarla.

—Eres Madeleine —repitió rabiosamente—. La prueba es que has dicho que te llamabas Pauline Lagerlac al dueño del pequeño hotel.

—Era para confundirte, si tratabas de encontrarme.

—¿Confundirme?

—Sí… Puesto que quieres de todos modos que sea también esa Pauline…

Sospechaba que investigarías y que llegarías hasta allí… He querido que conserves solamente el recuerdo… de la otra, que olvides a Renée Sourange.

—Entonces. ¿Este peinado, este tinte?

—Acabo de decírtelo: para borrar a Renée Sourange para que a tus ojos sólo haya existido esa Madeleine.

—¡No!… Es a ti a quien quiero conservar.

Le apretaba el brazo con desesperación. En la sombra la reconocía por entero, por su paso, su perfume, por esos mil detalles que el amor interpreta inequívocamente.

Tenues melodías de acordeón, de mandolina, parecían salir de las paredes. De trecho en trecho parpadeaba un farol. A sus espaldas, de vez en cuando, una sirena mugía como una bestia de la noche.

—¿Por qué querías escaparte? ¿No eres dichosa conmigo?

—No.

—¿A causa de mis preguntas?

—A causa de eso… y de todo lo demás.

—¿Y si yo te prometiese no interrogarte nunca más?

—Mi pobre amigo… Eres incapaz de hacerlo.

—Escucha… Lo que te pido es sin embargo muy fácil. Confiesa que eres Madeleine y no hablemos más de ello… Nos iremos de Marsella… Viajaremos. Verás lo agradable que es la vida.

—No soy Madeleine.

¡Ah! ¡Aquella terrible obstinación!

—Tanto eres Madeleine, que incluso has vuelto a encontrar su manera de mirar al vacío, de evadirte en un mundo invisible.

—Tengo mis preocupaciones…

Ella lloraba. Anduvieron apoyados el uno contra el otro hacia un bulevar iluminado. Iban a ocupar otra vez un lugar entre los vivos. Flavieres sacó el pañuelo.

—¡A ver esa cara!

Le secó las mejillas con un ademán tierno. Luego la besó en los ojos, la cogió de la mano.

—¡Ven! ¡No tengas miedo!

Y se mezclaron con la muchedumbre. En los cafés tocaban las orquestas. Unos jeeps pasaban a toda velocidad, tripulados por hombres con casco blanco. Había vendedores ambulantes, vagabundos que pedían lumbre y ofrecían paquetes de Camel o de Lucky Strike. Madeleine volvía la cabeza cuando Flavieres la miraba. No se hablaban, y el rencor le torcía la boca. Pero Flavieres era demasiado desdichado para tenerle lástima.

—Suéltame… Tengo que comprar aspirinas. Tengo mucho dolor de cabeza.

—¡Antes confiesa que eres Madeleine!

Ella se encogió de hombros. Prosiguieron su camino, apretados uno contra el otro como dos enamorados, pero él la sujetaba el brazo como un policía que teme perder su presa.

Regresaron al hotel y se dirigieron al comedor. Flavieres no conseguía apartar los ojos de Madeleine. Bajo la araña, con sus cabellos anudados sobre la nuca, se le aparecía tal como la había visto la primera vez, en el teatro Marigny. Alargó la mano, le apretó los dedos.

—¿No quieres decirme nada?

Ella bajó la cabeza. Estaba pálida como una muerta.

Un *maitre* acudió a tomar nota de lo que deseaban.

—¿Y para beber?

—Moulin-a-vent.

Se sentía fuera de si, como si la presencia de Madeleine lo hubiese privado de realidad, de peso, de verdad y de existencia. Tal vez uno de los dos estuviera de más. La miraba y tan pronto pensaba: «¡Es imposible!», como se decía «Estoy durmiendo». Ella apenas comía. En diversas ocasiones estuvo a punto de deslizarse en aquel ensueño en que Flavieres la había visto caer tan a menudo. Él vació la botella, con calma, casi metódicamente. Sentía que la hostilidad de Madeleine se alzaba entre ellos como una pared helada.

—Vamos —dijo—. Ya me doy cuenta de que no puedes más… Habla, Madeleine.

Ella se levantó bruscamente.

—Te acompaño.

Mientras ella iba en busca de la llave, se hizo servir rápidamente un *whisky* en el bar y luego corrió hacia el ascensor. El empleado cerró la puerta corrediza. La cabina inició la subida. Flavieres rodeó con su brazo los hombros de Madeleine. Se inclinó hacia su oreja, como para darle un beso.

—Confiésalo, querida.

Ella se apoyó lentamente en el mamparo de caoba.

—Sí… —dijo—. Soy Madeleine.

CAPÍTULO VI

Maquinalmente, dio vuelta a la llave en la cerradura. Se movía en medio de una especie de neblina, aturdido por aquella confesión que esperaba desde hada tantos días. ¿Era realmente una confesión? ¡Ella había hablado con tanto cansancio! Tal vez había querido, sencillamente, serle agradable obtener una tregua. Se adosó a la puerta.

—¿Cómo quieres que te crea? —dijo—. Es demasiado fácil.

—¿Necesitas pruebas?

—No, pero…

Ya no lo sabía. Dios, ¡qué cansado estaba!

—Apaga la luz —suplicó ella.

El reflejo de la calle silueteó las persianas, proyectando en el techo sus sombras parecidas a barrotes. La jaula estaba cerrada. Flavieres se dejó caer sobre el borde de la cama.

—¿Por qué no me has dicho la verdad en seguida? ¿Qué temías?

Ella permanecía silenciosa. Flavieres prosiguió hablando.

—¿Me reconociste inmediatamente en el Waldorff?

—Sí, desde el primer día.

—Pero, en tal caso, hubieses debido confiar en mí desde entonces. Es Insensato. Veamos, ¿por qué has obrado tan estúpidamente?

Golpeaba el cubrecama con el puño cerrado y los muelles del somier resonaban con un ligero ruido de guitarra.

—¡Toda esta comedia! ¿Era digna de nosotros?… esa carta… En vez de explicarme francamente lo que te había ocurrido…

Ella se sentó a su lado y, en la oscuridad, buscó su mano.

—Precisamente… —murmuró—. Hubiese querido que no lo supieses nunca… Que jamás estuvieses seguro…

—Pero siempre lo he sabido…

—Escúchame… Déjame que te explique… ¡Es tan difícil!

Su mano ardía. Flavieres permanecía inmóvil; estaba en tensión, lleno de angustia. Iba a conocer el secreto.

—La mujer a quien conociste en París, la que viste en el teatro en compañía de tu amigo Gevigne, la que seguiste, la que sacaste del agua, esa mujer… no ha muerto nunca. Yo no he muerto nunca, ¿comprendes?

Flavieres sonrió.

—Desde luego, nunca has muerto… Te has convertido en Renée, lo comprendo

perfectamente.

—No, cariño… no… Sería demasiado bello… No me he convertido en Renée. Siempre he sido Renée. Soy verdaderamente Renée Sourange. Y es a mí. Renée Sourange, a quien siempre has amado.

—¿Cómo?

—Nunca has conocido a Madeleine Gevigne. Fui yo quien se hizo pasar por ella. Era la cómplice de Gevigne… Perdóname… Si supieses cuánto he sufrido…

Flavieres había cogido la muñeca de la mujer.

—¿Quieres hacerme creer que el cuerpo, allí, al pie del campanario…?

—Sí, era el de la señora Gevigne, a la que su marido acababa de matar… Madeleine Gevigne estaba bien muerta. Y yo seguía viva… Aquí tienes… Esta es la verdad.

—Es falso —dijo Flavieres—. Después de todo, Gevigne ya no está aquí. No puede protestar y tú te aprovechas. ¡Pobre Gevigne!… De modo que tú eras su amante, ¿es eso lo que quieres insinuar? ¿Y entre los dos planteasteis suprimir la esposa legítima…? ¿Por qué? ¿Se puede saber por qué?

—Ella era la que poseía la fortuna… Nosotros debíamos irnos al extranjero más adelante.

—¡Magnífico! ¿Y por qué tenía Gevigne que venirme a pedir que vigilara a su mujer?

—Cálmate, cariño.

—Estoy calmado, te juro que nunca he estado tan calmado. ¡Venga, contéstame!

—Nadie debía sospechar de él. Ahora bien, su esposa no tenía ninguna razón para suicidarse. Necesitaba, pues, un testigo que pudiese afirmar que la señora Gevigne albergaba ideas extraordinarias, que estaba persuadida de haber vivido ya, y que la muerte la parecía sin importancia… Un testigo cuyo palabra no ofreciese duda cuando declarase que había asistido al suicidio. Tú eras abogado… y luego, te conocía bien… desde la infancia. Sabía que creerías desde el primer momento su relato.

—En resumen, me tomaba por un idiota, por un tipo algo loco, ¿no?… ¡Muy bien! ¡Imaginado!… Así que eras tú en el teatro Marigny, tú en el cementerio de Passy, tu foto la que decoraba el despacho de Gevigne cuando yo lo visitaba…

—Sí.

—Y naturalmente, según tú. Pauline Lagerlac no ha existido nunca.

—Sí.

—¡Ah! Menos mal… No te atreves a negarlo todo.

—Pero compréndelo… —gimió ella.

—Lo comprendo —gritó Flavieres con arrebato—, lo comprendo todo. Pero comprendo sobre todo que Pauline Lagerlac te molesta, ¿eh? No es fácil encajarla en

tu fantasía.

—Ojalá fuese una fantasía. Pauline Lagerlac fue verdaderamente la bisabuela de Madeleine Gevigne. Fue eso precisamente lo que dio a tu amigo la idea de su maquinación: la influencia de esa antecesora un poco extraña, la peregrinación a la tumba, a la casa de la Rue de Saints-Péres donde Pauline había vivido… el falso suicidio de Courbevoie, puesto que Pauline se había ahogado…

—¿El falso suicidio?

—Sí, para preparar… el otro. Si tú no te hubieras lanzado al agua, hubiese salido yo sola. Nado muy bien.

Flavieres se metió las manos en los bolsillos para no pegarle.

—Decididamente, ese Gevigne era muy listo —ironizó—. En resumen, lo había previsto todo. Cuando el primer día me propuso que lo acompañara a su casa, sabía sin duda que rehusaría.

—Y la prueba es que así lo hiciste. Y yo te había prohibido telefonearas a la Avenue Kléber.

—¡Cállate! ¡Admitámoslo!… Pero ¿y el campanario? ¿Podía él saber que nosotros iríamos allí?… Sí, vas a decirme que tú conducías… que lo habíais combinado todo desde hacía mucho tiempo, escogido aquel villorrio abandonado, fijado la hora exacta… que él no tenía más que proponer a su esposa una pequeña excursión, que sabía el vestido que ella llevaría… Pues bien, lo mismo da. No, no te creo, ¿me oyes? No te creo… Gevigne no era un criminal.

—Sí. ¡Oh! Existían circunstancias atenuantes. Se había casado mal… Madeleine estaba verdaderamente algo enferma. La había llevado a muchos médicos, pero no le habían encontrado nada.

—¡Claro! Cuando uno se toma la molestia, siempre se encuentran explicaciones… ¿El campanario? Es fácil… Gevigne está allí. Te espera, después de haber matado y desfigurado a su mujer. Sabe que yo no podré seguirte: el vértigo… Tú te reúnes con él… lanzas aquel largo grito… y él deja caer el cadáver. Y los dos me observáis desde arriba, mientras yo contemplo aquella mujer tendida, con el rostro contra el suelo… aquella mujer que lleva un moño y cuyos cabellos están teñidos de caoba… ¡Yo también soy capaz de inventar explicaciones!… Y cuando yo me he alejado, os largáis por una de las dos puertas…

Flavieres jadeaba… Aquella historia le atenazaba la garganta; mil detalles se ordenaban en su cabeza, componiendo un cuadro, alucinante. Hablaba en voz baja.

—Hubiese debido dar la alarma, avisar a la policía… Gevigne no podía dudar de mi testimonio. Ya unos días antes, en Courbevoie… Sólo que, aquí tienes, no di la alarma… no tuve el valor para reconocer una vez más mi cobardía. Y eso no lo había previsto Gevigne… Lo había previsto todo, excepto mi silencio… el silencio de un sujeto que ya había dejado morir a un compañero…

Era sin embargo cierto lo que estaba diciendo. Recordaba su visita a la Avenue Kléber, el terror de Gevigne, que, asimismo, estaba condenado a guardar silencio… y su llamada telefónica al día siguiente por la mañana, su tentativa suprema e inútil: «La han encontrado… La policía ha iniciado una investigación…». Y su mentira: «No, no está casi desfigurada». ¡Pardiez! Puesto que él, Flavieres, no se había atrevido a mirar al rostro aplastado, puesto que la horrible precaución había sido superflua, tanto daba ocultar… Y luego, al fallarle el testigo, la policía había proseguido sus indagaciones y examinado los asuntos del matrimonio… Había aparecido el móvil: el interés… Gevigne no podía presentar una coartada, puesto que estaba, allí, en el villorrio… Por otra parte, los campesinos habían declarado que vieron a una pareja en un vehículo: sin duda el *Talbot*… Y finalmente, Gevigne había muerto.

Renée lloraba silenciosamente con la cabeza sobre la almohada: Flavieres comprendía de repente que había llegado al límite de sus fuerzas, que acababa de vivir una pesadilla con los ojos abiertos… de modo que la mujer que estaba a su lado era Renée. Tal vez viviese en el mismo edificio que Gevigne. Quizá se habían conocido allí. Se había prestado a la comedia por debilidad… y unos años después, por hastío, por fatalismo, había aceptado la aventura con el despreciable abogadillo casualmente reaparecido… No… no… Renée había inventado todo eso para apartarlo de ella, porque no lo amaba… porque no lo había amado nunca, ni en otro tiempo, ni…

—¡Madeleine! —la llamó.

Ella se enjugó los ojos, se recogió el cabello.

—No soy Madeleine.

Entonces, con los dientes apretados, la cogió por el cuello con las dos manos, la tumbo de espaldas, la mantuvo inmóvil.

—Mientes… —gimió—. No has cesado de mentir… ¡Pero no te das cuenta de que te amo, de que te adoro! ¡Desde el principio!… A causa de Paulina, a causa del cementerio, a causa de tu aire soñador… Un amor semejante a una tapicería maravillosa: por el anverso contaba una leyenda extraordinaria; por el reverso… No lo sé… No quiero saberlo. Pero cuando te he tenido en mis brazos, cuando he sentido que serías la única mujer de mi vida… Madeleine… era eso, el anverso… ¿Y nuestros paseos…? ¿Los recuerdas?… La campiña llena de flores… el Louvre… el país perdido. ¡Madeleine! Te lo ruego… Dime la verdad.

Ella ya no se movía. Flavieres, con una pena infinita, aflojó los dedos. Luego, tembloroso, buscó el conmutador, encendió la luz. Entonces lanzó un grito terrible que hizo que la gente saliera asustada al pasillo.

* * *

Flavieres ya no lloraba. Miraba al lecho. Aunque no hubiese llevado las esposas, habría conservado juntas las manos. El inspector acababa de leer la carta del profesor Ballard a su colega de Niza.

—Llévenselo —dijo.

La habitación estaba llena de personas, pero nadie hacía ruido.

—¿Puedo besarla? —preguntó Flavieres.

El inspector se encogió de hombros. Flavieres se acercó. La muerta parecía muy pequeña sobre la cama Su rostro expresaba una gran paz. Flavieres se inclinó, apoyó sus labios sobre la frente pálida.

—Te esperaré —murmuró.

FIN



BOILEAU-NARCEJAC, es el seudónimo conjunto de dos famosos escritores franceses de obras de suspense e intriga, algunas de las cuales forman parte de los clásicos de la literatura policíaca y que han sido adaptadas a la pantalla grande o pequeña por maestros del séptimo arte, como Henri-Georges Clouzot o Alfred Hitchcock.

Pierre Ayraud, cuyo seudónimo era **Thomas Narcejac** (1908-1998) fue filósofo de formación y estaba inicialmente interesado en la novela negra con el fin de escribir varios ensayos. Es su encuentro con **Pierre Boileau** (1906-1989) el que da lugar al comienzo de su carrera de novelista.

Ambos eran ya autores consagrados y habían obtenido sendas recompensas por sus obras, por ejemplo el Prix du Roman d'Aventures (Boileau en 1938 y Narcejac en 1948). Tras su encuentro en 1948, deciden iniciar su colaboración, en la que Boileau se responsabilizará del argumento y Narcejac de la creación de la atmósfera de la novela y de la personalidad de los protagonistas.

Juntos publicaron un total de 43 novelas y 4 obras de teatro. Una de sus obras más celébres, *Celle qui n'e tait plus*, fue llevada al cine bajo el título de *Las diabólicas* por el director Henri-Georges Clouzot en 1954.

También se les conoce por su obra *D'entre les morts*, que Alfred Hitchcock llevaría magistralmente a la gran pantalla con el título de *Vértigo*.